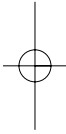
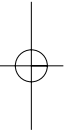




Ricardo Espín

Desde mi niñez



Ricardo Espín

Desde mi niñez

Cubierta y diseño editorial: Éride, Diseño Gráfico
Asesoría editorial: Helena de Llanos

Primera edición: de 2004

Desde mi niñez
© Ricardo Espín
© nuevosescritores, 2004
Collado Bajo, 13
28053 Madrid

nuevosescritores

ISBN:
Depósito Legal:
Diseño y preimpresión: Éride, Diseño Gráfico
Imprime:

Queda rigurosamente prohibida la reproducción, total o parcial,
de este libro sin la autorización escrita del editor.
Todos los derechos reservados.

nuevosescritores es una marca registrada de Éride, S.L.



Prólogo

A veces, los acontecimientos transcurridos durante nuestra niñez influyen en nosotros para el resto de nuestras vidas. Este es el caso de Rafael, un niño de trece años al que la experiencia de conocer al viejo Rufo, en el verano de 1972, le hizo madurar prematuramente.

Rafael escarba en su mente cuando regresa a Valverde, pueblo de la Castilla más puritana y tradicionalista, donde pasó su niñez. Sus recuerdos lo transportan al verano del 72, donde conoció la vida del viejo Rufo a través de los relatos que les contaba a él y a su pandilla.

La llegada del viejo al pueblo no solo influyó en las vidas de unos niños, sino que caló hondo en las vidas de todos los habitantes de Valverde.

Esta es la historia de aquel verano y de los que participaron en ella.

Hacía muchos años que tenía una deuda pendiente con el pueblo de Valderde, y hoy en este cementerio, junto a esta tumba, vengo a cumplirla. Aquí, debajo de esta efigie de un anciano con su perro, reposan los restos del viejo Rufo, creo que la persona más enternecedora que he conocido en mi vida, y en mi memoria surgen los recuerdos de su historia.

Eran los primeros días de las vacaciones escolares del año 1972 en Valderde, un pequeño pueblo de Castilla. Allí solo se podía acceder por una carretera que acababa en la calle Real. Se llamaba así porque hacía muchos años un rey pasó por ella, y así lo indicaba un cartel a la entrada del pueblo. El cartel estaba roto justo donde ponía el nombre, pero llevaba tanto tiempo roto, que creo que nadie sabía de qué rey se trataba. A la entrada estaba la casa de la Guardia Civil y allí vivían Manolo y Sole con sus padres. También vivía Juan, otro guardia soltero y sin familia en el pueblo. La casa de mis amigos Sole y Manolo yo la visitaba poco, porque tenía a la entrada la misma foto que teníamos en el colegio de un viejecito vestido de militar que daba un poco de miedo. La calle Real era casi todo el pueblo. Mi familia vivía en esa calle, que acababa en la plaza,

donde estaban el ayuntamiento, la iglesia, la cantina que nos surtía de chucherías, y en la plaza era donde se celebraban la mayoría de los eventos de Valderde. También estaba la única tienda del pueblo, que regentaba el Grande, padre de mi amigo Miguelín. En esa tienda se podía comprar desde un kilo de patatas hasta los lapiceros que utilizábamos en el colegio. Allí, en la plaza, se encontraba el locutorio telefónico, que llevaba la Juana, madre de Santi. Desde la plaza salían cuatro calles con dos o tres casas cada una. Una de ellas acababa en los corrales del ganado, otra en pajares y eras; otra en la mejor casa de Valderde, la del alcalde y cacique de la zona: el padre de Ramón; la última acaba en un pequeño monte que alberga nuestra ermita. Allí estábamos, como cada día, jugando los pocos chavales que no habían emigrado con sus familias todavía a las ciudades.

Estaban Manolo y Sole, hijos de uno de los dos números de la Guardia Civil, Ramón, hijo del alcalde casi vitalicio, Lin, le llamábamos así por Miguelín y porque de estatura era el más pequeño de todos. También estábamos Santi el gordo y yo: Rafael, el Rafi para mis amigos.

El sol casi empezaba a esconderse detrás del monte de la ermita cuando oímos el ladrido de un perro, todos miramos hacia la dirección de donde venían los ladridos. Vimos aquel perro de raza indefinida parado en la cima, ladrando como desafiándonos. Entonces, poco a poco, apareció la figura del viejo Rufo, que, como si de un eclipse se tratara, tapaba los últimos rayos de sol con su cuerpo.

Era un hombre corpulento. Vestía demasiado abrigado para el tiempo: su chaqueta y su pantalón de pana

gruesa, su boina, un zurrón de pastor como equipaje, y en una mano su garrote. Padeecía una cojera pronunciada. ¿Y su cara? Nunca había visto una cara tan arrugada y una tez tan morena. Cuando se acercó a nosotros, no niego que me dieron ganas de salir corriendo, pero todos nos quedamos quietos observando al viejo.

—¡Eh! Chavales, ¿dónde está el molino de Lucas?

—Nos preguntó.

Fue Ramón, como siempre el más atrevido para todo, el que le contestó.

—Siga por esta calle que cruza el pueblo, y al salir, a unos doscientos metros, lo encontrará.

—Gracias, me llamo Rufo. —Y siguió el camino llamando a su perro, que al alejarse nuevamente nos ladraba como si nos dijera adiós.

Notamos un extraño acento al hablar que ninguno escuchó antes. Para nosotros, eso rompía la monotonía de siempre, nos intrigaba y atraía.

Hasta que fuimos a casa, estuvimos comentando la extraña aparición del viejo y su perro.

—¿De dónde venía? —preguntó Ramón.

—¿A qué habría venido al pueblo? —comentó Lin con cara de curiosidad.

Y, sobre todo, nos preguntábamos quién era.

Poco a poco, vimos cómo se perdía en el pueblo para dirigirse al molino de Lucas. Un edificio abandonado que yo recordara desde siempre, ni se sabía quién era el dueño. Quizás era de este viejo, que más parecía un mendigo que el propietario de nada.

Pero no fuimos los únicos a los que intrigó la aparición del viejo. Más tarde, nos enteramos mis amigos

y yo de que los habitantes del pueblo también comentaban y rumoreaban el asunto, cosa que llevó a las autoridades, al alcalde, al cura y a la Guardia Civil a interesarse. Hasta el punto de pedir información y llevarlo al cuartel para hablar con él. En 1972, en Valverde se desconfiaba de todos los extraños; tenían que pasar el visto bueno. Las cerradas gentes del pueblo no se fiaban de ningún forastero. A aquel viejo se le miraba con recelo, la verdad es que su descuidado aspecto no decía mucho en su favor.

Fueron Manolo y Sole quienes nos relataron los primeros detalles; ellos tenían información de primera mano.

—Oídmelo que he escuchado del viejo a mi padre —dijo Manolo excitado, mientras escuchábamos atentos.

—Por lo visto, el viejo ha venido andando desde más de doscientos kilómetros hasta aquí.

—¿Y de dónde viene? ¿Quién es?

Se acumularon nuestras preguntas.

—Trabajaba como pastor para Don León, que dice mi padre que es uno de los más ricos de España —comentó Sole.

—¿Por qué está en el molino de Lucas? —pregunté.

—Según mi padre, se lo dejó Don León de herencia o algo de eso —respondió Manolo.

También el gordo era una fuente de información. Su madre, Juana, era la telefonista del pequeño locutorio del pueblo. La Juana tenía fama de curiosa y, la verdad, lo era.

—A mi madre le contó el Sebas que vio al viejo unos kilómetros antes del pueblo y que le preguntó si lo llevaba en el coche. Pero el viejo lo rechazó, ya que el Sebas no quería que el perro montara —nos dijo el gordo.

—Qué borde. Si es una mierda de coche —murmuró Ramón.

Por un rato olvidamos nuestros habituales juegos para comentar y dejar libre la imaginación, que para eso éramos niños. Luego, como cada tarde, nos sumergíamos en la tarea de disfrutar de las vacaciones jugando sin parar.

En nuestros juegos no teníamos límite. Hasta que, después de muy entrada la noche, en el silencio del pueblo, se oían nuestros nombres. Era la llamada de nuestras madres para que acudiéramos a cenar, y más tarde igual para recogernos y dormir.

Para el pequeño pueblo, la presencia de Rufo fue un acontecimiento. Desde el principio se notaba en el ambiente malestar. Las mujeres no entendían su tosca amabilidad cuando se cruzaban con él, y los hombres no comprendían cómo aquel viejo no aparecía nunca por la pequeña cantina.

Nosotros, cuando íbamos a jugar, alguna vez lo veíamos pasear a lo lejos con su torpe caminar y con su inseparable perro.

Aún pasaron unos días de indagaciones y cuchicheos para que nos enteráramos que el viejo Rufo había estado trabajando toda su vida para Don León: un terrateniente de Castilla con mucho terreno de cultivo y una ganadería de toros bravos.

Después de la muerte de Don León, su hijo Don Julián prescindía del viejo Rufo, al que en vida le regaló Don León el molino de Lucas. Esto me hizo pensar que el viejo no tendría otro sitio al que ir, por eso estaba allí. Pero qué equivocado estaba; el viejo Rufo tenía un destino al que quería llegar que aún

desconocíamos, y que más tarde él mismo nos comunicaría.

A mis amigos y a mí, a la vez que nos atraía su presencia, también nos inquietaba, sobre todo por los comentarios de los habitantes del pueblo, pero, qué narices, era lo que cambiaba la monotonía de nuestras vacaciones, que para alguno de nosotros fueron inolvidables.

Todavía recuerdo el día que llegó Manolo todo acalorado:

—Tengo una noticia bomba del viejo.

Todos impacientes escuchamos cómo Manolo nos contaba su noticia.

—He escuchado a mi padre hablar con su compañero, el otro guardia, y ha dicho que Rufo tenía antecedentes y que había estado en la cárcel.

—¿Pero qué hizo?—pregunté.

—Se ve que, hace muchos años, le hizo algo a una mujer.

Esa respuesta no nos gustó nada y para nosotros fue un mal trago. Aquel viejo que parecía tan pacífico había estado preso. Esta historia fue el detonante para nuestra fantasía, pero lo peor fue que nuestros padres nos prohibieron que nos acercáramos a tan singular personaje. Precisamente, esta prohibición, lejos de alejarnos, nos indujo mucho más a acercarnos y conocer a esta persona que infundía miedo pero a su vez una increíble atracción.

Primero, lo observábamos desde la lejanía, y siempre escondidos, pero su fiel perro le avisaba de nuestra escondida presencia, y cuando nos miraba salíamos corriendo. Más tarde, comentábamos nuestra aventura y planeábamos la siguiente.

Un día quedamos para ver el molino de Lucas, donde vivía el viejo. Así que hicimos todo un plan para ver cuándo marchaba al campo y nosotros indagar en su morada.

Como siempre, Manolo organizaba. ¡Qué lejos estaba de su triste futuro! Años más tarde, cuando cumplía el servicio militar, se pegaría un tiro mientras hacía guardia en una garita. Quién sabe por qué lo haría.

Sole, mi querida Sole. Ni ella ni yo sabíamos que con el tiempo nuestros destinos iban a estar unidos. Ella era la encargada de darnos el aviso de que el viejo estaba lejos. Siempre se quejaba de que le dejábamos la peor parte, pero, al fin y al cabo, era su hermano el que ideaba la mayoría de nuestras aventuras. Ella, en la parte más lejana al molino de Lucas, hacía una seña con su pañuelo. Lin la recibía y la transmitía mi buen amigo Ramón, al que después de ese verano no volví a ver. Él le pasaba la señal al gordo, que a su vez nos la pasaba a Manolo y a mí, que fuimos los que entramos en el molino.

Una extraña sensación, que no sabría describir, notamos al entrar; estaba el edificio casi en ruinas. Todo eran escombros, una escalera casi derruida, y una puerta cerrada. No sin miedo, la abrimos y vimos el hogar, el humilde hogar del viejo: sus ropas colgadas en una cuerda que iba de un extremo al otro de la pared, una mesa destartada con un hornillo de gas, un camastro y debajo unos trapos, imaginamos que para el perro. Quedamos un poco decepcionados. No había nada de interés. Pero en un rincón de la habitación había un baúl. ¿De dónde lo sacaría el viejo? Como la curiosidad era grande, nos miramos y se

encendió en nosotros esa mirada de emoción. Fue, cómo no, Manolo el que abrió el baúl. Estaba lleno de figuras de madera, lo que parecía un capote totero, y una pequeña caja de madera tallada, y en su interior, una antigua foto de una mujer que, aunque bastante deteriorada, parecía muy guapa. También había una carta todavía sin abrir.

Tuve que forrajear un poco con Manolo para que no se llevara una de esas figuras talladas. Me salvó la campana; un silbido del gordo nos hizo poner pies en polvorosa. El viejo Rufo volvía y salimos todos corriendo. Fuimos a nuestro pequeño refugio, el porche de la ermita, donde nos refugiábamos cuando llovía.

Qué emoción más grande cuando contamos a los otros lo que habíamos visto en el molino. Empezó Manolo el relato:

—El viejo vive como un animal. No tiene luz ni nada, es asqueroso.

Mi explicación fue diferente.

—No es asqueroso. Es humilde.

—¿De dónde saca el dinero? —preguntó Ramón.

Les contamos que no tenía nada de valor y era raro. No tenía ningún papel ni dinero, por lo que no entendimos cómo hacía para comprar la comida.

Conté a los otros que Manolo quería robarle al viejo una figura de las que tenía en el baúl.

—Es mentira —replicó Manolo—, yo solo quería ver cómo estaban hechas las figuras.

Bueno, Manolo ya sabíamos que era el más fuerte y que no se le contradecía sin recibir un mamporro, por lo que no quise seguir con ese tema. Aunque estoy seguro de que ellos, conociéndolo, me creyeron.

A todos nos intriguaron bastante la foto y la carta sin abrir.

—¿De quién será la fotografía? —preguntó Sole.

Pero no fue la única pregunta que estaba sin respuesta.

—¿Quién escribió la carta?

—No se leía bien el remite —contesté.

—¿Qué diría?

—¿Por qué no estaba abierta? Parecía tan antigua...

—¿Por qué la conservaba el viejo?

En mi cabeza, mil preguntas sin respuesta, intentando saber. ¿Quién era el viejo Rufo? Tengo que admitir que el episodio de la cárcel me molestaba. Cómo una persona con una aptitud tan pacífica podía haber hecho algo tan malo, que mereciera semejante castigo. Por lo que había oído, a la cárcel solo iban ladrones y asesinos. Así que la imagen de los presidiarios que yo tenía era la de Max Cady en *El cabo del miedo*, una vieja película de las de dos rombos de la época, que pude ver una noche que mis padres salieron y me quedé solo. Pero aquel ex presidiario cruel y vengativo no se parecía en nada al bueno de Rufo.

En el verano de 1972, además de conocer la historia del viejo Rufo, fue un año de experiencias y sensaciones.

Como todos los años para el verano, volvieron a Valderde los hijos del pueblo, que por razones casi siempre laborables habían tenido que emigrar. Era el caso de nuestro amigo Javi y su familia, que hace años se fueron a Francia, pero leales a su tierra volvían cada año por el verano.

Javi era un buen amigo de nuestra pandilla, y su hermana Silvia, en fin, qué puedo recordar de su hermana. Era mayor que nosotros. Tenía quince años, pero todos coincidíamos que era la chica más guapa que nunca habíamos visto, excepto Sole. Ellos pasaban el verano en casa de sus abuelos, en la que estaba la primera televisión que hubo en el pueblo. Cuántos ratos pasamos en la puerta con nuestras sillas viendo aquella maravilla, que ya en el año 1972 estaba presente en casi todos los hogares de Valderde.

Nuestro amigo era bien recibido. Nos ponía al día de cosas y acontecimientos de los que aquí no nos enterábamos. Sobre todo porque los niños de aquella época éramos niños, y no nos preocupaba ni lo que ocurría en nuestro propio país.

Después de que Javi nos contara sus noticias, pasamos a relatar las nuestras:

—¿Sabes, Javi?, hay un habitante nuevo en Valverde.
—¿Cómo? ¿De quién se trata? —preguntó con ese castellano afrancesado.

—Es un abuelo con un perro, que ha estado en la cárcel.

—Vive en el antiguo molino de Lucas.

—Talla figuras de madera.

Se amontonaban las explicaciones, y Javi no sabía a quién atender.

—¿Ya hablasteis con él? ¿Cómo se llama? ¿Y su perro?

Después de pasarnos las noticias, el resto de la tarde la pasamos jugando con nuestro bienvenido amigo, hacía casi un año que no estábamos todos juntos. Era maravilloso.

Aquella noche, cuando me fui a dormir, pensaba lo a gusto que me encontraba por la visita de este año de mi amigo Javi y, cómo no, de su hermana Silvia. Ella nos tenía a todos embobados. Era lo más para nosotros, nuestra musa.

Años atrás, ella era nuestra principal atracción en el verano, siempre espiándola. La casa de sus abuelos era la casa más visitada de todas en el verano, y allí buscábamos más ver a Silvia que a su hermano. Al principio a Javi le molestaba, pero más tarde comprendió que no había nada malo en ello, y alguna vez nos puso en un aprieto al contarle a su hermana que nos gustaba. Bueno, el color de nuestra cara seguro que iluminaría cualquier habitación a oscuras.

Durante unos días, y sumidos en los juegos, nos olvidamos del viejo Rufo. Pero un acontecimiento influyó de nuevo en nuestro interés hacia el viejo.

Javi, como experimentado ciudadano del mundo, nos enseñó a escondidas el vicio de meterse nicotina en los pulmones. Para ello, salimos del pueblo y fuimos al pinar que rodeaba casi por completo a Valverde. Allí, entre los pinos, comenzó nuestra experiencia.

Javi repartió cigarrillos de un paquete que trajo de Francia. Sole fue la única que puso alguna pega al principio, pero entre todos la convencimos para el experimento. Nunca olvidaré esa experiencia: allí escondidos y todos queriendo jugar a ser mayores, intentando no toser y no soltar una lágrima. Yo no entendía cómo algo que nos hacía toser con tanta fuerza, algo de tan desagradable sabor, podía atraer tanto.

Desde el lugar que nos encontrábamos, se veía todo el pueblo rodeado por pinos, excepto un pequeño espacio que se encontraba la carretera, y por donde salía y entraba el ganado para ir a pastar a los prados.

Allí, en el pinar, nos sentíamos proscritos, ya que teníamos prohibido ir solos; a nuestros padres les parecía peligroso. Estábamos tan entretenidos en nuestra peculiar aventura, que no nos dimos cuenta de que alguien nos estaba observando: era el viejo Rufo y su perro. Nos dio un vuelco el corazón al oír la voz del viejo, saliendo de entre los pinos:

—Buenos días, chavales.

El susto fue de impresión. Apresuradamente, tiramos los pitillos al suelo, y Sole y Lin, salieron corriendo hacia el pueblo. Los demás, en pie, no sabíamos cómo reaccionar.

—No deberíais hacer eso —nos dijo el viejo.

—Es la primera vez, y no nos ha gustado —respondí.

—Si se enteran vuestros padres, seguro que os castigarán. ¿Creéis que merece la pena?

—Por favor, no se lo diga a nuestros padres —casi suplicó Ramón.

—No diré nada a vuestros padres, pero decidme que no lo haréis más —nos retó el viejo.

Y como si de una oración se tratara, al unísono, todos acordamos no volver a fumar.

Notábamos en el viejo su acento extraño, una manera de hablar diferente. El perro se acercó y nos dejó que lo acariciáramos. Era feo, la verdad, pero cariñoso. El viejo nos dijo que se llamaba Sultán, y que era seguramente el mejor perro pastor que existía.

Yo miraba al can sin saber a qué raza pertenecía y dudando de lo que nos contaba el viejo.

—¿De qué raza es? —preguntó Javi.

Rufo nos contó que no tenía raza, que le acompañaba desde hacía diez años, y que él no era su dueño, porque, decía que nadie podía ser dueño de un amigo. Que eran compañeros.

Aquella respuesta nos confundió; nunca oímos una definición semejante de un perro.

El viejo llevaba una bolsa colgada en el hombro, y parecía estar llena de trozos de madera. Venía al pinar a coger madera, con la que luego tallaba esas figuras que Manolo y yo vimos en el molino.

Rufo nos explicó que su padre le enseñó a tallar, y lo hacía desde niño. Hablando con él, daba la sensación de que era una persona muy amable, pero a la vez algo desconfiada. Su mirada parecía buscar algo más a su alrededor.

Esa mañana, fue de lo más instructiva. El viejo nos contó que estaba de paso, y que pensaba seguir el camino

en breve. Esto solo era una parada en el largo viaje que aún le quedaba.

La mañana pasaba y teníamos que volver a casa. Yo estaba loco de contento y deseando ver a Sole y a Lin, para contarles de nuestro nuevo amigo. Quedamos en pasar por el molino para que nos contara más cosas de sus experiencias.

Todavía no imaginábamos que aquel viejo hubiera tenido una vida intensa y llena de emociones, ya que, por su apariencia, parecía un pastor que nunca hubiese salido del campo.

Regresamos cada uno a su casa, quedando para vernos, como cada tarde, después de comer. Como era costumbre, siempre que estaba Javi, era su casa el lugar por donde pasábamos primero; una mirada escondida a su hermana Silvia, y a jugar.

Aquella tarde fue diferente a las demás. Ocurrió algo que nuevamente quedaría en el recuerdo de aquel verano.

Hacía mucho calor y nos encontrábamos en el porche de la pequeña ermita. De repente escuchamos las campanas de la iglesia tocar; un tocar que nunca antes escuchó ninguno de nosotros. Atónitos, presenciábamos cómo los habitantes de Valderde, salían a la calle, y con toda clase de utensilios, se dirigían al pinar. Aquella fue una imagen que nunca se nos olvidaría. El pinar estaba en llamas, era dantesco todo aquel fuego. Nuestros padres y todo Valderde luchando contra él para que no llegara al pueblo.

—¿Y el viejo Rufo? ¿Estará en el pinar? —comentó Ramón.

Un temor recorrió todo mi cuerpo, a la vez que deseaba que el viejo estuviera en el molino.

Salí corriendo hacia el molino, y los demás me siguieron. Cuando llegamos, sin llamar a la puerta, abrimos y grité:

—¡Rufo! ¡Sultán! —no hubo respuesta.

Entramos todos en el molino. El viejo no se encontraba allí. Nuestra preocupación iba en aumento, y no parábamos de buscar.

—Tenemos que decírselo a alguien para que lo busquen.

—Igual se ha refugiado en algún sitio.

—Estará fuera del pinar.

Muchas dudas en nuestra cabeza, y una preocupación grande que nos angustiaba ¿Dónde se encontraba Rufo? Fuimos corriendo al pueblo y preguntamos a todos. Nadie sabía dónde se encontraba el viejo.

En el cuartel de la Guardia Civil estaba Juan, el compañero del padre de Manolo y Sole. Le comentamos que Rufo iba al pinar a buscar madera para tallar, y que no se encontraba en el molino. Creo, que lejos de preocuparse por su pérdida, le dimos quizás una duda: si el viejo era el responsable del incendio.

Esa tarde, la pasamos en la ermita. Ninguno de nosotros decía nada. Solo se oía el tremendo resoplar del fuego y veíamos cómo todos trabajaban sin descanso para apagar el fuego.

Vino gente de otros pueblos, que intentaban ayudar por el otro lado del pinar. Era una tragedia que nunca antes había ocurrido. Llegó la noche, y el fuego lejos de apagarse, seguía destruyendo el pinar de Valverde, con mucho riesgo para nuestras casas. Nosotros queríamos ayudar, pero nuestros padres no nos dejaron. Decían que ya tenían bastante con preocuparse

por la tragedia, como para preocuparse de unos mocosos.

Al día siguiente, como la noche anterior, me desperté tarde. No vi a mi padre y pregunté a mi madre.

—¿Ya han apagado el fuego?

—No, hijo, todavía sigue el pinar ardiendo.

—¿Y el viejo Rufo?

—No se sabe nada de él, nadie lo ha visto.

Yo insistí en que lo tenían que buscar, pero la gente de Valverde, tenía dos problemas más importante: apagar el fuego y recoger el ganado, que inexplicablemente nadie había visto.

Aquel día, yo estuve ayudando a mi madre a repartir la comida a los que iban y venían del pinar. Era impaciente. Nunca había visto nada igual; todo el pueblo unido, intentando, sin descanso, apagar el incendio.

Conforme pasaba el día, las llamas iban desapareciendo, y al caer la tarde, ya casi estaba el fuego dominado.

Los habitantes de Valverde, cansados, se reunieron en el ayuntamiento. Aún les quedaba la faena de encontrar el ganado, reunirlo y traerlo de vuelta al pueblo.

Esa noche, la gente fue pronto a descansar, ya que al día siguiente tenían un duro trabajo. Fue hacia las tres de la madrugada, cuando un extraño ruido me despertó. Salí corriendo a la puerta de la casa, y vi, estupefacto, cómo el ganado del pueblo recorría las calles de Valverde en dirección a los corrales.

Allí estaban, todos en la calle, tan atónitos como yo, viendo aquel increíble espectáculo.

—¿Cómo es posible? —era la pregunta que todo el mundo hacía.

Fue entonces cuando nos quedamos más sorprendidos; detrás del grandioso rebaño, iba el viejo Rufo y su compañero Sultán. Cuando pasó por mi lado, se quitó la boina y saludó.

—Buenas noches señora —dirigiéndose a mi madre.

De pronto, alguien empezó a dar palmas que acabaron en un gran aplauso dedicado al viejo, al que vimos, impasible, alejarse hacia el molino.

Volví a entrar en casa y me mandaron a mi habitación. Dormir, ¿quién podría dormir esa noche? Toda clase de historias brotaban en mi mente: ¿cómo lo habría hecho? ¿Por qué? Y un millón de preguntas sin respuesta. Sería verdad que Sultán era el mejor perro pastor. Pero aun así, eran muchos rebaños para un pastor solo.

Al día siguiente, cómo no, en el pueblo no se hablaba de otra cosa; como si el incendio no hubiera existido. Lo que había ocurrido era maravilloso. El viejo, de pronto, cuajó en la cerrada mentalidad de los habitantes de Valverde. Hasta tal punto, que no fueron pocos los que se fueron al molino a mostrar su agradecimiento; unos, le llevaron viejos muebles que acabarían en la chimenea. Otros, comida, fruta, y mi madre, me mandó con un conejo.

Fuimos Sole y yo quienes nos acercamos al molino a llevar el pequeño regalo. El viejo estaba feliz. Nos enseñó todo lo que le habían regalado, y no paraba de dar las gracias, argumentando que no lo merecía.

Nos contó que nunca había tenido tantas cosas en su vida. Eso me entristeció, pobre viejo. Se ilusionaba con lo que para otros, era prescindible. La prohibición que teníamos de no acercarnos al molino, cesó, hasta

el punto que quedamos esa misma, tarde para ir toda la pandilla a ayudar al viejo a ordenar el molino. Después de comer, y con un día de lo más caluroso, nos juntamos todos en casa de Javi. Aquel día, nos olvidamos de la atracción hacia Silvia, y fuimos al molino, tan contentos como si hubieran puesto en el pueblo la mejor de las atracciones.

Después de trabajar sin descanso, el molino era lo más parecido a cualquier casa del pueblo. Mientras trabajábamos, Sultán no paraba de dar vueltas a nuestro alrededor. De vez en cuando, ladraba para llamar nuestra atención, saltaba y se ponía a dos patas buscando nuestras caricias.

Ya se escondía el sol y nos sentamos fuera del molino. Sultán, como si fuera una persona más, se sentó al lado del viejo. Rufo nos dio de beber agua de un botijo. Lo agradecemos porque era un día muy caluroso y habíamos trabajado mucho. Nos preguntó cómo nos llamábamos. Todos a la vez dijimos nuestros nombres:

—¿Cómo agrupasteis todo el ganado? —le preguntó Ramón.

—Fue muy fácil: el ganado huía del fuego. Sultán y yo lo recogimos en el valle, hasta que se extinguió el incendio.

Seguimos haciendo preguntas que el viejo respondía, hasta que Manolo le preguntó:

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde está tu familia?

Después de unos segundos de silencio, el viejo respondió:

—A mi familia la dejé hace muchos años en Argentina. Acá vinimos mi papá y yo. Ahora, estoy de paso. Volveré a Argentina.

Su cara se entristeció, y como se hacía tarde, nos despedimos del viejo, quedando en volver al día siguiente. Mientras nos alejábamos del molino, comentábamos lo bien que nos lo habíamos pasado, y la pena que nos daba el viejo. A todos, menos a Manolo, que parecía que no le enternecía. Al contrario, demostraba algo de desprecio; emoción que no compartíamos los demás y que no comprendíamos. Yo, por mi corta edad, no podía comprender cómo una persona podía estar sin familia. No me imaginaba estar sin mis padres, y no entendía que era cuestión de tiempo que faltaran nuestros seres queridos. Recordaba, que un tiempo antes, había muerto el padre del gordo, pero tenía a su madre a sus tíos y abuelos. Yo no entendía cómo el viejo Rufo no tenía hijos, mujer o algún familiar.

De pronto, en el pueblo, todo el mundo comentaba lo que para nosotros era una gran hazaña: el pastor que recogió el ganado. Nunca antes había ocurrido un hecho igual que se recordara en el pueblo. El abuelo de Javi nos contó, que en el molino, vivía Lucas y su esposa Jacinta. Tenían cuatro hijos y una hija, Irene. A la bella Irene la rondaban todos los mozos de Valverde, pero no se casó con nadie del pueblo. Fue con Marcial, el padre de Don León, que con su ganado en la trashumancia, pasó por este pueblo. Marcial se enamoró de la hija de los molineros, y después de una pequeña estancia en el pueblo, se fue con la promesa de volver a por ella. Y así fue; al año siguiente volvió como había prometido. Irene y Marcial se casaron en el pueblo. Irene ya no volvió más a Valverde, y después de perder Lucas a sus cuatro hijos, le dejó el molino a su hija. Cuando murieron los molineros, el molino quedó

abandonado y nunca nadie lo utilizó hasta que lo ocupó el viejo Rufo. Marcial e Irene, tuvieron dos hijos: Don León y Doña Pepita. Vivían en su finca hasta que se casaron. Don León siguió viviendo en la finca hasta su muerte. Doña Pepita se casó con un militar y se fue a vivir a Madrid.

Parecía increíble, después de ver el molino, siempre abandonado, no me imaginaba la historia que tenía detrás. Solo sabíamos que el padre de Ramón tenía el ojo echado al molino. Este relato que escuchamos mis amigos y yo, nos acercaba un poco más a la historia del viejo Rufo, al que, poco a poco, íbamos conociendo.

Aun después de la hazaña de Rufo, había gente en el pueblo que no lo admitía. Sobre todo cuando llegaba el domingo, y en la iglesia, en la celebración de la misa, no estaba nunca el viejo. En aquel tiempo, y en un pueblo tan pequeño, en la iglesia se notaban las ausencias. Yo, junto con el gordo y Manolo, ayudábamos en misa. Éramos los obligados monaguillos. A mí, que el viejo no asistiera a misa, no me parecía mal, ya que como para nosotros era de obligado cumplimiento, ese gesto de irreverencia, nos fascinaba y a la vez nos intrigaba. Al fin y al cabo, era algo que todos hacíamos.

Así que por un motivo u otro, Rufo era el comentario principal de los habitantes de Valverde, y todo el mundo lo juzgaba. En Valverde, al ser un pueblo principalmente ganadero, había pastores que tuvieron relación con la finca de Don León, y de voz en voz, corrían los cuentos. Cada día, alguno de la pandilla contaba algo que había escuchado, pero la verdadera historia del viejo Rufo no nos la contaría nadie. Nos la relataría él mismo.

Cuando él nos relataba algo, nosotros escuchábamos tan atentos como si luego tuviéramos un examen. Tuvieron que pasar años, hasta entender alguno de los pasajes que escuchamos cuando teníamos trece años. Una tarde, cuando fuimos a visitar al viejo y a jugar con Sultán, empezó a contar su vida. Creo que nunca, en toda su vida, tuvo unos oyentes tan atentos.

3

Era el año 1910 en Argentina, cerca de Buenos Aires. En una granja vivían los padres de Rufo junto con los abuelos. Anselmo, que así se llamaba el padre de Rufo, estaba loco de contento, ya que su esposa Isabel estaba esperando su primer hijo. Él, se encontraba trabajando en el campo, cuando su padre le gritó a lo lejos:

—¡Anselmo! ¡Corre! Tu esposa ya esta pariendo —juntos corrieron a la granja. El corazón de Anselmo iba a mil, estaba emocionado. Por fin vería la cara de su hijo, con el que llevaba nueve meses soñando junto con su esposa Isabel.

Con la madre de Rufo estaba Marta; una mujer de color, que ayudaba en todos los partos de aquella zona.

Anselmo se impacientaba cada vez más. Era ya mucho tiempo esperando en otra habitación. Su padre intentaba tranquilizarlo. Aunque no era fácil, los gritos de Isabel hacían insoportable la espera. De pronto, el silencio. Unos segundos más tarde, por fin el llanto de un niño. Anselmo y su padre, esperaban a que se abriera la puerta, para poder ver al hijo y nieto que tan mal rato le había hecho pasar. Pero no fue solo esa pequeña espera lo peor.

Por fin, se abrió la puerta y ahí estaba Marta; con un niño en brazos. Al fondo, Isabel, inmóvil, y su suegra abrazándola entre sollozos. Anselmo corrió al lecho y vio la terrible realidad. Isabel muerta, ensangrentada. Después de parir, no le quedó fuerza para resistir. La última imagen que vieron sus ojos, fue la de aquel niño rollizo que se resistía a llorar.

Ante la tragedia que suponía la pérdida de Isabel, los padres de Anselmo reaccionaron bien; intentando consolar a Anselmo, que cayó en una profunda depresión. Él, por el contrario, no quería ver a su hijo. Le hacía culpable de su pérdida. Pasaba todo el día fuera, en el campo, y volvía al anochecer. Casi no hablaba y, cuando estaba en su habitación, en la misma cama donde había perdido la vida su esposa, su desconsuelo era latente. En el silencio de la noche solo se oían sus llantos.

Los padres de Anselmo se hicieron cargo de Rufo, que así le llamaron, sin que a su padre le importara lo más mínimo. Tuvieron la suerte de que, cerca de su granja, otro niño había nacido, y la abuela Rita, se desplazaba todos los días para que aquella madre amamantara al bebe. La tarea de educar a Rufo sin la ayuda de su padre sería dura. En una granja, con poca gente, y mucho trabajo que ahora tendrían que repartir con el pequeño Rufo.

Pasaba el tiempo en la granja y Anselmo parecía aguantar cada vez menos. Él decía que tenía que alejarse una temporada de la granja para superar su malestar. Y así fue. Dos meses después de nacer Rufo, Anselmo se marchó a Buenos Aires. Antes de irse, miró a su hijo, le besó y murmuró:

—Perdóname, ya sé que tú no tienes la culpa.

Era el 23 de agosto, cuando Anselmo volvió para el primer cumpleaños de su hijo. Traía un regalo para el niño y su mente totalmente relajada.

Para los padres de Anselmo, fue una gran alegría. Su hijo parecía otro, les hablaba y hablaba sin descanso de Buenos Aires, de la gente y las noticias que allí llegaban del resto del mundo. Les contó, que trabajaba en unos talleres metalúrgicos, y aunque trabaja muchas horas, le había ayudado a superar casi por completo la pérdida de Isabel.

Anselmo, recuperado, volvía a la granja siempre que tenía un día libre. No quería perderse ya ni un minuto de la vida de su hijo Rufo. Cada vez que Anselmo volvía a la granja, contaba noticias que le había contado a él. Ya eran famosas sus historias, y los granjeros vecinos, se acercaban a su granja para escucharlas.

Así, y a su manera, les contaba lo que sucedía por el mundo. Les contaba, que una expedición había llegado al polo sur y cómo habían hecho en Inglaterra en el barco más grande y más lujoso. Más tarde, el barco no era tan seguro y acabó hundiéndose. En otro viaje, la lamentable noticia del estallido de una guerra mundial. Y así, pasó el tiempo el pequeño Rufo; creciendo junto a sus abuelos y con las visitas de su padre. Durante el tiempo que estuvo Anselmo trabajando en Buenos Aires, se relacionó con el movimiento anarquista de aquel país. En la clandestinidad, colaboraba con otros compañeros en mítines y reuniones secretas, siempre para tratar temas relacionados con los derechos de los trabajadores. Como es de imaginar, estas tramas secretas, no gustaban a los jefes de las empresas. Para ellos, esto era

claramente un atentado a su bienestar y un problema que a toda costa querían solucionar, fuese como fuese. Esto hacía que la motivación de Anselmo y sus compañeros fuera grande. Ellos estaban convencidos de que hacían una gran labor por la comunidad obrera, y dedicaban casi todo su tiempo libre en esa lucha.

Mientras, en la granja, el pequeño Rufo crecía con sus abuelos, y como únicos amigos, el perro de su abuelo y un pato que fue un regalo de su padre: Estuviese donde estuviese, Rufo siempre tenía la leal compañía de ellos, que le seguían a todas partes. Incluso dormían a los pies de la cama del pequeño. Él aprendía muy rápido todo lo relacionado con los animales, ya que en su educación, se olvidaron de llevarlo a la escuela, donde se habría relacionado con otros niños. Pero Rufo pasó sus primeros años de vida jugando solo con animales, y como juguetes, las figuras que su padre le tallaba en madera.

Nunca hablaban de su madre, por lo que Rufo no la echaba de menos. Nadie le había contado aún, que su madre estaba muerta. Quizás pensaron que todavía era pronto, y que tal vez no lo comprendería. Pero tenía a su abuela Rita, que para él, era su mamá como la llamaba a veces.

Pasaba el tiempo, y las historias que contaba Anselmo, cada vez gustaban menos a sus vecinos. Eran más políticas y aquella pobre gente no entendía de política. Solo entendían, que si no trabajaban en las haciendas, los dueños no les pagaban. Esto no desanimaba a Anselmo, que ya empezaba a ser conocido, y no solo en los talleres metalúrgicos donde trabajaba, sino en otras empresas de la zona. Al igual los vecinos

de Anselmo, nosotros no entendíamos lo que era un anarquista, ni siquiera lo imaginábamos. Todavía era pronto para comprender lo que el viejo Rufo nos estaba contando. Lo que estaba claro, era lo que había heredado de su padre. No solo el tallar figuras de madera, además heredó la manera de relatar.

Cuando Rufo contaba los primeros capítulos de su vida, nos tenía como hipnotizados. Éramos incapaces de interrumpirle. Yo me metí tanto en su historia, que mi mente imaginaba el entorno en el que transcurría. Me imaginaba los rostros de su familia, y de las reuniones secretas de Anselmo, que me sonaban a aventura.

Después de aquel primer relato, ocurrió algo fantástico en el pueblo. El día amaneció con una fuerte tormenta. Nosotros, como era costumbre, habíamos quedado en casa de Javi. Aunque ese año teníamos un nuevo entretenimiento, no podíamos dejar pasar la ocasión de ver a nuestra musa veraniega. Todos estuvimos un buen rato esperando, ya que Lin no aparecía. Como tardaba, decidimos ir a casa del viejo a escuchar su historia. A los pocos minutos de llegar al molino, vino Lin llorando. Todos nos preocupamos y nos interesamos por él. Nos contó que su yegua no podía parir, y que el veterinario estaba en otro pueblo y no vendría. Lin se lamentaba, estaba apenado, ya que el potro que naciera sería para él. Cuántas veces nos contaba cómo lo domaría, y cuando lo pudiera montar saldría en las fiestas de Valderde vestido de campero. Esa era su ilusión, y ahora veía que su sueño se rompía.

Rufo sabía la mala suerte que sufriría la yegua y el potro si no se actuaba pronto. Nos pidió que le acompañáramos al establo donde se encontraba la yegua, y

así lo hicimos. ¿Qué se podía perder? Cuando llegamos, al establo había mucha gente del pueblo, y la pobre yegua estaba tumbada y resoplaba como pidiendo ayuda. Todos coincidían en que la yegua y el potro morirían. Era un parto muy tardío, y ya habían intentado todo. Solo esperaban que muriera pronto y que no sufriera. Cuando entró Rufo al establo, primero hubo un silencio, y más tarde murmullos.

—¿Qué hace este aquí?

—¿Quién le ha llamado?

Parece que no estaban dispuestos a que el viejo Rufo interviniera, pero Lin suplicó:

—Por favor, dejadle que lo intente.

Todos se miraron, y el padre de Lin, mirando a su hijo, le dijo:

—Adelante, inténtelo.

Rufo se acercó al animal. Primero le acarició y le habló con ternura.

—¡Ale bonita! Ayúdame y todo saldrá bien.

También Sultán parecía que colaborase. Se tumbó al lado de la yegua, y de vez en cuando, la lamía.

Alguno, al escuchar al viejo hablarle a la yegua de ese modo, se reía. Pero a Rufo parecía no importarle, y siguió hablando y acariciando al animal durante un buen rato, que a mí, me pareció una eternidad. El viejo nos pidió que saliéramos todos del establo, y así se hizo, pero como la curiosidad infantil es tan grande, nos asomamos por las grietas de las paredes.

—¡Eh bonita! Entre tú y yo vamos a sacar a potrillo que viene de nalgas.

—Le está metiendo la mano en sus partes. ¡Búa! Qué asco —comentó Ramón con sorpresa. Qué espectáculo;

la yegua empezó a echar toda clase de líquidos, y de pronto, aparecieron las patas traseras. Rufo tiró con mucha fuerza, hasta que sacó totalmente al potro. Primero le limpió los orificios nasales, luego sacó su navaja, y vimos cómo le cortaba lo que parecía una tripa. La yegua intentaba levantarse, pero solo podía levantar la cabeza. El viejo le acercó el potro, que la madre lamio mientras Rufo le seguía hablando:

—Aquí esta tu potrillo, bonita. Tranquila.

Daba la impresión de que el animal le entendía. Después de lamerle, el potro se levantó y apenas se mantenía en pie. Era algo maravilloso.

Sultán no paraba de dar vueltas en el establo. Se ponía a dos patas, y le daba con el hocico al viejo; parecía darle la enhorabuena. La sorpresa de todos los allí presentes era tan grande como la alegría que sentimos. Yo creo que todos, hasta Manolo, se emocionaron. La alegría más grande, lógicamente, fue de Lin, que se abrazó al viejo dándole las gracias.

El padre de Lin incluso le quería pagar, pero el viejo no aceptaba ningún pago. Creo que Rufo disfrutaba ayudando a los demás de forma altruista. Era la segunda vez en poco tiempo que hacía algo por otros sin pedir nada a cambio.

Todos abrazamos a Lin, que cambió su llanto por una cara de fortuna. Pero cuando quisimos felicitar a Rufo, nos dimos cuenta de que él y Sultán, en silencio, se habían marchado.

El viejo volvió a la soledad del molino con Sultán, su inseparable amigo. Pero no sé si Rufo era consciente de que sus actos estaban quedando marcados en la memoria del pueblo de Valverde, en las mentes de aquella

gente no acostumbrados a tratar con personas tan nobles como el viejo.

En verano eran frecuentes las tormentas en Valverde. Muy ruidosas, pero pasajeras. Aquella tarde, después del difícil parto del potro de Lin, fuimos al molino a visitar al viejo, y de paso, a escuchar otra de sus historias.

Cuando llegamos al molino, seguía lloviendo, y decidimos meternos en el interior. Primero felicitamos al viejo y le preguntamos por qué se había ido tan pronto del establo. Él solo asintió con los hombros, como si con él no fuera la historia.

Paró la lluvia y Sole nos llamó desde la calle:

—Salid y mirad qué arco iris tan bonito.

Salimos al exterior, y el arco iris era el mejor que yo había visto nunca.

El viejo nos preguntó si sabíamos por qué salía el arco iris. Cada uno de nosotros dio una versión diferente, y entonces el viejo, nos contó la leyenda.

—En mi país cuentan, que hubo hace mucho tiempo siete mariposas, cada una de un color diferente. Siempre volaban juntas, se posaban en las flores más vistosas, y pasaban el día jugando. Pero un día, una de ellas vio una flor; la más bella que había visto antes. La mariposa, atraída por su belleza, decidió ir a posarse en ella, y desoyendo a sus amigas, voló hasta la flor con tanta alegría; que no se dio cuenta de que tenía unas afiladas espinas. Una de ellas, le atravesó su frágil cuerpo, hiriéndola de muerte. Las otras seis mariposas volaron hacia donde yacía su amiga herida y viendo que su ayuda era imposible. Volaron hacia el cielo, lo más alto que las mariposas pueden llegar. Allí,

en lo más alto, suplicaron a los dioses de la naturaleza que sanaran a su compañera. Los dioses les preguntaron qué le darían a cambio. Las mariposas respondieron que cualquier cosa. Incluso sus propias vidas y los dioses les mandaron que volaran junto a su amiga. Cuando llegaron junto a ella, la mariposa todavía estaba mortalmente herida. De pronto, se formó una gran tormenta. El cielo se oscureció, y un fuerte viento arrastró a las siete mariposas hacia el cielo. Desde entonces, cuando paran las tormentas, vemos a las siete mariposas lucir sus colores formando el arco iris.

La leyenda nos dejó a todos con la boca abierta y desde aquel día, cada vez que veo el arco iris, no puedo dejar de pensar en el viejo Rufo y la historia de las mariposas.

Sultán también era un buen espectador. Cuando el viejo hablaba, no dejaba de mirarlo, como si comprendiera lo que su amigo contaba. Parecía un perro callejero, con un aspecto un poco descuidado, pero siempre atento. No había ningún movimiento que hiciera el viejo, que Sultán no controlara.

A mí, me entristecía la soledad de viejo, pero me consolaba saber que tenía en Sultán un buen compañero. Eran tal para cual, los dos viejos y agradables. Más de una vez, vimos cómo Rufo le hablaba, y Sultán con sus ladridos, parecía contestarle.

Después del relato del arco iris, no fuimos capaces de pedirle que nos contara nada más. Dedicamos la tarde a jugar los juegos tradicionales de la época, las cruces, marro, etc. Al viejo se le veía feliz, y nosotros también, excepto Manolo, que siempre le ponía alguna pega. Tal vez influenciado por su padre, que también,

estaba siempre al acecho, como si esperara que el viejo cometiera alguna imprudencia, para quién sabe qué.

La influencia en el pueblo del viejo era latente. Nunca antes había estado la opinión tan dividida: por una parte los que le recriminaban su no asistencia a los actos religiosos, y por otra, los que lo veían como yo, una persona noble y tierna.

En los días siguientes, el viejo Rufo siguió con su acento peculiar contando su historia, relataba todo, hasta el más pequeño detalle, y eso que algunas situaciones solo las recordaba, porque se las contó su padre.

A la vez que se le notaba feliz, sentía cada vez más nostalgia de su país, y eso no me hacía sentirme bien, ya que cuanto más nostalgia tenía el viejo, más cerca estaba su partida, y eso sí que me entristecía. Pero mientras, Rufo seguía en el pueblo disfrutábamos de sus relatos y de los juegos con Sultán. Era una sensación extraña. Nosotros siempre habíamos evitado la relación con las personas mayores. Creíamos que aparte de reñirnos cuando hacíamos alguna trastada, no nos podían aportar nada. Qué engañados estábamos. La relación con el viejo Rufo nos hizo ver a los viejos de otro modo y creo que hasta nos hizo un poco mejores. La experiencia de conocer la historia de una persona así, nos aportó madurez.

Entre los miembros de la pandilla, había opiniones de todo tipo: a Sole le infundía lástima, a Manolo repulsa, Lin lo veía como su héroe, el gordo y Javi, pensaban que el viejo era feliz porque tenía a Sultán y eso bastaba, Ramón no opinaba, y yo sentía que estaba viviendo una felicidad pasajera, porque arrastraba una profunda amargura. En fin, eran las opiniones de niños de trece años.

El viejo siguió con el relato de su vida, que como si fuera una droga, nos tenía enganchados.

Mientras pasaban los años, Rufo vivía en su rutinaria vida en el campo. Por el contrario, Anselmo cada vez más activo en su lucha por los trabajadores argentinos.

Llegó el año 1918. El dos de diciembre, los trabajadores de los talleres metalúrgicos en los que trabajaba Anselmo, decidieron ir a la huelga. Exigían que reincorporaran a trabajadores despedidos, un aumento del salario y una jornada de ocho horas. Por otra parte, la empresa, que no cedía, llamó a los rompehuelgas para que intervinieran. Lejos de acabar el conflicto, a Anselmo y sus compañeros, se les unieron trabajadores de otras empresas y otros sindicatos.

En las calles de Buenos Aires, la policía cargó contra los huelguistas, acabando con un muerto y varios detenidos. Después de los sucesos, algunos huelguistas planeaban robar el correo central de Buenos Aires. Anselmo no lo vio correcto y se mantuvo al margen, intentando convencer a los otros que ese no era el camino para ayudar a los trabajadores. El día 12 de enero de 1919, los huelguistas rebeldes intentaron el robo, desencadenando las

represalias más brutales. Aún se recuerda hoy los hechos como la semana trágica con centenares de muertos y detenidos.

En la semana trágica, la policía intentó dar un escarmiento que sirviera de lección. Muchos trabajadores fueron perseguidos y detenidos. Anselmo era uno de los perseguidos. No estaba dispuesto a que le encarcelaran, y con la ayuda de compañeros anarquistas planearon el modo de salir de Argentina hacia España. Pero Anselmo no quería irse sin su hijo Rufo, así que fue al campo y les explicó a sus padres que tenía que abandonar el país una temporada, y que se llevaba a Rufo. Los intentos por parte de sus padres de que dejara al niño no convencieron a Anselmo, que estaba decidido a llevárselo con él. Antes de partir hacia España, Anselmo llevó a su hijo a la tumba de Isabel. Rufo escuchó por primera vez el nombre de su madre. Pasaron horas frente a la tumba, donde Anselmo le contó cómo había conocido la madre de Rufo, la que fue su gran amor. Le contó cómo era, cómo se reía, y los planes que hicieron para el futuro. No paraba de hablar y el pequeño Rufo escuchaba atento; no quería perderse ni un detalle para conocer a su madre y poder recordarla siempre.

Cuando el Viejo Rufo nos contó ese pasaje, vimos lágrimas en sus ojos. Qué tristeza y qué vacío tan grande tendría, no conocer a su madre, nunca darle un beso ni abrazarla, entonces comprendí parte de su amargura.

Aquella noche, cuando regresé a casa, ante la sorpresa de mi madre, me abracé a ella. Me preguntó por ese arrebató de cariño y yo solo pude contestarle:

—Por que te quiero.

Era algo difícil de explicar, y quizás mi madre no entendería las razones que me motivaron a actuar así.

Cuando tomaron el barco rumbo a España, Rufo lloraba, quería a su pato y a su perro y no hacía más que repetir:

—Son míos, y los quiero.

Anselmo le explicó que los seres vivos no tenían que ser propiedad de nadie, que tarde o temprano en su camino habría otros amigos. Rufo se tranquilizó y dejó de llorar. Entonces, Anselmo agarró a su hijo de la mano y mirando desde la cubierta del barco le dijo:

—Rufo hijo mío, mira cómo nos alejamos de nuestra tierra, recuerda que allí dejamos parte de nosotros. Estés donde estés, no olvides nunca tus orígenes, donde nacieron tus abuelos, tus padres, y donde viste tú la luz por primera vez. Prométete a ti mismo volver a tu patria.

Rufo miró hacia tierra y vio cómo poco a poco se alejaba de sus amigos, de sus abuelos, y de la tumba de su madre. Cómo no iba a prometer volver si dejaba todo lo que conocía, toda su vida.

Durante el viaje en barco hacia España, el pequeño Rufo tuvo otras experiencias; ver el inmenso Océano Atlántico, jugar con otros niños, y disfrutar de la música. Nunca antes había escuchado melodías, y las conoció gracias a un viejo que tocaba con su violín, todos los días que duraron el viaje, en la cubierta del barco.

Eran muchas experiencias nuevas en muy poco tiempo, pero la mejor era la de escuchar a su padre todo lo que le contaba de su madre. Cuando acababa de contar la historia Anselmo, Rufo le pedía que se la contara de nuevo, y así entre historias, música y juegos, fue pasando el viaje.

Cuando llegaron a España, eran dos personas perdidas, sin ningún sitio donde ir, sin conocer a nadie y con poco dinero. Anselmo enseguida entabló relación en el puerto con trabajadores, y así le ofrecieron un trabajo de estibador. Anselmo vio que los problemas que había dejado en Argentina también existían en España; el obrero con pocos derechos y muchas obligaciones. No aguantó mucho de estibador, le ocupaba casi todo el día y tenía que dejar solo a Rufo en una pequeña habitación arrendada.

Como Anselmo era hombre decidido, viajó con su hijo hacia las provincias del interior a probar suerte. Mientras, Rufo iba acumulando experiencias que recordaría toda la vida y que añoraría con el paso de los años.

Anselmo no se acobardó ante la realidad que vivían. Estaban muy lejos de su tierra y con un difícil futuro ante ellos. Pero era un hombre valiente, y no descansaba en el empeño de encontrar lo mejor para él y su hijo. Ese empeño le llevó a recorrer toda España, aceptando todo tipo de trabajos. Pero allí donde iban, estaba el fantasma de la injusticia hacia los trabajadores. Anselmo reprimía su afán de lucha; no quería implicarse en los derechos de nadie, ya que ese el motivo que le hizo huir de su país. A Rufo le prometió que su vida en España sería mejor y más tranquila que la que dejaron atrás. Aunque, seguramente, se arrepintió más de una vez cuando las cosas les iban mal.

Sus vidas cambiarían cuando, por casualidad, se encontraron con unos hombres que estaban comiendo junto a un camino. Anselmo y Rufo se acercaron a ellos a descansar:

—Buenos días tengan ustedes —se dirigió a ellos Anselmo.

—Que sean buenos —contestó uno de ellos.

Junto al camino había un gran rebaño de vacas, que llamaron la atención del pequeño Rufo.

—Me llamo Anselmo, y mi hijo Rufo. ¿Dónde se dirigen?

—¡Hola! Soy Ginés, y vamos con el ganado a la hacienda Los Corrales —respondió el que parecía ser el capataz.

—Nosotros vamos buscando trabajo —dijo Anselmo.

—No corren buenos tiempos para ir por los caminos solo con un niño —le comentó Ginés.

—Venimos de Argentina. Allí está la cosa mal, y parece que por aquí está igual.

—Nosotros trabajamos para Don León, que es el dueño de este ganado. Venga con nosotros y seguro que el patrón le dará algo.

—Muchas gracias, les acompañaremos.

Anselmo y Rufo, siguieron el viaje a la hacienda con los pastores, y mientras viajaban, hablaban de todo. Anselmo hizo notar sus dotes de narrador, cuando paraban para descansar. Él les contaba historias de Argentina y los pastores se divertían con sus relatos que les hizo el camino más ameno.

Rufo también mostró su cariño hacia los animales, y no se separaba del ganado, ayudando cuando algún becerro se separaba de los otros.

Por fin, llegaron a la hacienda Los Corrales. Anselmo y Rufo se pararon en el camino y lo que vieron les gustó. Parecía una fortaleza, una pared blanca albergaba una gran casa, y a los lados, otras mucho más

pequeñas, una iglesia con un pequeño cementerio y muchos corrales.

Las campanas sonaban sin parar; daban la bienvenida a los pastores que volvían a casa. Enseguida empezó a salir gente de las casas pequeñas a recibir a sus compañeros, y después de saludos y abrazos, la cuadrilla de Ginés recogió el ganado en los corrales. Después, Ginés acompañó a Anselmo y Rufo a la casa grande. Mientras se acercaban, Ginés comentó a Anselmo que Don León era buena persona, que los trataba muy bien y que el salario lo consideraban justo. Entraron en la casa, y después de un rato de espera, los recibió Don León. Anselmo vio un hombre correctamente vestido para estar en el campo; se le notaba de presencia noble y altanera. Después de las presentaciones y una breve introducción de Ginés, Anselmo se sentó a hablar con Don León. El encuentro fue fructífero, Anselmo consiguió trabajo en la hacienda. Rufo, mientras curioseaba todo lo que había a su alrededor, miraba con cierto malestar las cabezas disecadas de toros que colgaban en las paredes. Don León se fijó en el niño por encima del hombro de Anselmo.

—¿Te gustan? Le preguntó.

—Sí, ¿por qué están en la pared? —respondió.

—Porque fueron buenos en su misión.

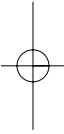
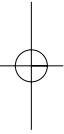
Fue una respuesta que Rufo entonces no comprendió, pero con el tiempo sabría que en España existía la fiesta nacional, y los toros de Don León, eran muy solicitados para las corridas.

Terminada la corta reunión, Ginés los acompañó a una de las pequeñas casas junto a la Casa Grande. En la casa vivía un matrimonio. Eran Carmen, una

rechoncha mujercilla cuyo trabajo era cocinar y limpiar en la Casa Grande, y Dionisio, su marido, entendido de plantas y flores y se encargaba de los jardines que había delante de la casa. Don León le dejaba cultivar un pequeño huerto que cuidaba en el tiempo libre. Los demás trabajadores de la hacienda, todos hombres, vivían en las otras casas.

Seguramente, Don León pensó que en la casa de Dionisio y Carmen, sería mejor sitio para un niño. Don León se había quedado viudo hacía poco. Su esposa murió de unas fiebres. Vivía en la Casa Grande con su hijo: el señorito Julián, que era unos años menor que Rufo.

Después de instalarse y recoger sus bártulos, Dionisio le acompañó a una de las casas donde se juntaban los trabajadores para comer. Ginés ya había hablado a los otros de Anselmo, el extranjero, como desde aquel día le llamaron. A Anselmo no le disgustaba el apodo; por el contrario, estando lejos, no olvidaba su tierra.



Conforme nos contaba la historia, al viejo Rufo se le notaba nostálgico. Yo creo que le confundía la extraña sensación de felicidad pasajera que estaba viviendo, con la añoranza de tanto tiempo de su tierra. Por otro lado era lógico; en muy poco estaba retrocediendo mucho en su memoria. Y a nosotros, la panda, cuánto nos atraía su vida. Casi con nuestra edad, Rufo había corrido tanto. Qué experiencias y qué aventuras para solo un niño. También nos atraía Anselmo; una persona verdaderamente valiente. Con su apodo, el extranjero, como en el pueblo el padre de Lin era «el grande», Ramón era «el de los chatos», al padre de Javi le llamaban «el francés», Santi era «el de los gordos», y así un sinfín de apodos en Valverde.

Por fin, un día el viejo nos enseñó sus figuras talladas. Entonces, al verlas, imaginé que tallaba toda su vida; tenía un pato, un perro, una mujer y un barco entre otras. Parecía que las hubiera tallado según sucedían los acontecimientos y por eso las guardaba con tanto cariño.

Todos teníamos curiosidad por las figuras y el viejo nos explicaba cómo las hacía con su vieja navaja. Pero al recogerlas, todos nos quedamos mirando al suelo; se

le había caído la foto de la mujer que Manolo y yo vimos en nuestra secreta visita al molino y ahora la vieron todos. Ramón le preguntó:

—¿Quién es esa mujer? ¿Tu madre?

Rufo quedó unos minutos en silencio, mirando la foto.

—Es Candela —respondió.

—¿Quién es Candela? —siguió Sole.

Rufo no respondió y guardó la fotografía. Nos dijo que no se encontraba bien y que se acostaría pronto. Nos despedimos del viejo y marchamos hacia casa, no sin preocupación. Habíamos visto cómo su cara arrugada cambiaba de expresión al mirar la vieja foto.

Nosotros también volvimos a nuestra casa en silencio. Seguro que cada uno de nosotros imaginaría una respuesta para el silencio de la pregunta de Sole, y con otra pregunta que se repetía en nuestra mente: ¿quién era Candela?

Como todos los veranos, las mañanas la dedicábamos a refrescarnos en la balsa del Sebas. Por las tardes, íbamos al porche de la ermita y planeábamos nuestros juegos, pero ese verano era diferente. Nuestra principal atención, era la visita al molino, para escuchar los relatos del viejo Rufo. A Manolo ya parecían aburrirle estas visitas e intentó convencernos para que siguiéramos como en otros veranos. Tuvimos un debate interesante y sin darnos cuenta estábamos discutiendo, opinando, intentando convencernos unos a otros. Algo estaba cambiando en nosotros. Nos comportábamos como adultos cuando trataban algún tema del pueblo en el Ayuntamiento. Yo tuve que esforzarme mucho para convencer a los demás. Argumenté

que el viejo se marcharía pronto del pueblo, y así podríamos continuar con nuestras rutinarias vacaciones.

Al fin, venció el criterio de seguir visitando a Rufo. Manolo, aunque de mal gusto, aceptó. Era lo bueno que teníamos; cuando decidíamos algo, éramos una piña.

Tal y como habíamos decidido, por la tarde fuimos al molino. Mis esfuerzos de aquella mañana para convencer a todos, fueron en vano; el viejo no estaba en el molino. Qué extrañeza sentí, quizás se habría enfadado con nosotros por nuestro interés por saber quién era Candela.

Lo buscamos por los alrededores del molino, llamamos a Sultán, pero nada. No tuvimos respuesta. Mientras esperamos, estuvimos jugando. Todos mirábamos al camino, pero el viejo no aparecía. Manolo empleó su sarcástico argumento:

—No sé para qué venimos, si el viejo no está.

Aunque con un poco de preocupación regresamos al pueblo. En la calle estaban casi todos, se estaba engalanando todo para las fiestas del siguiente fin de semana.

En los días siguientes no vimos al viejo. Ni en la Romería, ni en las celebraciones del festejo, pero sí se dejó ver en la corrida de toros que estaba concertada para las fiestas.

La improvisada plaza de toros era como cada año, un montón de carros y remolques que abarrotaba no solo por los habitantes de Valverde, también venía gente de otras poblaciones. Era el clímax de la fiesta, y allí, entre los remolques, vimos a Rufo.

Qué viejo tan singular. No venía al pueblo en la fiesta, en la que todo el mundo disfrutaba, pero sí a ver los toros; era curioso. Por lo que pude apreciar en su cara,

creo que le gustó el espectáculo, y eso que a Valderde nunca venía ningún torero famoso.

Antes de acabar la corrida, el viejo volvió a desaparecer. Creo que solo yo noté su ausencia.

Acabaron las tan esperadas fiestas y el pueblo volvió a la normalidad; los pastores con su ganado, los labradores a su campo, y nosotros a la balsa del Sebas.

Los días que pasamos sin ver al viejo, echamos de menos la visita al molino y sus historias, así que, si la rutina era hacer lo mismo, seguimos con la rutina y fuimos a ver a Rufo.

Lo encontramos fuera del molino, a sus pies su fiel Sultán que se acercó a nosotros ladrando y moviendo el rabo sin parar. Creo que él también nos echaba de menos. El viejo también se alegró de nuestra llegada. Dejó de tallar y con el mismo ánimo que siempre, empezó a hablar sin parar. Como era de esperar, nosotros le pedimos que siguiera con su relato, y él, deseoso de recordar, continuó relatando. Tenía una memoria espléndida y como si estuviera viviendo el momento, seguía con la historia justo donde la había dejado.

Ya sentados a la sombra del molino continuó:

—En la hacienda Los Corrales, Anselmo no tardó en adaptarse. Se encontraba a gusto y su trabajo consistía en sacar a comer a las reses, llenar los pesebres, y cuidar de los caballos. Este trabajo le hacía feliz, podía estar casi todo el tiempo con Rufo. Siempre estaban acompañados de otros trabajadores, y el ambiente era de lo más cordial. Por la tarde, Anselmo y Rufo iban a una pequeña laguna que se encontraba cerca de la finca. Allí se tumbaban y cada tarde veían cómo el sol se escondía. Cuando la noche era clara, Anselmo

le enseñaba a su hijo las estrellas y le comentaba cómo se llamaban y lo lejos que estaban.

Durante el tiempo que Anselmo estuvo trabajando en Buenos Aires, pasaba mucho tiempo con un compañero cuya su pasión era la astronomía; afición por la que se interesó Anselmo. Rufo disfrutaba escuchando a su padre todo lo que le contaba. Aprendía rápidamente y siempre quería saber más:

—Mira Rufo, en el cielo, cuando muere uno de nosotros, se enciende una estrella.

—¿También tiene una estrella mi madre?

—Claro hijo mío, la de tu madre es la que más brilla.

Cada noche, Rufo miraba esa estrella; era la manera que tenía de sentir a su madre cerca, pero a la vez lejos. Juntos recordaban a los abuelos de Rufo, y uno al otro, se consolaban con la esperanza de volver a verlos algún día. El deseo de volver a Argentina era para Anselmo, junto con su hijo, la razón más importante de su existencia.

La vida de Rufo en la hacienda era de lo más provechosa. Siempre estaba con alguien al que no paraba de preguntar, y ellos estaban a gusto con el chaval; siempre esforzándose por enseñarle todo lo relacionado con la hacienda. Alguna regañina se llevaba de la buena Carmen, a la que sin querer, de vez en cuando incordiaba.

Rufo no tardó mucho en conocer a todos los trabajadores y a moverse con libertad por toda la hacienda. Conocía cualquier rincón y pasaba la mayor parte del tiempo queriendo ayudar a unos y otros. Lo peor era cuando tenía que acompañar al señorito Julián. Era un niño egoísta y prepotente. Trataba a todos mal, siempre ordenando y amenazando con contar cualquier

mentira a Don León. Aunque el señorito Julián caía mal, nadie se atrevía a contradecirle, ni a desobedecerle. A Rufo no le parecía bien la manera que tenía de actuar y era el único que le contradecía. Esto le llevó en más de una ocasión a llevarse alguna reprimenda.

El señorito Julián nada tenía que ver en la forma de tratar a los trabajadores, con los buenos modos y el buen corazón de su padre. Don León era una persona buena que trataba bien a todo el mundo. Era un poco solitario y casi nunca salía de la hacienda, pero era comprensivo, respetaba a todos y sus vidas. Incluso respetaba que Anselmo y Rufo nunca aparecieran por la pequeña iglesia.

6

En la hacienda Los Corrales, la vida era tranquila, aunque un poco monótona. Casi siempre se hacía lo mismo, pero se notaba en el ambiente el bienestar.

Anselmo, luchador por naturaleza, olvidó su pasado y sus luchas. Estaba viviendo con su hijo unos buenos momentos de felicidad. Aunque el extranjero, como ya le llamaba todo el mundo en la finca, no dejó sus relatos que a los compañeros tanto les gustaba oír. Anselmo les contaba historias de Argentina, historias del mundo que había escuchado y hasta puede que alguna se la inventara.

Rufo casi siempre estaba al lado de su padre y a la vez que escuchaba, estaba acumulando experiencias. Como más de una vez le dijo a su padre:

—Quiero que lo que estoy viviendo, no se me olvide nunca.

En la finca existía otro atractivo para Rufo, quizás el más grande. Era el tentadero, un pequeño recinto donde los becerros demostraban su bravura. Allí, Rufo pasaba todo el tiempo cuando hacían la tiente. A Rufo le atraía el enfrentamiento del hombre con toro; en su imaginación era como una de esas historias de romanos que su padre le contaba.

Por la hacienda pasaba mucha gente relacionada con el mundo de los toros. Se hacían grandes fiestas, a las que los trabajadores nunca estaban invitados. Rufo observaba desde su ventana el entrar y salir de los invitados y su manera de vestir. Escuchaba la música, sus risas y veía la diferencia entre su mundo y el que observaba fuera de su ventana. Esa diferencia era el motivo por el que su padre tanto había luchado en Argentina, y era el motivo por el que estaban allí.

Los trabajadores también tenían sus fiestas, las de la cosecha. Después de cosechar, Don León les permitía hacer la fiesta. Hasta la patrocinaba; les pagaba la música, la bebida, y algún que otro espectáculo. Anselmo y Rufo disfrutaban al máximo, olvidaban que se encontraban lejos de casa, porque entonces, esa era su casa.

La manera de ser de Anselmo influía mucho en los trabajadores de la hacienda. Anselmo entendía el campo y los animales, por lo que los trabajadores tenían mucho en cuenta sus opiniones. Él, que en otro tiempo había estado luchando por los derechos de sus compañeros, ahora estaba colaborando por mejorar el rendimiento. Tenía dotes de organizador y los demás lo notaban y respetaban sus sugerencias.

Esto motivó que Ginés tuviera algo de celos, ya que él era el capataz de la finca. Pero esos celos duraron poco, y Ginés le reconoció a Anselmo la capacidad de mando. Así cuando Ginés tuvo que dejar la hacienda para contraer matrimonio y hacerse cargo de unas tierras, fue él mismo quien propuso a Don León que el capataz fuera Anselmo.

Don León acepto de buen grado la propuesta de su capataz, y dio la bienvenida en el puesto a Anselmo. El

nuevo cargo influiría en el día a día de Rufo; ya no estaría tanto tiempo con su padre y, poco a poco, Rufo se convertía en trabajador de la hacienda, asumiendo el anterior trabajo de su padre.

Anselmo se tomó muy apecho su trabajo, y en la hacienda se notó el cambio; se sembraron campos que estaban sin cultivar y aumentó la ganadería.

Don León, viendo cómo su patrimonio prosperaba, hizo alarde de su generosidad, regalando a Anselmo el molino de Lucas en prueba de su agradecimiento.

Y así, sin darse cuenta, pasaban los años. Anselmo viajaba, y como hizo cuando Rufo era un niño, al regreso le traía un regalo. Su primer regalo fue un capote de torero y más tarde un estoque. Rufo recibía el regalo ilusionado y cuando estaba a solas frente a espejo, imitaba lo que veía tantas veces en el tentadero.

Aunque Anselmo viajaba a menudo, siempre estaba junto a su hijo en la fiesta de la cosecha. Al acabar una de esas fiestas, uno de los músicos iba a sacrificar a una perra enferma. Rufo le pidió que no lo hiciera, que él intentaría curarla:

—Quédatela, aunque durará poco. Está muy enferma.

—¿Cómo se llama? —preguntó Rufo.

—Alma.

Rufo recogió a la perra, y se la llevó a su habitación para intentar salvarla. En un principio a Carmen no le parecía muy bien tener un animal en la casa, pero la buena Carmen accedió hasta que se curara. La perra era una galga, que demostró su fortaleza, y gracias a los cuidados de Rufo y a la ayuda de Anselmo, el animal mejoró.

Como ya advirtió Carmen, cuando la perra estuvo recuperada salió de la casa. Alguna noche, Rufo la metía por la ventana para que durmiera a sus pies. La buena Carmen, se hacía la ignorante, ya que sentía mucho cariño por Rufo. Ella y Dionisio, nunca tuvieron hijos, por eso el matrimonio tenía predilección por el chaval.

Alma esperaba en la puerta cada mañana a Rufo y luego le acompañaba en su trabajo. La perra le avisaba a Rufo con sus ladridos, cuando Anselmo regresaba, y antes de que tocaran las campanas, Rufo y Alma salían al camino a recibir a Anselmo y los pastores.

En uno de los viajes, Anselmo tenía el encargo de traer un buen semental. Después de visitar pueblos y ganaderías, encontró al animal. Era un toro de nombre Zapatero, indultado por bravo. Bravura que demostró cuando lo querían bajar del camión para meterlo en un corral. Nunca habían visto un toro tan bravo y con tanta fuerza. Necesitaron varios pastores para meterlo. El toro mugía tan fuerte que se oía por toda la finca. Era un espectáculo, y todos los pastores se acercaron al corral a verlo. Hasta Don León fue a admirar su nueva adquisición. Felicitó a Anselmo por su elección, luego se dirigió a Rufo:

—A este cuídalo bien, y cuídate de esos cuernos.

Rufo miró a los ojos del toro con respeto y esa mirada le hizo sentir un malestar que le recorrió todo el cuerpo. Más tarde, los pastores escuchaban a Anselmo, cómo y dónde consiguió el semental. Todos coincidían que la descendencia sería con casta. Rufo, que entonces ya tenía catorce años, comentó a su padre que aquel toro le daba mala espina. Anselmo se reía:

—Rufo, si yo fuera torero, me hubiera gustado torear esa fiera.

Pero Anselmo no era torero, y ese era mucho toro, pensaba Rufo con cierto temor. Al fin y al cabo, a él le tocaba cuidar la fiera, como decía su padre.

Rufo pasaba los días atendiendo sus labores, poco a poco, se convertía en experto en su trabajo; el trato de los animales. Sacaba el ganado, cepillaba los caballos y cuidaba de Zapatero. En lo que menos disfrutaba era en acompañar al señorito Julián cuando montaba a caballo. Más de una vez, el señorito le hizo estar horas tirando del caballo mientras se metía con Rufo sin cesar. Con el paso del tiempo, el señorito Julián era más cruel con todo el que estaba empleado para su padre. Rufo aguantaba sus insultos y humillaciones; parecía que no le afectaba. Hasta sentía algo de pena por él, un niño que podía tener todo menos el cariño de un amigo. Pero en general, Rufo tenía más momentos buenos que malos. Aprendió de Anselmo a cuidar y a ver cuándo un animal no se encontraba bien; él les hablaba y nunca los maltrataba. Así cuando veía que alguna vaca cojeaba, la apartaba y se la llevaba a la laguna para que nadara y con el esfuerzo el animal salía curado. Seguía con su padre por las noches viendo cómo el sol se escondía, recordando a sus abuelos y mirando a las estrellas. Sobre todo a la que más brillaba, así tenía presente a su madre. Padre e hijo hablaban de Argentina. Siempre se decían que ya les quedaba menos para regresar. Pero la verdad era, que conforme pasaba el tiempo, sus sueños estaban cada vez más lejos de realizarse. Antes de que saliera el sol, Rufo y Alma iban a los corrales. Allí quietos,

veían nacer el nuevo día y, antes de que los demás se despertaran, Rufo daba unos capotazos a algún becerro. Él sabía que no lo debía hacer y, que si alguien se enteraba, podría tener problemas. Aun así se arriesgaba. Su emoción era doble, por el riesgo y por la gran afición que sentía.

El tiempo pasaba y llegó un nuevo verano. Rufo apartó a Zapatero de la manada para que descansara hasta el mes de febrero. Estaba sudoroso; ese día hacía mucho calor. Cuando se acercó a la casa para refrescarse, escuchó a Carmen gritar:

—¡Dionisio! Que vienen Doña Pepita y la señorita Candela.

Candela; otra vez escuchábamos ese nombre. Todos nos miramos, y expectantes esperábamos la respuesta que días atrás no obtuvimos.

¿Quién era Candela?

Rufo sacó de la caja de madera la vieja foto y nos dejó que la miráramos. Aunque estaba bastante deteriorada, se apreciaba que Candela era una mujer muy guapa. ¿Qué motivaría al viejo ahora a enseñarnos la fotografía y a contarnos esa historia que nos parecía tan secreta?

Nuevamente en sus ojos vimos la tristeza. Yo no hacía más que preguntarme: ¿por qué? Comprendimos que era hora de dejar al viejo a solas con sus recuerdos. Marchamos hacia el pueblo con una gran curiosidad, pero ahora sentíamos que Rufo era nuestro verdadero amigo.

Manolo no compartía la misma opinión. Decía que como éramos niños nos estaba contando cuentos y no paraba de recordarnos que el viejo no era trigo limpio porque había estado en la cárcel.

Yo estaba nervioso, inquieto. Me atraía tanto la historia del viejo, que mi madre llegó a preocuparse. No hacía más que hablar de Rufo, y mis padres no podían comprender cómo me había metido tanto en el relato. Hasta tal punto, que se plantearon el prohibirme visitar al viejo.

Afortunadamente, no fue así, ya que me habrían privado de escuchar y compartir los sentimientos de Rufo. Yo propuse a mis padres que invitaran a Rufo a comer con nosotros y así lo conocerían y verían que no había nada malo en el viejo.

Al día siguiente, acompañado de Sole, me acerqué al molino. Le propuse al viejo que si quería comer ese día con mi familia; a él le sorprendió la propuesta. Argumenté que mis padres le querían conocer, y él aceptó. El viejo se atavió con sus mejores galas para la comida. Mientras caminábamos hacia mi casa, estuve tentado a preguntarle por su cojera, pero pensé que él nos lo contaría cuando fuese el momento. Ya en el pueblo, Sole se despidió quedando para por la tarde y nosotros atravesamos el pueblo ante la curiosa mirada de alguno de los habitantes.

Durante la comida, Sultán quedó en la puerta de casa, no se movió en ningún momento. La comida fue muy amena. Mis padres creo que disfrutaron con la compañía del viejo, que mientras comíamos, nos contaba sus experiencias. Al terminar, mi padre me mandó que saliera a darle de comer a Sultán. Imagino que

para hablar con Rufo a solas y asegurarse de que el viejo no era ningún peligro para nosotros. Lo que hablaron nunca lo supe, pero tuvo que ser entretenida la charla, desde la puerta escuché alguna risa. Seguramente mi padre supo su historia antes que yo, y no encontró nada malo en ello. Hubo cierta complicidad entre los dos, ya que mi padre se comprometió a ayudarle a vender el molino de Lucas para pagarse la vuelta a Argentina.

Después de que acabara la comida familiar, porque para mí fue familiar, como si nos hubiese acompañado alguien próximo, Rufo marchó al molino. Se apreciaba felicidad en su rostro. ¿Cuánto haría que no tenía un momento así? Se perdió en las calles del pueblo con su torpe caminar y con su fiel amigo Sultán.

Como este era un verano de emociones nuevas, por la tarde Manolo dijo que no volvería al molino a escuchar más cuentos del viejo. Intentamos convencerlo nuevamente, pero no pudimos hacer que cambiara de opinión y hasta convenció a Ramón para que tampoco nos siguiera. Esto no nos había pasado nunca, siempre estábamos unidos en todo. Aquello fue una señal de que algo en nosotros ya había cambiado. A todos nos parecieron bien las distintas opiniones que surgieron, por lo que todos menos Manolo y Ramón, fuimos al molino.

Sole, Lin, el gordo, Javi, y yo seguimos el plan. Además estábamos entusiasmados porque sabíamos que Rufo por fin nos diría quién era Candela. Había llegado el momento de escuchar la relación que les unió, relación que no podíamos imaginar ninguno de nosotros.

Candela era una niña de catorce años, hija de Doña Pepita, hermana de Don León. Doña Pepita, se casó con el señor Germán, un capitán del ejercito que debido a sus continuos traslados, le había impedido estar en la hacienda Los Corrales los últimos tres años. Casi el tiempo que llevaban Anselmo y Rufo en la hacienda.

Doña Pepita estaba muy enferma; padecía una severa tuberculosis en fase terminal, situación de la que era consciente y seguramente pensando que le quedaba poco de vida, querría pasar sus últimos días en el lugar donde nació, y del que era copropietaria junto a su hermano Don León.

Desde el prado, a lo lejos, Rufo los vio llegar a la Casa Grande. Él también tenía curiosidad de conocer a los nuevos visitantes, ya que la casa solo era visitada por gente en las fiestas, además de Carmen, Dionisio, y Don Antonio, el tutor del señorito Julián.

Ya atardecendo, Rufo estaba en la cuadra aseando a los caballos, cuando escuchó una voz detrás de él.

—¡Hola! ¿Quién eres?

Rufo se volvió y vio una niña con unos largos cabellos rubios y unos ojos tan azules como el mar.

—Me llamo Rufo, trabajo aquí.

—¿Eres el hijo del extranjero?

—Sí, así llaman a mi padre —contestó Rufo con un poco de rubor. Estaba acostumbrado a tratar con personas mayores, con los animales, pero nunca había estado solo con una chica.

—¿El perro es tuyo?

—Es una perra, se llama Alma.

—Me llamo Candela, soy prima de Julián. ¿Sois amigos?

—No, nos vemos mucho, yo solo le ayudo a montar y cuido su caballo.

—¿Por qué hablas tan raro?

—Es que nací en Argentina.

Desde la casa se oyó cómo llamaban a Candela.

—Me llaman, ya nos veremos.

Rufo la siguió con la mirada hasta que entró en la casa. Fue corriendo a buscar a Anselmo, y trabándosele la lengua, le contaba que había conocido a una chica, que era la sobrina de Don León, que tenía los ojos más bonitos que tuviera nadie.

Anselmo le aconsejó que se tranquilizara. Nunca antes Rufo había actuado con tanto entusiasmo. Entusiasmo, al que Rufo tampoco estaba acostumbrado, que le llevaba a hablar y hablar con su padre sin descanso. Hasta Carmen se sorprendió cuando le pidió más comida durante la cena; parecía que el estomago siempre lo tuviera vacío. Anselmo sabía de esa sensación, era la misma que él sintió cuando conoció a Isabel, y eso le preocupaba: Candela era la sobrina de Don León, la persona que se había portado tan bien con ellos. Pero pensaba que lo que sentía Rufo era pasajero, era un chaval y nunca había conocido a una chica.

Esa noche Rufo no podía dejar de pensar en la mirada de Candela.

—¿Has visto esos ojos?

Le preguntaba a Alma, haciendo a la perra su cómplice. Estaba deseando volver a verla. Tenía su cara grabada en su mente. No tardó en verla; al día siguiente Rufo tuvo que preparar los caballos para Candela y el señorito Julián. El señorito, como siempre, se dirigió a él con desprecio.

—¡Eh! Extranjero ¿Cuándo te vas a tu tierra?

Rufo no contestó. Miró a Candela, y notó en su cara que no le gustaban las maneras de su primo.

Rufo, humillado una vez más, vio cómo se alejaban sin quitarle la vista a Candela. Cuando volvieron del paseo la actitud de Julián era la misma. Actitud que recriminó Candela. A Rufo le gustó que ella le defendiera. El señorito Julián marchó a la Casa Grande murmurando, y Candela se quedó con Rufo intentando ayudarle con los caballos. Él no le dejó ya que no era trabajo para una señorita.

Rufo no podía creer que estaba de nuevo con ella. Sin darse cuenta, estaban hablando. Rufo le contaba cómo había venido a España, y lo bonito que era ver amanecer desde un barco, cómo deambularon él y su padre, hasta que conocieron a Ginés y llegaron a Los Corrales. Ella le contaba de sus continuos cambios de ciudad debido a la profesión de su padre. En el fondo, sus vidas no eran tan distintas. Siguieron y siguieron hablando, olvidando casi por completo que ella tenía que volver a la Casa Grande y él a sus tareas.

Rufo estaba feliz pero no olvidaba, que en su vida, casi todo lo bueno había sido pasajero.

A partir de ese día, Candela todos los días, por una u otra razón, visitaba a Rufo. Incluso cuando el señorito Julián se lo contó al señor Germán, y él le prohibió que se relacionara con los trabajadores de la hacienda.

Candela, se había contagiado del carácter de Rufo, y desoía las órdenes de su padre. Tal era su complicidad, que se decían:

«Si algo no está mal, ¿por qué no hacerlo?».

Unos días después de que Candela llegara a la hacienda, Rufo vio un camión en la puerta de la Casa Grande. Pero esta vez no descargaban ningún animal, era algo grande y negro. Anselmo estaba ayudando en la descarga, y Rufo sentía curiosidad por saber qué era aquel artefacto.

Desde la cuadra de los caballos, llegó a sus oídos una melodía que venía de la Casa Grande. Era una música muy diferente a la que escuchaba en las fiestas de la cosecha, se parecía más a la música que tocaba aquel viejo en el barco que les trajo a España. Su curiosidad era tan fuerte, que se acercó a una ventana de la Casa Grande. Se asomó a escondidas, y vio a toda la familia de Candela; estaban rodeándola y era ella con aquel instrumento la que tocaba esa música maravillosa.

Rufo miró a los padres de Candela. El señor Germán, era un hombre muy alto, con grandes patillas y espeso bigote. Doña Pepita era una mujer guapísima, a pesar del deterioro que sufría a consecuencia de su enfermedad. Para Rufo estaba claro que la belleza de Candela era heredada de su madre. Se sentó debajo de la ventana y dejó que pasara el tiempo escuchando, mientras tallaba en un trozo de madera, aquel artefacto que tocaba Candela.

Fue más tarde, durante la comida, cuando Anselmo le contó que aquello era un piano. Él ya había visto alguno en Buenos Aires.

—Qué grande está ya la señorita Candela. Ya es toda una mujercita —comentó Carmen.

—Y cómo toca el piano, te hace sentir que estás en el cielo —siguió Dionisio.

Estaba claro que ellos apreciaban a Candela; siempre que hablaban de ella o de su madre, solo salían cosas buenas de la boca de Carmen y Dionisio. Se notaba que estaban muy contentos con la visita de Candela.

Fue en esa comida, y por boca de Carmen, cuando Rufo supo de la enfermedad de Doña Pepita, Anselmo ya lo había oído por comentarios de los trabajadores de la hacienda. Rufo quedó muy apenado, aunque él no sabía lo que era perder una madre, sí sabía lo que era estar sin ella; él la echaba mucho de menos, porque las historias que le contaba Anselmo de su madre le hacían estar muy cerca de ella.

Rufo, aprovechándose un poco del cariño que Carmen sentía hacia Candela y de la buena relación que tenía en la casa grande, le pidió que invitara un día a Candela a comer con ellos. Si se lo pedía ella, seguro que nadie pondría ninguna pega.

Carmen lo consultó con Dionisio y Anselmo y ninguno de ellos encontraron nada malo en ello, así que Carmen aceptó.

Unos días más tarde, cuando el señor Germán dejó la hacienda para atender su trabajo, Carmen le pidió a la señora Pepita que Candela pasara el día con ellos. Ella no se opuso, no pensaba igual que su marido; al contrario, pensó que era bueno para Candela, ya que Dionisio y Carmen siempre habían mostrado su aprecio por ellas, y sobre todo porque eran dos buenas personas.

Llegó el día. Rufo, como era habitual, se levantó antes de que saliera el sol. Corrió con Alma para hacer cuanto antes sus tareas. Anselmo le ayudó, y cuando

acabaron las faenas, antes de ir a la casa en la cuadra de los caballos, Anselmo habló con Rufo:

—Hijo mío, espero que lo que sientes ahora no te haga daño más tarde. Ya eres un hombre y tienes que saber un par de cosas. Algunas veces, lo que sentimos, no es lo que sienten los demás hacia nosotros. Los sueños y las esperanzas hay veces que no se cumplen. Así que Rufo, hijo mío, no quiero que si eso ocurre, te sientas desgraciado.

Rufo no comprendía lo que su padre le decía, y tampoco entendía por qué lo decía. Qué podría hacerle ahora desgraciado. Tenía a su padre a su lado, con el trabajo disfrutaba, estaban rodeados de personas buenas, el sueño de volver a Argentina no lo olvidaba, y había conocido a Candela. Entonces, ¿cuál era el motivo que pudiera hacerle daño?

En la comida todos estaban agusto, cada uno ponía de lo suyo para estar bien. A Candela le llovían los halagos por parte de Carmen y Dionisio, Anselmo contaba alguna de sus historias y Rufo miraba a Candela en silencio. Ella le devolvía la mirada con una sonrisa. Anselmo los observaba y notaba la complicidad en sus miradas.

Terminada la comida, Rufo y Candela, tras despedirse, fueron a dar un paseo con la advertencia de Carmen de no irse lejos y que volvieran pronto. Ella era la responsable de Candela ese día.

Desde la puerta de la casa Anselmo, Dionisio y Carmen vieron cómo se alejaban.

—Hacen buena pareja —dijo Carmen.

A lo que replicó Dionisio:

—Tú siempre con tus cosas. Si son unos niños.

—Y tú siempre tan ciego.

Anselmo los escuchaba, pero no opinaba al respecto. Él comprendía que lo que parecía evidente no podía ser bueno. Ellos eran de mundos muy diferentes. Sabía que su hijo era un buen muchacho, con un gran corazón, y no quería que se decepcionara.

Rufo y Candela, estuvieron paseando un buen rato. Mientras paseaban y hablaban se iban conociendo un poco más. Solo hacía unos meses que se trataban, y tenían la sensación de que se conocieran de siempre. Coincidían en casi todo, aunque tenían algunas diferencias. Candela tenía una formación profundamente religiosa, por el contrario Rufo, principalmente por su difícil vida y por la educación que le daba Anselmo, era carente de ninguna creencia religiosa. Pero eso no era ningún obstáculo para ellos. Ante todo, cada uno respetaba la vida del otro.

Llegaron a la laguna. Desde allí se veía toda la hacienda, los toros en el prado, el trasiego de los trabajadores y las casas. Se sentaron en la orilla y admiraron lo bonito del paisaje que les rodeaba. Alrededor de la laguna crecían los juncos con unas hermosas flores amarillas y cerca de la orilla, en el interior, brotaban otras plantas con una flor morada. Ante la sorpresa de Candela, Rufo se metió en la laguna y cortó una de esas flores moradas que regaló a ella. Ella apretó la flor contra su pecho, le correspondió con la mejor de las sonrisas, y una dulce mirada delatora de sus sentimientos.

Mientras estaban en la laguna, Rufo le confesó su secreto: le explicó cómo por las mañanas, cuando nadie le veía, toreaba algún becerro. Candela se preocupó y le pidió que no lo hiciera, pero no porque Rufo hiciera

algo indebido, sino por el temor de que pudiera sufrir algún daño. Él le contestó que no existía peligro alguno; lo hacía con toros pequeños y que nunca se exponía demasiado. Seguían hablando y hablando sin parar. En un momento sus manos se rozaron y, como si fuera un imán, se enlazaron. El silencio se apoderó de ellos, y allí tumbados en la orilla, mirando al cielo, dejaron pasar el tiempo.

Ese fue un día maravilloso para los dos, pero todo llega al final. Era tarde y Candela tenía que volver a la Casa Grande. Se despidieron en la puerta de la casa de Carmen. Candela se acercó a Rufo y le besó en la mejilla y salió corriendo. Rufo se quedó mudo, sin saber qué decir o hacer, mientras la veía cómo se alejaba.

Rufo buscó a su padre. Quería transmitirle la felicidad que sentía. Anselmo volvía del prado con Alma, pero no tenía que escuchar lo que su hijo le contara. Ese camino él ya lo había corrido, comprendía la felicidad de Rufo, pero en el fondo le inquietaba.

En la hacienda, el tiempo pasaba muy deprisa, y todos seguían con su rutinaria vida. Los trabajadores en sus faenas, y en la Casa Grande sus fiestas que eran cada vez más frecuentes.

Rufo, como cada día, esperaba a que Don Antonio acabara sus lecciones para poder ver a Candela. Preparaba los caballos para el paseo, casi diario, del señorito Julián y Candela. El señorito seguía abusando de su posición y no cambiaba nada su manera de tratar a los trabajadores, pero eso a Rufo ya no le afectaba. También preparaba la montura al señor Germán que de vez en cuando aparecía por la hacienda. El señor Germán era un hombre de carácter duro. Parecía más bien padre del señorito Julián que de Candela.

Don Antonio se encargaba de formación cultural de Julián y Candela. Don León les enseñó a montar, que tenía fama de buen jinete, aunque se dejaba ver poco fuera de la Casa Grande. Doña Pepita, cada vez más enferma, solo salía unos minutos a pasear con Candela. La pobre ya no tenía casi fuerzas.

Rufo era un apoyo muy grande para Candela en el mal trago de la enfermedad de su madre. Ella con sus convicciones religiosas, no entendía cómo dios permitía que mujer tan joven sufriera tanto.

Rufo y Candela, habían dejado de ser niños. Seguían viéndose todos los días y cuando podían, iban a la laguna. Cuando anochecía miraban el cielo adivinando el nombre de las estrellas. Rufo le contaba cómo se llamaban, y cómo había aprendido de su padre tantas cosas.

Alma, ya vieja, se mostraba un poco celosa cuando estaban juntos Rufo y Candela. Echaba de menos la atención que Rufo dedicaba por completo a Candela.

Zapatero, el semental, salía de nuevo en febrero para cumplir su trabajo. Carmen y Dionisio seguían mostrando su buen corazón, y alguna vez les servían de coartada para hacer más largos los encuentros de la pareja. Y Anselmo seguía con su preocupación por Rufo; notaba que su hijo había olvidado el sueño que tenían en común: volver a su tierra. Pero ante todo era la felicidad de Rufo, al que apoyaría, y aconsejaría en todas las decisiones que tomara.

Una mañana, Anselmo le dio a Rufo una buena noticia; le iba a acompañar en un viaje. Anselmo y la cuadrilla tenían que llevar unos toros para una corrida en Madrid. Anselmo le pidió a Don León que permitiera que Rufo le acompañara. Don León no puso ninguna pega. Anselmo le caía bien, era un buen trabajador y le había demostrado lealtad que era lo que pedía a sus trabajadores. Rufo estaba entusiasmado, aunque un poco triste. Estaría unos días sin ver a Candela. Desde que Candela llegó a la hacienda, se habían visto todos los días, y Rufo no pensaba que podría ser tan fuerte su ausencia. Candela también se mostró triste cuando Rufo le comunicó la noticia, pero ella no quería ser ningún obstáculo en la felicidad de Rufo y le animó a que viajara con su padre.

Cuando estaba todo preparado, emprendieron el viaje. Rufo saludó a Candela que los vio partir desde una ventana de la Casa Grande.

Solo llevaban recorridos unos pocos kilómetros, y Rufo ya sentía que estaba tremendamente lejos. Nunca salía de los límites de la hacienda, casi no se acordaba del resto del mundo y por eso no lo echaba de menos.

El viaje fue largo y Rufo disfrutó mirando desde la ventana del camión en el que viajaba junto a su padre. Llegaron a Madrid, y Rufo quedó sorprendido. Hacía mucho tiempo que no estaba en una ciudad, y sobre todo, una ciudad como Madrid. Miraba todo con gran curiosidad: el tumulto de la gente, los tranvías, era todo un espectáculo. Le maravillaba todo lo que estaba viendo, pero no hasta el punto de vivir en un sitio como ese. Él estaba acostumbrado al campo, al aire, y la lluvia en su rostro, a la ropa resistente no elegante. Este sí que era otro mundo para él.

Después de descargar los toros, Anselmo y Rufo fueron a visitar la ciudad y fue una buena experiencia. Recorrieron todo lo que pudieron sin parar hasta la hora de cenar. Montaron en el tranvía, anduvieron por las calles, vieron escaparates. En una de las tiendas Anselmo dio dinero a Rufo para que comprara un regalo a Candela. Pasaron un buen rato eligiéndolo; vieron un muñeco vestido de torero con dos banderillas. Los dos se miraron y asintieron con la cabeza a la vez. Anselmo y Rufo pernoctaban en la misma habitación de una pensión cercana a la plaza de toros. Antes de conciliar el sueño, Rufo preguntó a su padre:

—¡Padre! ¿Tú echas de menos a mi madre?

—Sí hijo mío, la recuerdo como si fuera ayer cuando la vi por última vez.

—Y, ¿cómo se puede aguantar? Sin la persona que se quiere.

—Eso te lo enseña el tiempo.

Rufo solo estaba un día sin Candela, y le parecía que el mundo acababa allí. No podía dormir por la noche, y en el pensamiento, solo una imagen: Candela.

El día siguiente, estuvieron atareados con los toros para que nada fallara en la corrida de por la tarde. Empezó la corrida y desde los toriles, Anselmo y Rufo se acercaron al ruedo. Rufo no podía creer lo que veía; una plaza de toros llena de gente, el traje de los toreros, los picadores, los aplausos. Vio los seis toros sin moverse del mismo sitio; el espectáculo le había impactado. Aquello sí era torear de verdad. Él solo conocía la fiesta por la tienta en la hacienda, pero esto era totalmente diferente. Si ya tenía entusiasmo en torear a escondidas, después de ver la corrida de toros, pensó que eso era lo suyo.

—Yo, algún día, torearé aquí —le dijo a su padre.

Anselmo lo miró sin decirle nada. Él estaba al tanto de su afición, y más de una vez había visto sus toreaos matutinos. Nunca antes le había dicho nada, pues pensaba que era un juego y tenía la seguridad que su hijo era correcto en todos sus actos; pensaba que lo haría como una muestra de rebeldía adolescente.

Al finalizar la corrida, mientras Anselmo atendía el trabajo, Rufo recorrió toda la plaza, se mezcló entre la gente, vio a los toreros salir rodeados de aficionados. Estaba maravillado, se sentía fascinado. Estaba loco de contento y deseando llegar a la hacienda, y

contárselo a Candela. Cuando acabó, Anselmo buscó a Rufo por toda la plaza y lo encontró en el ruedo, ya sin gente. Anselmo vio a Rufo inmóvil en medio de la plaza.

—¿Qué piensas? —preguntó Anselmo.

—Que nosotros, les ayudamos a nacer, les damos de comer, les curamos cuando enferman, a algunos hasta se les coge cariño, y luego aquí, encuentran la muerte.

Anselmo notó cómo su hijo se debatía entre el cariño que siempre había demostrado hacia los animales, y la tremenda afición que en él se había reforzado después de disfrutar del espectáculo. Este sería un día difícil de olvidar para Rufo. Él soñaba que con el tiempo podría estar ahí, en esa misma plaza, toreando y saliendo por la puerta grande.

Anselmo agarró a su hijo por el hombro y salieron de la plaza; por ese día ya habían experimentado bastantes emociones. Padre e hijo, fueron a resolver los asuntos que le quedaban por cumplir. Aún tardaron un par de días en volver. El viaje de vuelta, a Rufo se le hizo interminable; ya no disfrutó como en el viaje de ida. Estaba deseando ver a Alma y estar con Candela; le tenía que contar muchas cosas.

Llegaron a la hacienda y las campanas empezaron a sonar. Rufo miraba al camino esperando que Alma los recibiese. Pero Alma no estaba en el camino, Rufo pensó que estaría entretenida con Dionisio.

El camión paró delante de la casa grande. Anselmo entró a dar las novedades a Don León y Rufo corrió a buscar a Alma. En la puerta de la casa estaban Carmen y Dionisio, y a Alma no se la veía por ningún sitio,

señal de que algo pasaba. Rufo no se equivocó en sus sospechas Dionisio le dio la mala noticia. Alma murió en su ausencia, y Dionisio la enterró junto a la laguna donde pasaban tan buenos momentos. Para él, esto era un mazazo, era inevitable que muriera algún día, pero no cuando él no estaba a su lado.

Rufo se derrumbó y como un niño, rompió a llorar. Carmen y Dionisio no sabían qué hacer para consolarlo. Corrió hacia la laguna para ver el sitio donde reposaba su amiga. Allí lo encontró Candela, sentado junto a un montón de tierra revuelta. Ella se acercó a él, sin saber qué decirle. Para ninguno de los dos sería el encuentro como hubieran deseado. Rufo la miró con los ojos encharcados por la pena, y sin decirse nada, se abrazaron fuertemente. Los dos tenían un conflicto emocional, no sabían qué era más fuerte: el estar juntos de nuevo, o la situación de dolor de ese momento.

Candela le contó que lo paso mal sin él, que el poco tiempo que no estuvieron juntos, la hacienda no le parecía igual.

Rufo la escuchaba en silencio. Quería contarle todo y notaba que la ausencia les había hecho daño a los dos. Él tenía claro lo que sentía por Candela, y el estar unos días sin ella había reafirmado sus sentimientos.

—Te quiero —soltó de repente Rufo, sacando del bolsillo el regalo que compró para ella.

Candela le agarró fuertemente de la mano. No le respondió con ninguna palabra, sin embargo, su mirada con esos grandes ojos azules, lo decía todo.

Que dos palabras tan bonitas y que significan tanto, ninguno de ellos se la había dicho al otro, pero sabían

que el sentimiento era mutuo. Ahora, después de confesarse su amor, su relación sería mirada por los dos como algo diferente. Ya no era un juego de niños. La habían convertido de repente en algo tan latente e intenso que influiría en el resto de sus vidas.

Poco a poco, el dolor por la falta de Alma se iba calmando. Rufo tenía más motivos para intentar ser feliz. Aunque ahora por su cabeza rondaba la obsesión de que su vida fuera por otro camino.

Desde que le confesó a Candela su amor, se planteaba que su posición no era la mejor; no tenía nada, ahora notaba la diferencia entre él y Candela. Era la historia de siempre, la misma que había vivido su padre antes que él, y la misma historia que sufrían los trabajadores de la hacienda, era la diferencia entre la Casa Grande y los barracones.

Candela no le daba tanta importancia, e intentaba convencer a Rufo de que todos, a los ojos de dios, somos iguales, que todas las personas nacen, viven y mueren. Pero Rufo sabía que entre el nacer y morir, el vivir para todo el mundo no era igual.

Rufo y Candela se seguían viendo a diario. Vivían el presente y nunca hablaban del futuro y era como si pensarán que el mundo acabaría al día siguiente. Así intentaban estar el mayor tiempo posible juntos. Candela seguía con sus clases y paseos a caballo, después paseaba frente a la Casa Grande con Doña Pepita. Seguramente, su madre sería la única que entendía la relación

y no notaba las diferencias que tanto atormentaban a Rufo, ya que su padre, acaudalado terrateniente, se casó con la hija de un molinero.

Luego, por la tarde, después de comer, Candela tocaba el piano, y Rufo debajo de la ventana, la escuchaba tallando sus figurillas de madera. Más tarde, al atardecer, juntos pasaban el tiempo que le quedaba al día en la orilla de la laguna.

Para estar más tiempo juntos, Candela se encontraba con Rufo en el prado. Él le enseñaba cosas de los animales, ella le ayudaba a llevar los becerros junto a la madre para que los lamiera y nos los rechazara, le acompañaba cuando llevaba a las vacas que cojeaban a la laguna, estaba con él cuando metía y sacaba al semental. Hasta se exponía a que la castigasen cuando se escapaba por las noches, para ver amanecer en el prado junto a Rufo.

Candela intentaba enseñar a leer a Rufo. Para él, era más difícil leer que saber lo que le pasaba a un animal cuando estaba enfermo. Él era mal alumno, no le gustaba mucho la lectura. Escuchó a su padre decir muchas veces, que los libros eran para quien los pudiera comprar.

Las nociones de Rufo de geografía se basaban, en que existía Argentina, un gran océano y España. Así que un día Candela le sorprendió con el globo terráqueo que tenían en la habitación de estudio. Lo llevó a la cuadra de los caballos y allí le enseñó dónde estaba Argentina y España. Rufo no podía imaginar que ese corto espacio que separaban los dos países en el globo terráqueo, en realidad, eran miles de kilómetros. Aun así, la nostalgia de su tierra era grande. Quería volver

porque allí estaba su casa, y deseaba quedarse siempre en la hacienda junto a Candela. Pero la realidad era que ahora estaba feliz con Candela, y cuando llegase el hipotético momento de su partida, ya se trataría la situación.

Un día, mientras curaba a un caballo de las rozaduras de la cincha, tuvo la visita de Doña Pepita que venía con Candela. Quería conocer al chico del que tanto le hablaba su hija. Ellos no habían coincidido antes, ya que las salidas de Doña Pepita de la Casa Grande, cada vez eran menos frecuentes y más cercanas. Se le notaba abatida, una mujer tan hermosa, con tantas ganas de vivir, y tantos años de sufrimiento. Esa situación conmovió a Rufo.

Candela le explicaba a su madre cómo Rufo curaba las rozaduras con sal y vinagre, le contaba cómo les preparaba los caballos al señor Germán, al señorito Julián y a ella. Le comentaba que Rufo era un buen chico, que trataba muy bien a los animales y que quería ser torero.

Rufo se sonrojó cuando Doña Pepita le dijo que hablaría con su hermano para que le ayudara. Don León antes ya había apadrinado a otros que como Rufo no eran nada, y terminaron siendo primeros espadas en los carteles.

En ese tiempo, Don León tenía un protegido que paraba por la hacienda de vez en cuando. El novillero era un chico joven al que llamaban el Carmona.

Mientras Rufo acompañaba a la señora Pepita y a Candela, les explicaba su afición por el toreo, y cómo disfrutó cuando vio una corrida junto a su padre. Les contó cómo era la fiesta, ellas nunca habían visto una

corrida de toros. Pero su relato se cortó. Doña Pepita empezó a toser fuertemente, tenía dificultad para respirar, y expulsaba sangre por la boca. Rufo y Candela intentaron ayudarle, pero Doña Pepita se desvaneció. Rufo corrió a buscar a Anselmo, y juntos la llevaron a la Casa Grande. La pobre mujer no tenía buen color, su cara estaba muy pálida. La subieron a su habitación. Candela se quedó con ella. Anselmo y Rufo salieron de la casa con gran preocupación.

Todos en la hacienda se interesaron por Doña Pepita, que era muy querida por los trabajadores. Carmen no paraba de rezar y llorar por la señora. Ella ya trabajaba en la Casa Grande, cuando Doña Pepita era una niña.

Pasaban los días y Candela no se separaba del lado de su madre. Rufo no la veía, y solo sabía de ella por Carmen que les informaba del estado de la señora. Estaba muy grave, y ya no podía ni abrir los ojos. En la Casa Grande, el trasiego de las visitas era imparable. Rufo se acercaba de vez en cuando a la casa para poder ver a Candela, pero ella no salía de la casa. Sin embargo, sí veía al señor Germán, y al señorito Julián. Don León tampoco se movía del lado de su hermana. El médico que se encargaba del cuidado de Doña Pepita, se dirigió a su marido y le explicó que ya no había nada que hacer, que avisara a un sacerdote. Solo quedaba esperar.

El fatal desenlace no tardó mucho en llegar, y poco antes de atardecer, las campanas tocaron a muerto. Rufo nunca había visto una muestra de dolor y respeto como la que dedicaron todos los trabajadores de la hacienda a Doña Pepita. Mientras sonaban las campanas, todo se paró. Estuviesen donde estuviesen, los trabajadores

se descubrieron la cabeza de sus sombreros y boinas, mostrando su respeto. Alguno hasta se arrodilló. Rufo se unió a sus compañeros compartiendo el dolor, y multiplicándolo por no poder estar al lado de Candela para darle su consuelo. Él imaginaba lo mal que lo estaría pasando, el dolor que sentiría por la pérdida de un ser tan querido.

En el día del entierro, las muestras de dolor aún eran más grandes. La pequeña iglesia estaba repleta de gente que quería dar su último adiós. Los trabajadores de la hacienda estaban en el campo, fuera de la iglesia. Cuando acabó el funeral, a Doña Pepita le dieron sepultura en el pequeño cementerio de la hacienda; allí estaban enterradas varias generaciones de su familia.

Rufo pudo ver a lo lejos a Candela, totalmente abatida, vestida de negro y abrazada a su padre. Ella, sumida en la pena, no levantaba la mirada del panteón familiar, donde reposarían siempre los restos de su madre. Rufo, apenado por compartir el dolor de la mujer que amaba, ahora la fatalidad hizo que tuvieran otra circunstancia más en común; a los dos les faltaba la madre.

Después del entierro de Doña Pepita, la hacienda volvió a la normalidad, todos a su trabajo, la pena y el dolor ya no se comentaba cada uno la sentía en silencio.

Para Rufo fue todo lo contrario. La muerte de la señora, le trajo una sensación de soledad enorme. Candela, debido al riguroso luto que ella misma se impuso, no salía de la Casa Grande, no paseaba ya a caballo, solo salía para visitar la tumba de su madre en compañía de su tío Don León, por lo que la comunicación entre Rufo y Candela era casi imposible. A Rufo le quedaba la esperanza de que un día Carmen le diera algún recado de parte de Candela, situación que no ocurrió. Él siempre preguntaba lo mismo cuando la buena de Carmen volvía de la Casa Grande:

—¿Tienes algún recado para mí? —Y la respuesta siempre la misma:

—Aún no.

Para Carmen, este encierro era normal, ella lo comprendía, y hasta lo hizo cuando faltó alguno de sus seres queridos. Ella pedía paciencia a Rufo y que esperara a que pasara el luto, pero él se desesperaba. No comprendía porqué tenían que pasar esa penitencia,

que deseaba que fuera lo más corta posible, ya que según Carmen, algunos guardaban el luto muchos años.

Cuando más cerca estaba Rufo de Candela era cuando la veía a lo lejos ir al cementerio, y cuando volvió a tocar el piano, él, como siempre, se sentaba debajo de la ventana y escuchaba la triste música que Candela tocaba.

Día a día, Rufo se acercaba a la Casa Grande para poder verla un instante detrás de la ventana. Esperaba en las cuadras que apareciera por la puerta, y volvía del prado corriendo, como si ella le estuviera esperando, y todos los días sentía la misma decepción. Qué solo se sentía, y qué vacío en su corazón. No entendía cómo Candela todavía no reaccionaba, y el tiempo seguía imparabale, día tras día, semana tras semana, mes tras mes.

Mientras tanto, Anselmo que entendía el dolor que sentía Candela, intentaba consolar a Rufo con sus cosas; le ayudaba con los animales, le acompañaba a la laguna, y volvían a pasar más tiempo juntos como hacía años cuando llegaron a la hacienda.

A pesar de la soledad y decepción que sentía Rufo en su corazón, seguía con sus obligaciones, ante todo él era una persona muy responsable.

Al cumplirse un año de la muerte de Doña Pepita, algo empezó a cambiar en la hacienda. Corría ya el año 1929, y Don León se dejó ver en la tienda. Saludó y agradeció a todos los que se le acercaban a darle las condolencias, ya que antes, por el riguroso luto, no hubo ocasión.

En ese año, Rufo conoció al Carmona, y durante ese tiempo, hicieron una buena amistad. Se intercambiaban experiencias. Rufo le enseñaba el trato a los animales, y el Carmona le enseñaba el arte del toreo. El Carmona era un novillero sevillano que se desplazó a

Madrid a buscar fortuna con los toros. Tenía mucho arte. Además, lo apadrinaba Don León, que lo había introducido en el toreo gracias a las muchas amistades que tenía en ese mundo.

Según decían los trabajadores, el Carmona empezaba a ser conocido, y Rufo estaba orgulloso de su amigo. Veía en él su sueño: el poder torear en una plaza llena de gente. Rufo le preguntaba por sus sensaciones, tenía tanto interés que quería saberlo todo. El Carmona le explicaba que en la plaza sentía respeto al toro, y no escuchaba a la gente por mucho que silbasen o gritasen. Sus cinco sentidos estaban dedicados a la faena.

En las breves estancias de el Carmona en la hacienda, Rufo le enseñaba toda la finca, le acompañaba por todos los rincones. El Carmona disfrutaba también de la compañía de Rufo, lo apreciaba, pero le notaba triste. Rufo no le contaba nada de su relación con Candela. Cuando el Carmona se la nombraba, él cambiaba de tema. Rufo confiaba mucho en su amigo, pero pensaba que no era un tema para contar. Además, tampoco tenía claro que Candela sintiese algo por él, ya que en el último año, solo él había demostrado interés. Esto le atormentaba, en ese tiempo no recibió ni siquiera un recado por mediación de Carmen, ni una mirada desde su ventana. Pero Rufo seguía paciente. Esta situación no duraría toda la vida, aunque seguramente él estaría dispuesto a esperar todo el tiempo que fuera necesario.

Pero mientras Rufo esperaba, la vida continuaba, ya era otoño y los días eran más cortos. Cuando llegaba la noche, los trabajadores que vivían en la hacienda, se juntaban en un barracón y contaban cómo les había ido el día. Los trabajadores casados vivían en el pueblo, estos

volvían cada mañana para realizar su trabajo. Anselmo y Rufo se reunían con sus compañeros para intercambiar sus experiencias. Pero ese otoño, todos disfrutaban de la compañía del Carmona, que se unía a ellos para contar sus faenas en el mundo de los toros. Por un breve espacio de tiempo, la atención no la acaparaba Anselmo con sus historias, sino todo lo contrario. Él se convirtió en el atento espectador. El Carmona tenía en buen aprecio a su amigo Rufo, al que le propuso salir con él y unos amigos. Rufo no estaba acostumbrado a salir de la hacienda si no era con su padre. Del mundo exterior solo le atraían las corridas de toros, desconocía casi todo, y lo que quería, lo tenía en la hacienda. Aun así, y después de consultárselo a su padre, accedió a ir con el Carmona y sus amigos. Al anoecer, cuando Rufo acabó sus obligaciones, el Carmona le esperaba en la entrada de la finca en un automóvil con dos amigos. Después de las presentaciones, emprendieron camino hacia la ciudad. Nuevamente Rufo echaba de menos su tranquilo paseo, y la charla con su padre a la orilla de la laguna. Pero debido a los acontecimientos del último año, se hacía el propósito de cambiar un poco, conocer gente nueva, hacer otras cosas y, seguramente su amistad con el Carmona le abriría esa oportunidad.

Después de tomar unos vinos en una taberna, el Carmona y compañía, entraron en una casa, que en principio a Rufo le pareció otra cantina. No llevaban mucho tiempo cuando se dio cuenta de lo que se trataba: era una de esas casas de mujeres que alguna vez escuchó a Anselmo en sus historias de Buenos Aires. Pensó que eso no iba con él, que no debía haber salido de la hacienda, y decidió salir a la calle a esperar a sus

amigos. El Carmona le pidió que se quedara, que no le hacía daño a nadie con estar allí, y que no era nada malo. Pero Rufo no quería estar en aquel lugar. El Carmona lo entendió. Algo escuchó a los trabajadores de la hacienda de sus amores con la sobrina del patrón.

Cuando acabaron la fiesta, ya bastante tarde, volvieron a la hacienda Rufo y el Carmona. Los otros se quedaron en la ciudad. Al llegar a la hacienda, el Carmona un poco bebido, no quería ir al barracón donde dormía cuando estaba en la finca. Rufo tenía que correr detrás de él para convencerle y llevarlo a descansar, pues al día siguiente tenía tiente. Con juegos y carreras llegaron hasta la laguna donde el Carmona tiraba piedras al agua. En un descuido, cayó dentro de la laguna. En la oscuridad se oía el chapoteo precipitado y gorgojeo del agua que tragaba. Al principio Rufo creyó que el Carmona seguía jugando, no tardó en darse cuenta que no era un juego; el Carmona no sabía nadar y se estaba ahogando. Rufo no dudó en lanzarse a la laguna y sacar como pudo a su amigo.

Después del susto, al Carmona se le pasó la borrachera y se dio cuenta de la realidad. Si Rufo no lo hubiera sacado de la laguna se habría ahogado. Él no sabía cómo expresar su agradecimiento, le dijo que le pidiera lo que quisiera y cuando quisiera. También le pidió que no contara a nadie lo que había sucedido esa noche. Rufo contestó que no lo haría y que no quería nada. Acompañó a el Carmona a su barracón, y él se fue a descansar a su habitación. Al día siguiente tenía que cumplir su labor y no estaba acostumbrado a trasnochar.

El otoño de 1929, sería una estación que no Rufo no olvidaría. Fue una época de sensaciones contrarias; primero la ausencia de Candela en su vida, una sensación que le removía en el estómago y a la que no encontraba solución. Luego, la sensación de tener un nuevo amigo, cómplice de algún secreto. Pero la sensación más nueva fue la oportunidad que le dieron en la tienda. El Carmona, además de compartir con Rufo el secreto de su caída al lago, era consciente de las aventuras matutinas de Rufo con los toros. Él pidió a Don León que dejara probar al chaval para ver cómo se defendía. Le contó que tenía gran afición y que él le enseñaba algún pase. Don León accedió, haciendo gala de su comprensión, y porque antes de la muerte de su hermana, se comprometió a ayudar en lo que fuera posible a Rufo y a su padre. Don León, no solo exigía lealtad, además predicaba con el ejemplo.

En poco tiempo, como si fuera viento, corrió la noticia. El hijo del extranjero torearía en el tentadero. No fueron pocos los que se acercaron para verlo, pero no era posible estar todos dentro. Se asomaban por las grietas de las maderas, se subían a hombros unos de otros. El espectáculo de ver a tanta gente, impresionó

a Don León, y a los toreros que hacían la tienta. En otras ocasiones, no había atraído tanto.

Rufo, lleno de valor, salió al pequeño ruedo con el capote. Los curiosos espectadores quedaron atónitos; no podían dar crédito a lo que veían. Rufo actuó como si fuera una figura del toreo, hasta el Carmona sintió celos de lo que estaba viendo.

Cuando acabó el espectáculo, aunque estaban deseando aplaudir, nadie dio una palmada, sin embargo todos felicitaron a Rufo. Pero fue al Carmona al que reconocieron el mérito por enseñar al chaval. Mérito al que no pudo poner ninguna pega para no dejar al descubierto a su amigo, y Rufo, con esa humildad que le caracterizaba, tampoco dijo nada. Él era feliz por haber tenido la oportunidad de sentirse grande y admirado. Admiración que Anselmo compartía, además de una gran ilusión, pero no era tonto, y sabía que Rufo tenía más tablas de lo que decían. Él comprendía que el Carmona, durante poco tiempo que se conocían, no le había podido enseñar tanto estilo.

Cuando Rufo salió del tentadero, Anselmo abrazó a su hijo, y le susurró al oído:

—Enhorabuena, eres muy bueno, pero que esto no te cambie, hijo. Eres fuerte, no cedas. El éxito hace débiles a los hombres.

Rufo miró a su padre. Él siempre le daba consejos sabios y su palabra era ley, porque era de él del que aprendía todo. Además de su padre, era su compañero y el confidente de su vida.

También se acercó a Rufo el Carmona:

—¡Quillo! ¿Tú sabes el arte que tienes? —le dijo con ese gracioso acento andaluz.

Pero todos esos halagos no le importaban. Él tenía una espina clavada en el corazón. Miró hacia la Casa Grande como si esperara que Candela saliera a la ventana y poder saludarla.

Nada de eso ocurrió. Qué pena sentía, cómo le hubiera gustado que ella estuviera junto a él en esa ocasión. Se tuvo que conformar con todos los piropos que le dedicaron sus compañeros, que no hacían más que comentar la faena de Rufo.

Rufo estaba entusiasmado. Parecía que sus sueños empezaban a cumplirse, sobretodo porque se demostró a sí mismo que podía hacerlos realidad. Solo le faltaba que alguien le ayudara y le diera la oportunidad que esperaba.

El Carmona le dio ánimos y se comprometió a ayudarlo. Hablaría con gente de los toros para que le echasen una mano, y si Don León quería, Rufo tendría las puertas de muchas plazas abiertas.

Pero nada de lo que quería Rufo pasó. En poco tiempo se olvidó su faena, y solo quedaron apoyando y animando a Rufo, el Carmona y Anselmo. Él ya estaba acostumbrado a tener cerca la miel, y no poder probarla. Esto era una dificultad más que con el tiempo también superaría. Su fe en la entrada en el mundo de los toros, era más fuerte que la decepción que pudiera sentir en ese momento. Rufo seguía, como de costumbre, atendiendo sus obligaciones, a escondidas escuchando a Candela tocar el piano, cepillando los caballos que nadie montaba, cuidando al semental y, sobre todo, esperando.

En la última estancia del señor Germán, pidió a Rufo que preparara dos caballos para dar un paseo.

Rufo se ilusionó. ¿Sería Candela uno de los jinetes? Más que de costumbre, se esmeró en cepillar y peinar a los caballos, y en su cabeza rondaba esa idea; pronto vería a Candela, podría hablar con ella. ¿Qué le diría? ¿Cómo actuaría?

De nuevo la decepción le golpeó. Al paseo acudieron el señor Germán, y su sobrino, que, como siempre, el trato a sus semejantes dejaba mucho que desear; parecía mentira que su tutor, Don Antonio, se esforzara en enseñarle modales. A Rufo no le dolía el mal trato, ni los insultos. Le hacía daño la incertidumbre de no saber de Candela.

En la hacienda, parecía que se había levantado el luto. Hasta Don León comunicó a Anselmo que como la anterior fiesta de la cosecha no se celebró por el luto, podían celebrar los trabajadores una fiesta en ese otoño. Esto era una buena señal para que todo, poco a poco, volviera a la normalidad.

Cuando Anselmo informó a los compañeros, estos se alegraron, y empezaron con los preparativos. Pensaron hacer baile en uno de los barracones y un pequeño festejo taurino a cargo del Carmona y de Rufo.

Todos colaboraron para que la fiesta fuera lo mejor posible. Nunca antes habían trabajado tanto para preparar una fiesta. Vendrían compañeros de otras haciendas, y del pueblo, pero, ¿acudiría alguien de la Casa Grande?

Don León no puso ninguna objeción a los preparativos. Él, razonable como siempre, colaboraba en la fiesta con los gastos que se generasen. Lo demás era a cargo de los trabajadores. No tenía ningún problema con los empleados, desde que Anselmo estaba al cargo

de la hacienda, las cosas a Don León le iban mejor que nunca. Sabía que si los trabajadores estaban satisfechos, no tendrían pegas en rendir al máximo. Por eso, Don León trataba a sus empleados como si fueran de su familia.

Por fin llegó el día de la fiesta. Los trabajadores acabaron pronto sus faenas y corrieron a los barracones para asearse y vestirse con sus mejores trajes y sombreros. Anselmo iba de lo más elegante, y Rufo no se hacía a la chaqueta que le había regalado el Carmona.

La gente de otros lugares empezó a llegar, y se acomodaban en uno de los barracones, habilitado como improvisado comedor para tantas personas. Los trabajadores de la hacienda Los Corrales, buenos previsores, tenían todo preparado para que no faltara de nada.

Después de la succulenta cena, se desplazaron al barracón que prepararon para la verbena. La música comenzó a sonar, y todos disfrutaban. Esta vez no solo estaban las esposas de los trabajadores que estaban casados, sino que también asistieron a la fiesta mujeres del pueblo, sin duda era la mejor verbena que en Los Corrales se había celebrado.

Cada uno disfrutaba a su manera, alguno se sobrepasaba con el vino, otros con las risas; el bullicio era impresionante. Pero entre tanta felicidad, alguno se sentía desdichado. Era Rufo, no estaba en la verbena. Salió a la puerta del barracón, y sin quitar la mirada de la Casa Grande, esperaba el motivo para sentirse tan feliz como los que estaban dentro bailando y riendo. Nuevamente esa espera fue en balde, no solo no acudió Candela a la fiesta, si no que no apareció nadie de la casa grande; los señoritos estaban acostumbrados a otra clase de fiestas.

Ya de madrugada, empezó la gente a volver cada uno a su casa. Los trabajadores quedaron en la finca, y los visitantes marcharon con la sensación de haber disfrutado como nunca. Algunos volverían al día siguiente; todavía quedaba el espectáculo taurino que tenía buenas expectativas.

Rufo y Anselmo, marcharon pronto a dormir. Al día siguiente, antes del espectáculo, tenían que trabajar. Rufo en la habitación no paraba de dar vueltas a su cabeza. Pensaba que si Candela lo quería, esa noche habría sido un buen momento para reiniciar el camino, pero no había sido así. Rufo intentaba hacerse a la idea de que entre él y Candela ya no había nada. Él intentaba comprenderlo, pero, ¿por qué no se lo decía ella? ¿Por qué esa indiferencia que le hacía tanto daño? Quizás ella se habría dado cuenta por fin de las razones que separaban sus dos mundos, y aunque así fuera Rufo merecía que ella le hablara, que le explicara los motivos, pero no ese silencio tan mortificante y tan injusto. Todo eran preguntas sin respuesta, todo un año de espera sin dejar de quererla, y, ¿para qué?

Al día siguiente, después del trabajo, la expectación era muy grande, porque se exhibiría el Carmona y el hijo del extranjero.

Se construyó una plaza de toros para el evento, con carros para los espectadores. A los dos novillos que se torearían no se les daría muerte. Los eligió Anselmo con el visto bueno de Don León, que prometió asistir al espectáculo.

Los carros y remolques estaban llenos de gente, y tal como había prometido, allí estaba Don León con su cuñado y su sobrino.

Empezó el espectáculo. El Carmona abrió el festejo y todos disfrutaron con su faena, aplaudían sin cesar, silbaban como si estuvieran en una plaza de verdad y pidieran algún trofeo para el novillero. Pero el remate lo puso Rufo, vestido para la ocasión con un traje campero que le prestó su amigo Carmona. No había dado ningún pase al novillo, cuando todos le gritaban:

—¡Torero! ¡Valiente!

Él notaba que lo apreciaban, y tuvo esa sensación de lograr algo que esperaba desde hacía tanto tiempo. Como le dijo el Carmona, en el momento en que salió el novillo ya no oía las voces ni los pitos, solo veía al toro. Rufo dio un pase tras otro y en la boca de la gente solo había una palabra, que repetían sin parar:

—¡Ole! ¡Ole! ¡Ole!

Anselmo estaba tan emocionado, que se le caían las lágrimas. Veía a su hijo disfrutar, aunque no feliz, y le fastidiaba que lo que hacía infeliz, no lo pudiera solucionar.

Don León bajó al ruedo cuando acabó Rufo la faena, le felicitó y le auguró un buen futuro. Luego los compañeros sacaron a Rufo y al Carmona en hombros, como si hubiese sido una auténtica corrida. Cuando los llevaban a hombros Rufo, miró hacia la casa grande, y vio con sorpresa que Candela estaba mirando desde su ventana. Rufo se quitó el sombrero y la saludó. Ella le devolvió el saludo asintiendo con la cabeza. Ahora sí que Rufo parecía feliz, mientras lo llevaban, él volvía la cabeza para ver esos ojos azules, esa mirada que le había devuelto de pronto la esperanza.

En la hacienda Los Corrales, ese otoño parecía como si se hubiese estancado el reloj, no paraban de suceder cosas. Para Rufo, el tiempo corría ese año muy despacio. La normalidad se adueñó de nuevo de las vidas de los trabajadores de la hacienda; una normalidad que en breve sería completa.

La buena Carmen, por fin traía noticias buenas para Rufo, que le comunicó:

—Hoy, cuando estaba limpiando la habitación de la señorita Candela, me preguntó por ti.

A Rufo se le encendieron los ojos.

—¿Qué te ha dicho?

—Solo me preguntó cómo te encontrabas.

—Y tú, ¿qué le dijiste?

—Pues la verdad, que nos tienes a todos preocupados.

Rufo frunció el ceño. No le gustó que Carmen le comentara a Candela que lo estaba pasando mal, le agradeció la noticia, y le pidió que no le contara nada más de él. Carmen se extrañó de esa aptitud. Por lo general, Rufo era una persona paciente y comprensiva. Aunque Carmen entendía que Rufo estaba sufriendo, y no se lo tomó en cuenta. Hasta tal punto, que se las ingenió para

convencer a Candela para que pasara un día con ella y Dionisio en su casa. La buena Carmen pensó que ya era tiempo de que cambiaran las cosas y con esta excusa volverían a estar juntos Rufo y Candela.

Carmen lo dejó caer mientras cenaban:

—Dionisio, mañana viene a visitarnos la señorita Candela.

Hubo un silencio. Anselmo y Dionisio miraron a Rufo esperando que él dijera algo. Rufo, en silencio, siguió cenando, y cuando acabó, les dio las buenas noches y marchó solo a la laguna. Anselmo quería ir tras él, pero entendía que tenía que estar solo. Pronto estaría con Candela y tenían mucho de que hablar los dos.

Al día siguiente, Rufo vio desde los prados a Candela entrar en la casa de Carmen y Dionisio. Sintió ganas de correr hacia ella, de dejar todo por estar a su lado un instante, quería tenerla cerca, hablarle, pero un pánico terrible corrió por su cuerpo. Sintió miedo de que Candela no sintiese lo mismo que él. Ese miedo le impidió asistir a la comida y encontrarse cara a cara con Candela. Anselmo, Dionisio, y Carmen se sorprendieron. Rufo estaba esperando ese momento durante un año, y cuando se produjo, él faltaba. Candela, por el contrario, no dijo nada al respecto, quizás pensaba que había tardado demasiado en dar ese paso.

Terminaron de comer y Rufo seguía sin aparecer. La razón de su ausencia les preocupaba a todos, especialmente a Candela, que se despidió de ellos para volver a la Casa Grande. Pero la dirección que tomó era hacia la laguna. Sabía que allí encontraría a Rufo, y así fue. Él estaba tumbado en la orilla, con los ojos

cerrados por lo que no se percató de que Candela estaba tras él, mirándole. Se acercó a él y rompió el silencio:

—¡Hola! ¿Quién eres?

Rufo se puso en pie sobresaltado, la miró y sintió la misma mirada con aquellos ojos azules que vio hace años cuando se conocieron. Él respondió exactamente igual que la primera vez:

—Me llamo Rufo, trabajo aquí.

Los dos, uno frente al otro, se miraban sin saber qué decir, no hacía falta, sus ojos lo decían todo. Sin decir nada, se abrazaron fuertemente, y durante unos segundos solo se oía su excitada respiración. Candela rompió a llorar entre sollozos, casi no podía hablar:

—Rufo perdóname, perdóname.

—¿Por qué? No hay nada que perdonar.

Ella continuaba autoculpándose:

—Perdóname todo el daño que te causado.

Rufo la consolaba. Para él era suficiente tenerla otra vez entre los brazos, en ese momento todo el sufrimiento, formaba parte del pasado. Ella era la medicina perfecta para sus males. Candela se tranquilizó pero no dejaba de llorar.

—Deja de llorar, o vas a hacer que lloremos los dos, y quiero que seamos felices en este momento.

No pararon de hablar. Tenían tantas cosas que decirse. Rufo le contó lo mal que lo había pasado durante ese año, comprendía que ella, debido a sus creencias y educación, tuviera que guardar un luto tan riguroso, pero no entendía porqué no habían estado juntos. Él la habría apoyado y ayudado a pasar mejor el mal trance. Ella le explicó lo difícil que era compartir un sentimiento

de tristeza, con el inmenso cariño que tenía hacia él. Tenía la certeza que con solo mirar a Rufo, no podría continuar con la obligada penitencia que era el luto, por eso decidió que debían estar alejados, y el tiempo haría el resto. La espera no fue en vano, los dos experimentaron la sensación del amar y ser amado. Nuevamente Rufo sintió como si un abejorro revoloteara por su estómago, sentía la sensación de que el tiempo en ese instante se paraba. Pero todo lo contrario; Rufo observó que cuando más feliz eres, el tiempo corre sin freno, y cuando eres desdichado, se para y cada día se hace mucho más largo.

Sin darse cuenta, la tarde había pasado. La noche estaba bastante avanzada, y Candela tenía que marchar. Fueron caminando hasta la Casa Grande, en la puerta se despidieron. Candela le pidió a Rufo que preparara el caballo para el día siguiente, que iría a pasear. Ella le dio un beso en la mejilla y entró en la casa. Mientras desaparecía por la puerta, Rufo vio cómo el señor Germán le observaba desde una ventana. Mala cosa, pensó, nadie en la casa grande sabía de sus amores, por lo que podía ser un problema. Sobre todo si intervenía el señorito Julián. El señorito tenía una especial animadversión hacia Rufo desde siempre, y esta podría ser una buena ocasión para demostrarlo nuevamente. Por otra parte, pensaba que ella ya tenía dieciocho años y era lo suficientemente mujer como para que no influyeran en su vida.

Por la mañana, Candela no acudió a recoger el caballo para el paseo. Sí acudió el señor Germán, que exigió a Rufo que no se acercara a Candela. Le insinuó que debido a la confusión que estaba viviendo desde la

muerte de su madre, él podría aprovecharse de esa circunstancia, y que en condiciones normales, ella no se fijaría en él. Rufo, dolido, no contestó. Cabizbajo, preparó el caballo del señor Germán, pero él no lo utilizó. Antes de marcharse aún le hizo una advertencia; que si los volvía a ver juntos, hablaría con Don León. Esto sí le dolía a Rufo de verdad. Para él, Don León era una persona buena y no soportaría que le hablase mal de él, porque implicaría sin querer a su padre, y Anselmo no tenía culpa de nada.

Rufo se quedó con la sensación, nuevamente, de que las situaciones buenas en su vida duraban poco.

Cómo echaba de menos a su padre en ese momento. No pudo recurrir a él por estar este ausente de la hacienda, así que fue a pedir consejo a la buena de Carmen. Ella no le podía ayudar más de lo que le ayudaba, siendo encubridora muchas veces, y consiguiendo que se hubieran visto nuevamente. Pero ahora ya era diferente. No eran niños y ella no quería que sufriera ninguno de los dos. Su consejo fue más bien una condena; ella le aconsejó que la olvidara, ya eran mayores y su historia no tenía futuro, además, escuchó en la Casa Grande al señor Germán y a Don León hablar sobre el futuro de Candela. Ellos opinaban que ya era tiempo de volver a Madrid para entrar en sociedad y conocer a personas de su posición. Ya tenía edad para encontrar marido.

Rufo se arrepintió de pedir consejo a Carmen, pero le agradeció la sinceridad. Marchó al prado. Qué diferente se veía de un día a otro. Ahora parecía que hubiera cambiado de color y que el sol se escondía antes que ayer. No se podía sentir más desdichado. Pensaba

que si ella se marchaba a Madrid para encontrar marido, él no podría aguantarlo, se acabaría en ese momento toda su ilusión. También pensaba, ¿quién era él? ¿Qué le podría dar? Él tenía la injusta certeza que para Candela, lo mejor sería alejarla de Los Corrales, y alejarla de él, aunque esto le hiciera tanto daño.

Nuevamente, visitaba a Rufo esa fatalidad que le seguía desde el día de su nacimiento, que le hacía tan difícil la vida. Anselmo era su único apoyo, su compañero de camino, el que compartía todo, sus alegrías y sus dolores. Para Anselmo, lo más importante de su vida era su hijo, y le dolía ver cómo sufría. Carmen y Dionisio, que también lo querían casi como un hijo, lo pasaban mal, y Rufo se preocupaba porque sufría la gente que le quería.

Una noche, cuando Rufo se disponía a dormir en su habitación, escuchó algo golpeando su ventana. Se asomó y vio a Candela que le hacía señas para que saliera de la casa.

Como si fuese un rayo, Rufo se vistió y salió al encuentro de Candela. Después de abrazarse, fueron hacia la laguna; allí estarían seguros y nadie los vería.

Ya en la orilla de la laguna se acomodaron. Rufo le reprendió, porque si se enteraba alguien de la Casa Grande la castigarían. Ella contestó que no le importaba, y que quería estar junto a él, si no la dejaban de día, iría todas las noches a buscarle.

Rufo no sabía qué hacer o decir. Él deseaba estar con ella, pero no quería que ella pudiera tener problemas por estar juntos a escondidas. Aunque repetían su frase:

—Si algo no esta mal, ¿por qué no hacerlo?

No era seguramente el mejor de los momentos para seguirla al pie de la letra.

Lo que les importaba era que ellos eran felices así, aunque se tuvieran que esconder, y los otros no entendieran su amor.

Siguieron así todos los días. Cuando se dormían todos, ellos se juntaban por las noches. Paseaban por el prado, se sentaban junto a la laguna, corrían por toda la finca, visitaban juntos la tumba de Doña Pepita, y si llovía, se refugiaban en el establo de los caballos. Eran felices, y hasta que cambiara la situación, seguirían así.

Candela convenció a su padre para no volver a Madrid inmediatamente. Su padre accedió con la condición de celebrar una fiesta en Los Corrales para presentarla en sociedad.

Su padre decidió que la fiesta sería para la primavera y la organizarían él y su tío, y que asistirían todas las familias importantes de la zona.

Candela, con pena, se lo contó a Rufo; como le preparaban la fiesta para que eligiera marido. Él, no comprendía cómo ella tenía que elegir a alguien para casarse. Para Candela estaba claro, aunque pasaran delante de ella mil hombres o un millón, no cambiaría de manera de pensar, porque en eso solo mandaba el corazón, y en el suyo, ya estaba Rufo.

—Quizás este sea el camino, y con otro que no sea yo, puedas ser feliz —le dijo apenado

Rufo. Candela le dedicó una mirada con rabia.

—Prefiero un minuto junto a ti, que una vida con el mejor de los hombres que venga a esa fiesta.

Antes, no habían hecho planes de futuro, aunque cada uno lo hubiera pensado, nunca lo hablaron. Ese era el momento:

—Yo no te puedo ofrecer nada, solo sueños —le dijo Rufo cabizbajo.

—Pues soñemos, ¿qué hay de malo en ello?

—Que los sueños muchas veces no se hacen realidad.

Intentaba convencer Rufo, pero Candela era fuerte en sus convicciones, y argumentaba que confiaba mucho en dios, que le rezaba todos los días por los dos, y que pronto encontrarían una solución.

Sus ocultos encuentros se hicieron tan normales como todo lo cotidiano. Rufo salía temprano de su habitación, la rutina le esperaba. Cuando se lo ordenaban, preparaba los caballos para el paseo. Candela acudía con su primo y su padre. Ella no hablaba con Rufo, solo se dedicaban escondidas miradas, cada día eran más cómplices de su imposible aventura. Después del trabajo, Rufo se juntaba con su padre cuando este no estaba de viaje. Rufo quería contarle sus secretos, decirle que cuando no lo veía nadie, toreaba con el capote que le regaló cuando era un niño, contarle también que se veía con Candela en secreto todas las noches, engañando a los que hacían tanto por él, y que se le olvidaba el sueño por el que Anselmo estaba luchando tanto, volver a su país. Pero él, no tenía nada que contar a su padre que no supiera ya. Anselmo, aunque callara, no se le escapaba ningún detalle. Aunque Anselmo siempre había demostrado tener la palabra necesaria en la boca, la solución a cualquier problema que surgiera, el más convincente de los consejos, ahora le faltaban las palabras, las soluciones, y los consejos. La

situación que estaba viviendo Rufo no podría acabar bien, pero Anselmo era incapaz de imponer nada a Rufo. A sabiendas que lo que hacía, tarde o temprano les traería complicaciones a los dos. Así que tomó el camino, más que de padre, de amigo, convirtiéndose en cómplice callado de la aventura de su hijo y Candela. Porque él sabía lo que era amar en una historia con un final. Él lo había sufrido antes, pero hasta que llegó el fatal desenlace su vida fue alegre y le dejó buenos recuerdos. Por eso deseaba más que nada que la historia de Rufo fuera distinta a la suya.

Carmen y Dionisio también estaban al tanto. Ellos querían mucho a los dos; a la señorita Candela, porque era tan buena como su madre que siempre los trató tan bien, y a Rufo porque llegó a Los Corrales siendo un niño, y estaba viviendo todos estos años con ellos. Carmen, con su dulzura, era como la madre que no tuvo Rufo, como la abuela Rita que se quedó en Argentina. Anselmo y Rufo compartían con Carmen y Dionisio el sentimiento de sentirse familia, y por eso, la situación de Rufo preocupaba a todos; pensaban que al final les haría sufrir a Rufo y Candela.

Mientras pasaba ese largo, otoño lleno de sensaciones y experiencias para todos, llegó el frío mes de diciembre. Ese año era más frío que de costumbre. Cuando Rufo y Candela se veían por la noche, se tenían que refugiarse en el establo. Desde el interior, abrazados y tapados con una manta, veían con la portera abierta como llovía en el exterior. Alguna vez entre la paja se quedaron dormidos, y era Anselmo quien les despertaba para que Candela volviera a la Casa Grande, y Rufo a sus obligaciones. Candela corría entonces y ocupaba

su habitación antes de que se despertara alguien de la Casa Grande. Luego ella cumplía sus obligaciones, atendía a Don Antonio cuando le instruía junto a su primo, más tarde ayudaba a Carmen en la cocina donde le enseñaba el arte de cocinar. Seguía con un poco de práctica de piano, sabiendo que Rufo estaría debajo de la ventana escuchando.

A Rufo sus obligaciones le dejaban mucho tiempo libre, por lo que siempre estaba ayudando a uno u otro, era como si devolviese los favores que le hicieron todos cuando era el niño que iba detrás de ellos preguntando y aprendiendo lo que le enseñaban.

Llegaron las navidades del año 1929, fueron unas fiestas con mucha nieve. Esto no les gustaba nada a Rufo y Candela, porque no podían salir con el caballo a pasear, y sobre todo, porque si Candela salía por la noche, sobre la nieve quedarían sus huellas en dirección a los establos.

En la Casa Grande todas las ventanas se cerraban, por lo que aunque se acercara Rufo a la casa, no podría ver a Candela en la ventana. Además, ya estaban en invierno y no querían que llegara la primavera, porque se celebraría la fiesta en la que Candela supuestamente tendría que encontrar entre los invitados a su marido.

Ese fin de año, fue diferente a los demás. A la casa que ocupaban Anselmo y Rufo junto a Carmen y Dionisio, acudió a pasar la nochevieja con ellos el Carmona, que fue acompañado de su novia Margarita, hija de otro ganadero castellano.

La noche fue de lo más agradable y familiar. El Carmona contó que para la próxima temporada tenía muchas corridas apalabradas, y que si todo iba bien,

tomaría la alternativa como torero. Todos se alegraron por él. El Carmona era como si fuera de la hacienda, allí todo el mundo le tenía cariño.

También les contó que tenía una proposición para Rufo: que formase parte de su cuadrilla como mozo de espadas o subalterno.

A Rufo se le encendieron los ojos. Era la oportunidad que tanto esperaba, pero tendría que alejarse de Los Corrales y de Candela. Esta era una decisión que tenía que pensar detenidamente. El Carmona no metía prisa, ya que todavía quedaba mucho para que empezara la temporada; él esperaba la respuesta de Rufo.

Con un brindis, recibieron al año 1930, año que sería el que más marcará la vida de Rufo.

Ya estaban en el año 1930, siempre se desea cuando empieza un nuevo año que sea mejor que el anterior. En la hacienda Los Corrales, todos y cada uno de sus habitantes desearon que este año fuera mejor. El patrón querría que fuera a más el negocio, el trabajador que aumentara su salario, el recién casado que nazca en ese año su primer hijo, y los novios, que ese año sea el de su unión. Para Anselmo y Rufo, era seguramente el inicio de año con más expectativas que anteriores. Anselmo tenía un buen trabajo con cierta responsabilidad, Rufo una propuesta para cumplir un sueño, aquel año, pensaron iba a ser sin duda superior.

La propuesta de Carmona, a Anselmo le pareció muy bien. Aunque tuvieran que separarse algún tiempo, era una ocasión para que Rufo prosperara fuera de Los Corrales, y quizás la mejor manera de que en Argentina los recibiesen sin ninguna represalia. Anselmo tenía mucha confianza en Rufo, y qué narices, lo había visto defenderse con los toros, le sobraba valor, y tenía clase, pues siendo así, el éxito estaba asegurado.

A Candela, por el contrario, no le parecía tan bien que el proyecto de trabajo del Carmona les alejara nuevamente, ahora que estaban pasando una etapa

feliz, pero era consciente de que esa situación de engaño que vivían, no podría ser para siempre. Sin embargo, debido a su gran fe en dios, aceptaría de buen grado todo lo que tuviese preparado para ella.

Cuando Anselmo contó la noticia los trabajadores de la hacienda, se alegraron por Rufo, y le animaron a que aceptara. Le intentaban convencer de que fuera de Los Corrales estaba el éxito y la fortuna, pero él pensaba que si aceptaba, su vida quedaría en la hacienda, donde dejaría a Anselmo y a Candela. Era, ciertamente, la decisión más importante que tendría que tomar en su vida; de ella dependería su futuro y el de otros. Hasta le animó Don León, que durante una de sus pocas visitas por la finca, se paró a charlar con Rufo. Él le dijo que siempre tendría las puertas de Los Corrales abiertas, pero que si pensaba en marcharse, él le daría su apoyo. Pero Rufo no tenía nada claro. Era una decisión tan trascendente que decidió meditarla lentamente.

Mientras Rufo se decidía, pasaba el mes de enero. Anselmo le propuso que viajara con él; tenía que cumplir un encargo de Don León en Toledo, así conocería la ciudad, se alejaría de la hacienda, y podría pensar en su decisión con más tranquilidad. Rufo aceptó. No le parecía bien alejarse de Los Corrales pero entendía que esta vez era necesario para ver las cosas desde fuera.

La noche anterior al viaje, estuvo con Candela como era habitual. Él estaba algo inquieto.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó Candela.

—No sé, tengo intranquilidad.

—No te preocupes Rufo, yo aceptaré la decisión que tomes, el mundo no se va acabar para nosotros

por que estemos algún tiempo sin vernos. Ya verás como no será tan malo.

Rufo la estrechó entre sus brazos, y pensó lo difícil que era su vida; todo lo que deseaba le apartaba de Candela, si aceptaba el trabajo, si marchaba a Argentina. Sentía que todos sus deseos acababan siempre en conflicto con su corazón.

Pero el destino le tenía guardado aún muchas sensaciones, la primera el día que tenían que hacer el viaje. Anselmo y Rufo se despertaron muy temprano. Rufo tenía que echar de comer a los caballos y sacar a Zapatero, que bramaba su instinto. Le decía que ya era el tiempo de que lo sacaran para cubrir las vacas. Así que, antes de iniciar el viaje, Anselmo repartió la faena. Él sacaría a Zapatero, y Rufo atendería a los caballos.

Cuando Rufo pasó frente al semental, bramó como si pidiera que le abriera ya.

—Tranquilo, que las vacas te están esperando.

Le dijo Rufo al toro como si le entendiera. Fue corriendo a los establos de los caballos para hacer el trabajo pronto y marchar cuanto antes. Los trabajadores de la hacienda empezaban cada uno a su tarea, y el sol enseñaba los primeros rayos del día.

Anselmo fue a soltar a Zapatero. Le abrió las puertas para que saliera y el toro nervioso, al salir, se engancho con un cuerno en las tablas. Anselmo, viendo que el toro podía lastimarse, entró en la cuadra para liberarle. Él no tenía miedo al semental, al que más de una vez, dio de comer en la mano.

Al sacar el cuerno de las tablas, el toro salió tan eufórico que no esquivó a Anselmo. El toro le envistió dándole una cornada en el pecho mortal de necesidad.

Cuando salió de la cuadra llevaba a Anselmo, sin vida, colgado de su cuerno, que lanzó al aire al correr hacia el prado. Anselmo quedó tirado en el suelo. Los trabajadores, que vieron la fatal desgracia, corrieron a ayudarlo. Pero cuando llegaron, ya no había nada que hacer. Rufo, desde el establo, oyó un bullicio que no era normal. Salió y vio un grupo de trabajadores en la puerta de la cuadra de Zapatero, y algo en el suelo entre ellos. Un escalofrío corrió por todo su cuerpo igual que cuando su padre trajo al semental a la hacienda. Corrió hacia ellos llamando a su padre, buscándolo con la mirada por todos los lados. Pero cuando llegó, la dura realidad le golpeó en el corazón. No podía creer que su padre estuviera ahí tirado, sin vida, se lanzó sobre él.

—¡Padre! ¡Mírame! Dime algo, por favor, no te mueras, no me dejes solo, ¿qué voy a hacer sin ti?

Sus gritos y lágrimas eran desgarradores. Al oírlos, acudieron otros trabajadores al lugar. Intentaron despegar a Rufo de su padre, pero Rufo lleno de sangre, se agarraba fuertemente al cuerpo si vida de su padre, no quería apartarse de él. Qué injusta la vida, quién le iba a decir a Anselmo cuando trajo a Zapatero a la finca, que este sería su asesino, que provocaría tanto dolor a Rufo, que lo cuidaba y estaba pendiente de que estuviera siempre bien.

Rufo cogió a su padre en brazos y lo llevó hasta la casa. Dionisio y Carmen estupefactos, no sabían cómo reaccionar cuando lo vieron entrar por la puerta con su padre sin vida en sus brazos. Rufo no aceptó que nadie tocara a su padre, él lo aseó, lo vistió con su mejor traje, y lo metió en el ataúd.

Nuevamente, las campanas de Los Corrales tocaban a muerto y, nuevamente, era Rufo el que sufría. Don León se acercó a darle el pésame. Él apreciaba mucho a Anselmo, y tardaría mucho tiempo en encontrar a alguien que le llevara la finca como él. Don León le informó que le darían sepultura en el pequeño cementerio de la hacienda, y se ofreció para lo que Rufo pudiera necesitar.

Esa noche fue un ir y venir de compañeros, que querían acompañar a Rufo y darle el pésame. Candela, fue también esa noche para darle ánimos, ella había pasado el trance recientemente, y sabía de ese dolor. Fue el único momento en que Rufo se separó del lado de su padre, se abrazó a ella.

—Qué solo me ha dejado. ¿Qué va a ser de mí sin él?

Nuevamente rompió a llorar desconsolado, por más que lo intentara animar Candela.

—Rufo, tienes que ser fuerte. Ahora Anselmo estará en el cielo junto a Isabel.

Para Rufo eso no era ningún consuelo. Además, dónde estaba el dios de Candela cuando mató a Anselmo el toro. Que era muy bueno, escuchaba en el velatorio a los otros, y si era tan bueno, ¿por qué murió así? Él no se lo merecía. Rufo se mortificaba; si hubiera ido él a sacar a Zapatero, pero ya no tenía solución, su muerte no se podía cambiar y tendría que aceptar el hecho que ahora estaría solo. Anselmo ya no estaría más.

Al día siguiente, fue Rufo el que cavó la tierra donde Anselmo reposaría para siempre. Después de la ceremonia, en el cementerio, todos marcharon a sus obligaciones. Rufo permaneció al lado de la tumba de su

padre. Candela se quedó junto a él cogiendo fuertemente su mano.

Rufo le dijo a Candela que ahora tenía otro motivo más para no abandonar Los Corrales.

Pero era el destino quien le prepararía los motivos para irse de la hacienda, o quedarse.

Cuando el viejo Rufo nos contó esa parte del relato, nosotros no supimos cómo reaccionar. Lo que estábamos escuchando era fuerte, pero era la realidad. Esa realidad que a menudo se quiere ocultar por pensar que un niño no está preparado para admitirla. Nosotros entendíamos todo lo que nos contaba el viejo, y lo sentíamos como si hubiese ocurrido el verano pasado.

Yo estaba tan cerca de la historia de Rufo, que hasta lloré cuando Rufo contó como perdió a su padre. El viejo también nos dio un susto, por un momento se desvaneció y faltó poco para que se cayera al suelo. A mí especialmente me preocupaba el viejo, así que le conté a mi madre que el viejo había tenido un desvanecimiento, y que tenía mal aspecto. Mi madre mandó a mi padre para que fuera a ver a Rufo, y el bueno de mi padre, fue con su compañero de partidas de mus, el médico de la zona. Yo les acompañé al molino, pero no me dejaron entrar mientras el médico lo oscultaba. Me quedé en la puerta jugando con Sultán.

Mi padre y el médico estuvieron un buen rato en el interior del molino y mientras jugaba con Sultán pensé en si el perro pudiese hablar, cuántas historias podría

contar, aunque seguramente no tantas como el viejo, que su memoria era estupenda.

Cuando acabaron la visita, dejamos a Rufo y a Sul-tán en el molino, y marchamos al pueblo. Mientras caminábamos escuché como el médico le informaba a mi padre que el viejo Rufo tenía el corazón muy débil, y que tendría que cuidarse. Mi padre le comentó que tenía comprador para el molino de Lucas; era el alcalde quien lo quería comprar. Lo que escuchaba me entristecía. Por un lado, el viejo estaba enfermo, y por el otro, si vendía el molino ya no tendría ninguna razón para permanecer en Valderde, y marcharía a Argentina. Qué desilusión. Yo quería escuchar el final de su relato, y si se marchaba pronto, no sabríamos nunca su historia. Corrí a buscar a los otros para contarles todas las novedades. Ellos también se quedaron preocupados por la enfermedad de Rufo, y teníamos una duda; no sabíamos si era bueno o malo que siguiera con su relato.

Mi padre le preguntó a su amigo si al contar su vida a los chavales, podría perjudicar al viejo, y afortunadamente dijo que no, que solo le afectarían las emociones fuertes. Decía que los recuerdos solo afectaban al espíritu, pero no a la salud. Yo no estaba yo muy de acuerdo con esa teoría. Yo creo que al viejo le afectaba notablemente en su salud, pero todavía no éramos suficientemente adultos para pensar que le perjudicaría tanto. Tengo la certeza de que el viejo Rufo también estaba deseando que escucháramos el final de su historia.

Toda la pandilla nos reunimos en el porche de la ermita, para decidir qué hacíamos. Todos, menos

Manolo y Ramón, acordamos ir para seguir escuchando el relato del viejo, acordamos también prepararle alguna sorpresa a Rufo. Pronto sería su cumpleaños, y se marcharía del pueblo, así que queríamos organizar algo para que se sintiese feliz, y así, cuando contase su historia nuevamente, nos mencionara a nosotros.

El ser ya parte de la historia de Rufo nos emocionaba. Poder estar en sus recuerdos, con Anselmo, Alma, o Candela, era algo emocionante. Yo me sentía como si fuera famoso, el compartir parte de vida e historia con el viejo era para mí algo muy fuerte, una sensación que nunca olvidaría.

Cuando decidimos seguir visitando al viejo, no comprendía cómo Manolo y Ramón se habían separado tanto del pensamiento general de la pandilla. Manolo solo comentaba que el viejo nos estaba tomando el pelo, que nos contaba esas mentiras para no estar solo, y tener compañía. Nos repetía lo que le contó su padre, que Rufo estuvo en la cárcel, y que no podía ser tan bueno como quería aparentar.

Por mi cabeza volvían a pasar los mil motivos por los que Rufo pudo ir a la cárcel, y las mil razones para justificarlo. Yo confiaba en que él nos contaría cómo y porqué; hasta ahora nos contaba todo con pelos y señales. Quizás demasiado claro y real, para que lo entendieran unos niños. Pero la manera de relatar de Rufo, hizo que su historia se quedara grabada en nuestra memoria, y los detalles que entonces no comprendimos, con el tiempo se fueron aclarando, y descubriendo los matices que antes se nos escaparon.

El padre de Manolo, haciendo uso de su autoridad nos incordiaba, nos paraba por la calle y nos interrogaba,

que si el viejo nos hacía alguna proposición, que si nos tocaba. Parecía un cura más que un guardia, y que buscaba delitos donde no existían. El guardia civil Manuel, que así se llamaba, tenía fama en el pueblo de aparentar más de lo que era. Nadie dudaba de su autoridad, pero él siempre alardeaba de su trabajo, porque antes de vivir en Valverde, estuvo viviendo con su familia en el cuartel de otra localidad, donde arrestaron a un famoso delincuente de la época.

A mi padre no le caía muy bien el Guardia. La verdad es que los uniformes nos daban a todos un poco de miedo en aquel tiempo. Afortunadamente, Sole y Manolo, no eran como su padre, aunque Manolo tenía cosas que de vez en cuando nos sorprendían a todos.

Cuando llegamos al molino, el viejo nos esperaba feliz. Tenía algo que anunciarnos, y aunque ya lo sabíamos, dejamos que Rufo nos diera la noticia; tenía comprador para el molino, y podría continuar su viaje a Argentina. Solo le contrariaba que Sultán no le podría acompañar. Yo me adelanté y le propuse que Sultán se quedara en mi casa. Sabía que mis padres no se opondrían. Él aceptó, pero con la condición de que yo lo cuidara, porque era ya bastante viejo. Le prometí que nada le pasaría y que lo cuidaría. La cara de Rufo cambió, echaría mucho de menos a Sultán, llevaban diez años juntos y era normal. Sultán, que no le quitaba la vista al viejo, doblaba de vez en cuando la cabeza y le daba en la pierna con la pata. Daba la sensación que entendiera lo que estábamos hablando.

El viejo se comprometió a seguir contando su historia hasta llegar al fin. Todos esperamos expectantes, porque el fin de su historia ahora éramos nosotros.

Después de la muerte de Anselmo, la situación de Rufo cambió. Don León lo requirió en la Casa Grande, era la segunda vez que entraba al despacho del patrón, pero ahora, no le imponían las cabezas de toro que se encontraban colgadas en las paredes. Allí le informo de algún cambio. Ya no tenía sentido que estuviese en la casa con Carmen y Dionisio, así que le pidió que se cambiara a uno de los barracones donde residían los otros trabajadores. Le dio unos papeles y un sobre con dinero. Rufo miraba ignorante. Preguntó qué era aquello. Don León le informó de cómo Anselmo, cuando le regaló el molino de Lucas, le había pedido que lo pusiera a nombre de Rufo, y en el sobre estaba el dinero que Anselmo le dio durante todos los años a Don León, para que este se lo guardara y se lo entregara a su hijo si a él le ocurría algo. Este detalle decía mucho del buen corazón que tenía el patrón. Por lo demás, continuaría con las mismas ocupaciones.

De repente, Rufo tenía una propiedad y dinero. Dos cosas a las que aspiraba, pero que nunca había echado en falta.

El Carmona, cuando le llegó la noticia de la pérdida de Anselmo, se desplazó a Los Corrales. Quería

estar junto a su amigo en esos momentos. Cuando se encontró con Rufo, se dieron un fuerte abrazo. El Carmona le dio el pésame, y se prestó para lo que quisiera su amigo. Rufo en esos momentos agradeció la visita del Carmona; tenía un vacío enorme de cariño y de compañía.

Rufo le contó cómo fue la trágica muerte de su padre, cuánto lo echaba de menos. Parecía que estuviera viviendo un sueño, que no fuera realidad. Pero la fatalidad le acompañaba hacía ya mucho tiempo y no dejaba de preguntarse, ¿qué sería lo siguiente que me pasará?

El Carmona le preguntó si había pensado lo de su proposición, ahora no tenía nada que le atara a Los Corrales. Pero Rufo le confesó a su amigo, que si tenía algo que le ataba; era Candela. Le contó su relación secreta con ella, que la quería, y que ahora no podía alejarse de ella, porque en ese momento era su único consuelo.

El Carmona sintió que no aceptara de momento su propuesta, pero estaba decidido a seguir intentando convencer a Rufo de que su sitio estaba fuera de Los Corrales. Allí no prosperaría, y toda su vida sería igual.

Seguramente Rufo sabía que su permanencia en la hacienda no tenía ningún futuro, pero se aferraba a estar junto a Candela, como si fuera lo único que le importara en la vida.

Algo sí había cambiado para bien; cuando visitaba la tumba de Anselmo, podía estar junto a Candela si esta visitaba la tumba de su madre sola, y si le acompañaba alguien, podían cruzar una mirada en silencio, sin que nadie les observara.

Por las noches seguían viéndose a escondidas, juntos, mirando las estrellas desde la orilla de la laguna, recordaban a los que ya no estaban con ellos, y compartían su historia de amor.

Candela aún seguía vistiendo de negro, el color, según ella, del respeto y dolor. Para Rufo, el luto no estaba presente en la apariencia exterior. Él lo sentía dentro, sentía el dolor de la soledad, el no tener a Anselmo a su lado para hacerlo cómplice de sus vivencias y sentimientos. Él no pensaba como Candela, que rezaba y rezaba para que sus muertos fueran al cielo, aunque sí compartía con Candela la idea de que ahora Anselmo e Isabel estaban juntos. Recordaba que su padre le dijo, que cuando muere uno de nosotros, nace una estrella en el cielo. Era lo que más se acercaba a la versión religiosa en la que creía Candela.

Rufo seguía con sus faenas y lo único que le alteraba era ver a Zapatero libremente gozando por el prado. Lo miraba y veía esa mirada que desde el primer día le atemorizaba. Si por él fuera, el semental no estaría en la finca, pero era un buen animal. Anselmo lo eligió por ser el mejor, por eso no se deshacían de él.

Pasaba el tiempo y llegaba la primavera. Las flores de Dionisio estaban radiantes, y él se quejaba de que le desaparecían algunas. Desproticaba como si no supiera que quien se las quitaba era Rufo para regalárselas a Candela.

En la Casa Grande empezaban los preparativos para la fiesta de Candela, y aunque a ella no le hacía ninguna gracia, la fiesta era en su honor. Y si a ella no le entusiasmaba, a Rufo le preocupaba, hasta se sentía un poco celoso.

Rufo hubiera dado lo que fuese por asistir a esa fiesta que le inquietaba tanto, y no era para menos; el motivo principal de la fiesta era que Candela conociera a jóvenes de su clase social para elegir marido; cómo no iba a estar inquieto Rufo.

La fiesta era una prueba de fuego para ellos. Rufo tenía mucha confianza en Candela, pero por experiencias pasadas, sus ilusiones siempre acababan mal. Él no tuvo antes ocasión de conocer a ninguna mujer, pero ella en esta fiesta estaría con otros y sería el centro de atención principal.

Candela lo tenía más claro que Rufo, le halagaban los celos de Rufo, pero como decía ella: eran infundados. Hacía mucho tiempo que su corazón había hecho la elección de la persona que quería.

El Carmona y su prometida sí estaban invitados a la fiesta. Antes de asistir, visitaron a Rufo, al que le prometieron cuidar de su chica.

Esta fiesta era diferente a todas las que se habían celebrado antes en Los Corrales. Los invitados no eran los de costumbre, por lo general en las otras fiestas. Eran todos hombres relacionados con el mundo de los toros, y alguna mujer, que según decían los trabajadores, las traían de algún burdel para la fiesta. En cambio en esta, los invitados eran familias enteras, muy adineradas y bien relacionadas. El señor Germán también venía de buena familia, aunque él eligió la vida militar, tenía puestas muchas esperanzas en esa fiesta; creía que Candela de allí saldría con proyecto de matrimonio; ella era un buen partido. A la mayoría de edad, sería copropietaria de Los Corrales, ya que heredó la parte de su madre cuando esta murió.

La fiesta empezó y el entrar y salir de los invitados, atraían la curiosidad de los trabajadores de la hacienda. La apariencia de la Casa Grande había cambiado bastante; las grandes escaleras de la entrada estaban relucientes, en el jardín se instalaron luces para esa noche, y en el camino de acceso a la casa, se quitaron todos los aperos y bártulos. Estaba todo maravilloso, todo el mundo en la hacienda pensaba que Candela se merecía algo así. Ya era tiempo que acabara su luto externo y que disfrutara de la fiesta, para eso era en su honor.

El deseo popular era que Candela se lo pasase lo mejor posible. Pero ella, lejos de disfrutar, deseaba que acabase pronto el penoso trámite. Fue complaciente con todos los invitados, se comportó con mucha amabilidad y respeto, demostrando su exquisita educación, a pesar de haberla recibido en el campo y no en un colegio en la ciudad. Pero el motivo principal de la fiesta no se produjo, cosa que contrarió mucho al señor Germán.

Rufo observaba desde la puerta del barracón el espectáculo del trasiego de los invitados y estuvo allí sin moverse hasta que se apagaron las luces ya de madrugada. Antes de marchar, el Carmona se acercó a Rufo para darle un recado de Candela; que la esperase en el establo cuando se fueran los invitados.

Como le comunicó el Carmona, Rufo esperó a Candela en el establo. La esperaba a oscuras como cada noche. De pronto, vió como se acercaba alguien con una lámpara de mano. La luz iluminó el oscuro establo y Rufo vio a Candela radiante, vestida con un bonito vestido blanco y un extraño peinado. Era una

visión maravillosa. Él le dijo lo guapa que estaba, pero le preocupaba que se manchaba el vestido. A ella no le importaba, cuando se lo puso, su ilusión no era que la vieran otros, sino Rufo. Pero a Rufo le imponía tanta elegancia, ahora se daba cuenta que la diferencia entre ellos era mucha. Sin embargo, Candela decía, que cómo fueran vestidos, no tenía nada que ver con los sentimientos.

Rufo respiraba tranquilo, se dio cuenta que sus temores no tenían fundamento, y Candela le demostró que la fiesta y el estar con los invitados, no alteraban sus sentimientos lo más mínimo. Estuvieron toda la noche juntos hasta que salió el sol, era la señal que iniciaba el día, la luz, el piar de los pájaros, era señal de empezar para todos, menos para Rufo y Candela, que era señal de acabar.

Todo en Los Corrales volvía de nuevo a la normalidad. La primavera estaba siendo calurosa y poco lluviosa. Rufo se adaptó rápidamente a su nueva morada. Los compañeros estaban muy a gusto con él, aparte de que se lo merecía, tenían otro motivo: era el hijo del extranjero, al que todos apreciaron, y al que echaban de menos. Rufo intentaba agradar a los compañeros con historias como hizo antes Anselmo, pero la mayoría, ya las contó antes su padre. En la hacienda tenían un nuevo capataz que intentaba hacerlo lo mejor posible. En fin, todo seguía como siempre.

La monotonía y la paz que estaban viviendo nuevamente se vería alterada. Fue una noche como otras tantas en las que Rufo y Candela acudían a uno de sus secretos encuentros. Aunque pudieran parecer monótonos, para ellos cada noche era una aventura. La vivían como si no hubiera otra al día siguiente, y apuraban hasta la salida del sol. Aquella noche, hablaron y hablaron, miraron las estrellas, y tumbados sobre el heno, cayeron en un profundo sueño que les impidió percatarse de que el señor Germán, sin aviso previo, fue a recoger su caballo. Cuando llegó al establo y los vio abrazados, enrojeció de cólera. Sus gritos despertaron

a Rufo y Candela con gran sorpresa. Rufo intentó hablarle, pero el señor Germán se abalanzó sobre él propinándole golpes con la fusta, patadas y puñetazos. Rufo no se defendía, a pesar de ser más fuerte que el señor Germán. Candela gritaba:

—¡Pare, por favor! Padre no le haga daño.

Los gritos no calmaban a su padre que únicamente paró de golpear a Rufo cuando estuvo exhausto.

El señor Germán agarró a Candela de la mano y se la llevó a la fuerza a la Casa Grande, dejando a Rufo tirado y mal trecho en el suelo del establo. Candela se resistía y no quería dejar a Rufo en esas condiciones y gritaba:

—¡Rufo! ¡Rufo! Levántate.

Pero Rufo, inconsciente, con la mirada perdida, no escuchaba. Fue Dionisio quien lo auxilió y como pudo, lo llevó al interior de la casa, y lo acostó en su antigua habitación. Carmen ayudó a Dionisio a curarle las heridas. Rufo tenía la cara desfigurada, y el cuerpo lleno de moretones.

Cuando por boca de su cuñado se enteró del percance, Don León fue a visitar a Rufo, que ya estaba consciente. Don León le recriminó lo que consideró una deslealtad, aunque reconoció que el castigo físico por parte del señor Germán, había sido demasiado severo, y no estaba a favor de esos métodos. Le comunicó que cuando se recobrara, se iría de la hacienda. No lo despediría porque dio su palabra de encargarse de él a su hermana en el lecho de muerte. Le encargaría la tarea de cuidar ovejas en otra finca que tenía la familia lejos de Los Corrales. Rufo permaneció en silencio. La buena de Carmen intercedió por Rufo; le dijo a Don

León lo bueno que era el chico, que nunca tuvieron en la hacienda queja de nada, y que estaba enamorado. Pero Don León se mostró firme y no cambió en su decisión.

Dionisio y Carmen atendieron a Rufo en su convalecencia. Él, decaído, casi no hablaba ni aun cuando Carmen le contaba cómo Candela se preocupaba por él, y por mediación de ella, le transmitía sus deseos de mejora para poder estar juntos nuevamente. La buena de Carmen no se alejaba del lado de Rufo. Cuando no tenía que atender sus labores en la Casa Grande, le cuidaba con cariño:

—Yo sabía que esto no podía acabar bien.

Escuchaba Rufo a una preocupada Carmen, que se hacía un poco responsable por ayudarles, aunque ella hacía mucho tiempo que no compartía los sueños de Rufo y Candela. Era más realista y la vida le había enseñado que este tipo de sueños casi nunca llegan a buen fin. Así se lo contaba a Rufo, que postrado en la cama, estaba ausente, perdido nuevamente entre el sueño y la realidad. Realidad que ahora, parecía más dura que nunca, tendría que abandonar Los Corrales para ir no se sabe dónde, ni para qué.

Su convalecencia duró unos días, en los que por, expresa prohibición de Don León, no tuvo ninguna visita de sus compañeros. Solo tuvo la curiosa visita del señorito Julián, que mandó salir a Carmen de la habitación para hablar a solas con Rufo:

—Te veo mal extranjero. ¿Qué te creías? ¿Que podrías casarte con mi prima? ¿Qué buscabas? ¿Ser dueño de Los Corrales?

Rufo no hablaba, solo lo miraba en silencio.

—Extranjero, coge el dinero que te dio mi padre y vete a tu país. Aquí no te queremos.

El señorito Julián siguió amenazando y desprotegiendo, pero a Rufo no le podía afectar ya nada. Su límite había sido propasado, y en ese momento, parecía como si nada le importase.

Rufo era un joven fuerte, por lo que no le costó curar sus heridas externas, las del corazón, tardarían mucho en sanar. Ya repuesto, llegó el día en que debía abandonar Los Corrales; le estaban esperando en la puerta con un camión que le trasladaría a su nuevo lugar de trabajo. Salió de la casa con la mirada hacia el suelo. Carmen le abrazó y rompió a llorar, deseándole toda la suerte del mundo. Dionisio también le animó, y con una palmada en la espalda, se despidió de él. Los trabajadores de la hacienda, lo miraron desde los prados. Tenían prohibido hablar con él, ya no era un hombre de Los Corrales.

Rufo no levantó la mirada para mirar a Candela, que le llamaba desde una ventana de la Casa Grande, ni cuando ella salió corriendo detrás del camión gritando su nombre. Él, cabizbajo, mientras abandonaba la hacienda escuchó por el camino las campanas, que esta vez no recibían a nadie, sino todo lo contrario. Era el único homenaje de despedida que podían hacer sus compañeros por Rufo.

El camión se alejó de la hacienda, y con él, todas las esperanzas de Rufo y Candela. El viaje fue largo, su nuevo hogar estaba bastante lejos de Los Corrales. Cuando llegó, le pusieron al día, allí no había toros ni caballos, solo ovejas. En una casa mal conservada habitaban otras tres personas, que se encargaban de todo

lo relacionado con el ganado. La casa estaba lejos de todos sitios, y una vez a la semana, les llevaban los suministros para ellos y lo que pudieran necesitar.

Esta finca era de la familia de Candela, pero no se preocupaban mucho por ella. El interés de Don León era por Los Corrales y todo lo relacionado con los toros. Rufo tardó en relacionarse con sus nuevos compañeros. No quería establecer más relaciones que pudieran acabar mal para él, y arrastrar a otros en su desgracia. Sus compañeros lo trataban poco. Rufo salía de la casa cuando aún no era de día, y cumplía su trabajo sin poner ninguna pega. En el fondo llegó a creerse que merecía tal castigo y así demostraba la fidelidad que procesaba a Don León.

Por la noche, regresaba a la casa cuando los otros ya estaban acostados. Él prefería pasar todo el día solo en el campo.

Mientras, lejos de allí, el Carmona empezaba a cosechar éxitos. En la temporada ya era la revelación indiscutible. Su nombre corría de boca en boca, y casi todos los aficionados al mundo del toreo eran conocedores de sus éxitos. Éxito que quería compartir con su amigo Rufo y seguir insistiendo en su propuesta. A él no le iba nada mal, su vida cambió notablemente, disponía de buen dinero, vehículo propio y se estaba haciendo un hueco en el mundo de los toros. Por ese motivo, estaba dispuesto a conseguir que Rufo iniciara su camino en ese mundo junto a él. Pero antes, tenía que convencerlo, y aún ignoraba la sorpresa que en Los Corrales le estaba esperando.

El Carmona llegó a la hacienda y allí no encontró a Rufo; los trabajadores le contaron cómo había sido

golpeado por el señor Germán, y cómo Don León lo mandó lejos de Los Corrales.

Después de entrevistarse con Don León, el Carmona visitó a Carmen y Dionisio, que le transmitieron la pena que tenían por lo ocurrido. Después de darles un abrazo buscó a Candela y la encontró en el pequeño cementerio rezando junto a la tumba de su madre. Ella estaba pálida, parecía enferma. Se alegró al ver al Carmona con el que compartía el aprecio hacia Rufo. Entre llantos, le contó de su desgracia y le pidió que llevara a Rufo un mensaje. Él se sorprendió por lo ocurrido en la hacienda desde la última vez que estuvo allí. No podía dar crédito a tanta mala suerte como tenían sus dos amigos, así que se comprometió con Candela a llevarle el mensaje lo antes posible. Ahora él no era dueño de su tiempo, estaban en plena temporada taurina y tenía muchos compromisos.

El Carmona demostró siempre su amistad hacia Rufo, por lo que la desdicha de su amigo y Candela le preocupaba y estaba dispuesto a ayudarles en lo que hiciera falta, a costa de cualquier cosa, para que fueran felices.

La temporada taurina ese año iba de viento en popa para el Carmona, que detrás de un festejo le salían ofertas para otros. Su arte para el toreo era de lo mejor que los entendidos habían visto hasta el momento. Momento que aprovechaba para llegar a lo más alto, solo tenía la tristeza de que cuando llegara, Rufo no estuviera a su lado.

El Carmona tuvo que cancelar alguno de sus compromisos, porque necesitaba unos días libres para buscar a su amigo, y darle el mensaje de Candela. Se trasladó en su automóvil al lugar donde Rufo estaba pasando su destierro. No tuvo que buscar mucho para encontrarlo. Sus actuales compañeros le indicaron que Rufo pasaba el día con el rebaño en un monte cercano. Hasta allí se desplazó el Carmona, y tal como le dijeron los pastores, allí estaba sentado en el suelo y a su lado un perro que le ayudaba en las labores de pastoreo.

El Carmona se acercó a él. Rufo se puso en pie y abrazó a su amigo con cara de sorpresa:

—¿Cómo me has encontrado aquí?

—En la hacienda me informaron de dónde estabas.

—Entonces, ya lo sabes todo, ¿no?

El Carmona le explicó cómo todos en Los Corrales le echaban de menos. Le traía los buenos deseos de Carmen y Dionisio, y un mensaje importante de Candela. Rufo entonces se alejó de él. Tenía dudas si debía escucharlo o no. El Carmona insistió que era muy importante para los dos, y le aconsejó que lo escuchara.

Como Rufo callaba, él le habló de que Candela también lo estaba pasando muy mal. Su padre pronto se la llevaría a Madrid para que encontrara marido, y que solo tenían una solución; escaparse juntos y empezar una nueva vida lejos de todo lo que se interponía entre los dos.

Antes de que Rufo dijera nada, el Carmona le dijo que tenía poco tiempo para pensarlo. Él volvería dentro de diez días, y si estaba de acuerdo con el plan de Candela, él lo llevaría a Los Corrales para que se reunieran con ella. Luego los tres viajarían a Madrid, donde tenía que torear y después los acompañaría al lugar que ellos quisieran.

Rufo siguió en silencio, no articulaba palabra. Lo que escuchaba de su amigo no era mala idea, pero eso llevaba romper la lealtad que procesaba a Don León. Tenía un verdadero conflicto, pensaba que con el tiempo le perdonarían y podría volver a Los Corrales. Sería como si todos los valores que le enseñó Anselmo no sirvieran para nada.

Era otra decisión difícil, pero no tenía otra opción. Volver a empezar en otro sitio, quizás sería lo más conveniente, en vista de las circunstancias que vivía desde que dejó Los Corrales.

El Carmona le animó para que no se hundiera, que fuera fuerte y luchara por lo que quería. Él lo dejó con

sus complejos razonamientos, y quedó en volver a los diez días. Si Rufo no aparecía, viajaría a Los Corrales para recoger a Candela y llevarla a Madrid.

Rufo se quedó nuevamente solo, con grandes dudas que tendría que resolver en poco tiempo y afrontar las consecuencias, porque tomase la decisión que tomase, cambiaría su futuro.

Pasaron los diez días y Rufo estaba esperando. Llevaba toda su vida colgada del hombro en un viejo zurrón; su poca ropa, alguna figura tallada por su padre, la muleta y el estoque que Anselmo le regaló cuando aún era un niño.

Después de saludarse, el Carmona se alegró de verle y le felicitó por su acertada decisión. Él también arriesgaba mucho; Don León le ayudó a iniciarse en el mundo que ahora le estaba dando tantos éxitos, pero eso no era nada comparado con la vida que le debía a Rufo. Si él no lo hubiese salvado cuando cayó a la laguna, todo eso no habría sido posible.

Fueron haciendo camino, poco a poco. El viaje no se hacía largo, hablando y hablando recorrían kilómetros sin darse cuenta. A media noche, cuando todos durmieran en Los Corrales, tenían que recoger a Candela, que estaría esperando en la entrada de la hacienda.

Esa noche lucía una espléndida luna llena. Era tan brillante que alumbraba más que las escasas luces del automóvil del Carmona. El paisaje se veía, a la luz de la luna, maravilloso. Qué bonito le parecía todo a Rufo, y cuánto echaba en falta su vida en Los Corrales.

Él, casi todo lo que recordaba, le había sucedido en Los Corrales. Estaba unido a la finca y su exilio era muy

duro. Esa noche vería de nuevo la hacienda y tal vez también sería la última que la viese.

Poco antes de medianoche, llegaron a la hacienda y aún no estaba Candela. Rufo pensó: ¿se habría arrepentido? O no se ha atrevido. Pero no tardó en aparecer por el camino. Rufo y el Carmona, salieron para ayudarla con su equipaje. Candela se echó en los brazos de Rufo, diciéndole lo mucho que le echaba de menos, lo que había tenido que esforzarse para tener valor para fugarse y dejar detrás todo su mundo.

Los tres demostraban una gran alegría e inquietud por lo que estaban haciendo. El Carmona metía prisa; aún quedaba un largo camino hasta Madrid.

Rufo se metió en el automóvil, pero no para iniciar el viaje. Sacó algo del interior y ante la mirada sorprendida del Carmona y Candela, marchó en dirección a la finca. En su mano llevaba su capote y el estoque.

—Pero, ¿dónde vas? —preguntó el Carmona.

—Antes de marchar, tengo que hacer algo, se lo debo a mi padre —respondió Rufo.

—¿Qué vas a hacer? No seas loco. Déjalo —le imploraba Candela.

Pero Rufo desoía todo lo que le decían, solo tenía un empeñamiento que ya era difícil de convencerle para que no siguiera adelante.

Rufo llegó a la puerta de la cuadra donde estaba descansando Zapatero. Mientras abría la puerta, el Carmona intentó impedirselo, pero comprendió que sería inútil, a Rufo ya nada le haría echarse atrás. Zapatero miró a Rufo que le esperaba en el exterior capote en mano; esta vez no le daría de comer, ni el semental saldría para cubrir ninguna vaca. Candela se volvió de

espaldas, no quería ver el desenlace. El Carmona solo podía desear que le fuera bien a su amigo, eso no era un novillo ni un becerro de los que toreaba Rufo; era un señor toro dispuesto a torear por no se sabe qué extraña deuda.

A pesar de ser de noche, la luna dejaba una claridad poco habitual. Zapatero salió de la cuadra demostrando toda su bravura. Rufo lo recibió y le dio unos pases.

El Carmona estaba preocupado. Zapatero no era un toro más, ya había sido toreado, lo que le hacía peligroso.

—¡Cuidado! No te acerques.

—¡Así! Muy bien —vigilaba y advertía el Carmona.

Candela seguía vuelta de espaldas. Temía por la seguridad de Rufo. Lo que hacía era una locura, y temía que por esa locura, alguien de la casa grande se despertara, y se fuera al traste su aventura. Ella solo escuchaba los consejos del Carmona en voz alta, y al toro pataleando en la tierra.

Pero Rufo, ahora no buscaba una buena faena, ni siquiera probaba su valor. Simplemente era el vengativo castigo que merecía el semental.

Dejó de darle pases y se quedó quieto sin moverse mirando al toro. Agarró su estoque, y como si fuera un duelo, los dos, toro y hombre, se abalanzaron uno a por el otro. Rufo le clavó todo el acero del estoque. Zapatero empezó a perder las fuerzas, se tambaleaba, se resistía a morir. Estuvo un buen rato tambaleándose sin quitar de Rufo esa mirada que le atemorizó desde el día que lo vio por primera vez. Ahora recordaba a Anselmo, cuando le dijo, que si él fuera torero, le hubiese gustado

torear a Zapatero. La muerte del toro tardó en llegar, el animal resistió demostrando su buena casta, pero el daño de la estocada, era mortal.

Zapatero quedó tirado en el suelo, en el mismo lugar donde Rufo encontró a su padre sin vida.

Sin quitar la espada del cuerpo del animal, y sin volver la vista atrás, Rufo empezó a caminar en dirección al automóvil. El Carmona y Candela no sabían qué decir y en silencio le siguieron. Ahora sí estaban dispuestos a iniciar el viaje hacia Madrid.

Mientras duró el viaje, nadie comentó nada de lo ocurrido. El Carmona y Candela comprendían las razones que motivaron a Rufo para cometer semejante venganza. Ahora él se había quitado esa espina que llevaba clavada desde el día en que el semental mató a su padre.

Candela demostraba un entusiasmo poco habitual en ella. El paso que había dado era grande, pero grandes también podían ser las consecuencias.

El entusiasmo de Candela, le llevó a caer en un profundo sueño y pasó el resto del viaje acurrucada en la parte trasera del coche. El Carmona y Rufo, pasaron el viaje charlando, como hicieran en el trayecto de ida a Los Corrales. Rufo le preguntó dónde vivirían. El Carmona le dijo que estarían en una casa de la familia de Candela, que le dejaba Don León a él. Además, estaba cerca de la plaza de toros. Allí estarían Rufo y Candela. El Carmona debía cumplir unos compromisos antes de torear en Madrid, al cabo de once días. Rufo un poco asustado preguntó a su amigo qué harían ellos solos en una casa. El Carmona le explicó que podían hacer lo que quisieran, ya no tendrían impedimentos y

no tendrían que esconderse de nadie. Madrid era una ciudad grande y allí pasarían desapercibidos. Rufo estaba preocupado; deseaba más que nada estar todo el tiempo con Candela, pero algo le decía que esa no era la mejor manera, pero sí la única. Pensaba que el señor Germán y Don León, buscarían a Candela por todas partes, y avisarían a las autoridades para que la localizaran, por lo que en Madrid también la buscarían. Así que tendrían que actuar con discreción durante once días, y después, marchar a otro lugar. Quizás, si Candela quisiera, a Argentina.

Era ya de día cuando llegaron a Madrid. Rufo despertó a Candela que les dio los buenos días, y recordó que ahora la echarían en falta de Los Corrales, pero no se mostraba arrepentida. Ella coincidía con Rufo en que era la única manera de estar juntos.

Rufo la puso al corriente de que estarían solos en una casa durante once días, hasta que torear a Carmona y, después, se marcharían de Madrid hacia donde acordaran. A Candela le pareció bien y no demostró ningún rubor por estar sola con Rufo, sino todo lo contrario. Era lo que quería, había dado un paso muy grande para estar todo el tiempo junto a Rufo, y pasase lo que pasase, estaba decidida a aprovechar cada minuto que vivieran.

El Carmona les llevó a la casa donde pasarían el tiempo hasta la corrida de Madrid. Les informó de lo que podían hacer y dónde ir. Cerca de la casa, estaba la plaza de toros y también una taberna donde se reunía gente del mundo de los toros, y el parque del Retiro.

Ya en el interior de la casa, cada uno en su habitación, organizaron el equipaje. Antes de marchar, el Carmona,

le ofreció su armario para que utilizara la ropa que quisiera. Madrid no era el campo y así no destacaría. Rufo y el Carmona tenían la misma talla, así que Rufo no tendría problema en utilizar su vestuario.

Lo primero que hicieron al quedarse solos en la casa, fue sentarse frente a una gran ventana. Candela cogió por el brazo a Rufo:

—Qué feliz me siento. ¿Eres feliz? —murmuró Candela.

Rufo, sin quitar la mirada de esos grandes ojos azules, le contestó:

—Si tuviera que definir la felicidad, sería para mí este momento.

Seguramente, era uno de los momentos más felices para ellos, acostumbrados al infortunio en su relación. No sabían cuánto podía durar esa sensación, pero los dos deseaban que en aquel instante, se parase el tiempo. Abrazados, quedaron en silencio, escuchando los sonidos de la ciudad tan diferentes al campo; el imparable trasiego de las gentes, el circular de los vehículos, eran unos sonidos tan distintos. Todo era excitante para ellos. Al mediodía salieron a almorzar, fueron a donde les aconsejó el Carmona. Esta era una sensación nueva para los dos, salir paseando juntos entre la gente y sin ocultarse de nadie. Comer en un local lleno de desconocidos, era verdaderamente fascinante para ellos.

Cuando acabaron de comer buscaron una iglesia. Candela quería rezar por ellos y agradecer a dios lo que estaban viviendo. Rufo no compartía con ella su fe, pero estaba dispuesto a no dejarla sola ni un segundo.

Encontraron una iglesia y entraron a rezar. Candela se arrodilló y Rufo, en pie, permaneció tras ella. Admiraba las pinturas que cubrían el techo del templo, nunca había visto nada igual. Candela le explicó que esas pinturas representaban algunos pasajes de la Biblia. Rufo atendía curioso cómo ella le contaba la historia de un tal Jesús. Él solo tenía nociones de la religión por historias que escuchó a los trabajadores de Los Corrales. Anselmo nunca le habló de ninguna religión, la creencia que le enseñó su padre fue la de hacer siempre lo justo, y nunca mal a nadie.

Según Candela, no era muy diferente lo que él practicaba de lo que ella creía.

Después de la provechosa e instructiva visita a la iglesia, pasaron el resto del día paseando, iban de acá para allá, no paraban de caminar y disfrutar de todo lo que estaban viendo. Era la mejor de las sensaciones. Ellos dos solos en un lugar desconocido, dos personas anónimas. ¿Qué más podían pedir?

Paseando cerca de la plaza de toros, Rufo le contó cómo era por dentro; eso sí que era un templo para él. La nostalgia se apoderó de él cuando le explicó a Candela cómo fue la corrida de toros que vio junto a su padre.

Los dos disfrutaron de un día excelente, pero se hizo tarde y decidieron volver a la casa. Ya en la casa, Rufo demostró sus dotes de cocinero; de algo le había servido vivir con Carmen durante años.

Candela, haciendo un cumplido, comió todo lo que Rufo cocinó, y le felicitó por su habilidad desconocida para ella.

Llegó la noche y como si fueran hermanos más que amantes, se besaron y cada uno se fue a su habitación

a dormir. Seguramente esa noche les costaría conciliar el sueño; las últimas veinticuatro horas habían sido de lo mas ajetreadas. Hasta olvidarían que su aventura, en ese mismo instante, hacía daño a muchas personas.

Madrid, en el año 1930, era una ciudad ideal para pasar desapercibido, muy populosa y en constante crecimiento. Allí en Madrid, las historias de Rufo y Candela se convirtieron en una sola.

Rufo disponía del dinero que Don León le dio con la muerte de Anselmo, aunque el fin de dicho dinero en esos días, no era ni mucho menos en lo que hubiese querido Anselmo, pero ahora pertenecía a Rufo y lo empleaba en su idílica estancia con Candela en Madrid.

Desde muy temprano, salían a la calle. El espectáculo estaba fuera, no paraban de caminar. Querían verlo todo. Comían donde les parecía, y seguían en su deambular por la ciudad. El segundo día de estancia en Madrid, su paseo les llevó a las puertas de una sala de cine; una atracción desconocida para los dos, se pusieron de acuerdo y decidieron entrar a ver aquello que parecía gustar por la gente que entraba al local.

Siguieron a otros espectadores y se sentaron en unas incómodas butacas. Miraron a su alrededor, y había mucha gente esperando la función, igual que ellos. Las luces se apagaron y frente a ellos, como si de la pared saliera, admiraron con sorpresa la película que

proyectaban. Candela ya había oído hablar del cine, pero nunca había visto una proyección. Para Rufo era algo increíble lo que estaba viendo. La película era muda, y de sonido de fondo una música de piano que traía tantos recuerdos a los dos. Mientras atendían la película, Candela explicaba a Rufo que relataba la historia de una heroína española que luchó contra los franceses. Cómo la admiraba, sus conocimientos y todo lo que sabía, en comparación con ella, era un inculto. Él entendía de animales, quizás más que nadie, pero ahora en Madrid era la formación de Candela lo que servía.

A la salida de la sala de cine, los dos estaban maravillados de cómo se podía contar una historia sin decir ni una palabra, coincidieron en que era un espectáculo magnífico. En la puerta les paró un vendedor callejero, llevaba una bandeja con cuerdas colgada del cuello.

—¡Señor! Cómprele algo a la bella señorita —ofreciéndoles los productos que portaba.

Candela eligió lo que para Rufo era un tubo sin atractivo aparente. El regalo en cuestión era un caleidoscopio, que una vez que Candela le explicó su función, parecía gustar más a Rufo, aunque no entendía cómo mirando por aquel tubo podía ver tantas formas extrañas y de tantos colores. Nuevamente, Candela tuvo que explicarle qué era aquello y cómo estaba hecho. Rufo se sentía cada vez más ignorante al lado de Candela, por lo que quedaron en seguir con las clases de escritura que dejaron hacía tiempo por la serie de acontecimientos pasados.

Cada día hacían algo nuevo; paseaban por las calles, corrían por el parque del Retiro como si fueran

niños, montaban en el tranvía y se adentraban en la inmensa ciudad, todo era de cuento de hadas. Vivían un sueño. Estaban casi todo el día fuera de la casa, y volvían cuando entraba la noche. En el interior de la casa ninguno de los dos tenía prisa ningún día por irse a dormir, y cuando se decidían a ir cada uno a su habitación, ya no cerraban la puerta como el primer día. Cada minuto desde sus habitaciones se daban las buenas noches, o se preguntaban si estaban dormidos. Querían alargar el día el mayor tiempo posible, y se resistían a dormir porque era únicamente cuando no se sentían cerca. Y a la mañana siguiente, vuelta a empezar.

Una mañana, cuando salieron a la calle vieron todo lleno de carteles que anunciaban el espectáculo más grande del mundo: el circo. Los dibujos que vieron en los carteles eran tan atractivos, y no pudieron resistir las ganas de asistir a tan singular espectáculo. Allí, debajo de una gran carpa, se sentaron entre padres que llevaban a sus hijos. Ellos eran entonces los niños que debieron ser y por circunstancias no pudieron. Disfrutaron como nunca. Candela se acurrucaba contra Rufo cada vez que los trapecistas hacían sus arriesgados saltos. Rufo quedó asombrado por los animales que allí vio. Animales que no sabía que existían. Los dos rieron como niños con los payasos. Fue un día como pocos en la vida de Rufo y Candela.

Cada hora que pasaba la vivían al máximo, no descansaban, sus ganas de disfrutar y ser felices les impedía sentir la realidad de todo lo que estaban viviendo.

Ellos se encontraban a gusto en cualquier sitio, aunque Rufo en el lugar que se sentía mejor era en el parque. Allí se sentía libre y casi olvidaba todo lo pasado,

pero cuando volvía a las calles nuevamente se acordaba de quién era y lo que estaba haciendo. Su conciencia no le dejaba en paz. Él, que siempre presentía sus penurias, ahora tenía esa intranquilidad que antes tantas veces había sentido. A Candela no le comentaba sus malos presentimientos, no quería alarmlarla. Ella, que todos los días visitaba la iglesia junto con Rufo y rezaba para que tuvieran buena fortuna.

Quedaban ya solo dos días para que se celebrara la corrida de toros en la que intervendría el Carmona y decidieron pasarse por la taberna que estaba cercana a la plaza de toros. Fueron paseando, como cada tarde, disfrutando de todos los momentos posibles. Hasta se atrevían a cogerse de la mano, eran sin duda las personas más felices de Madrid.

Entraron en la taberna taurina, se sentaron en una mesa y admiraron cómo las paredes estaban llenas de carteles de corridas, fotos, dibujos de toreros y personas desconocidas para ellos. Sobre una mesa estaba el cartel que anunciaba la corrida en la que torearía su amigo. Candela leía el texto, ya que Rufo todavía estaba torpe en la lectura. Los dos se alegraban por el éxito que el Carmona estaba teniendo esa temporada.

La taberna estaba muy concurrida, se respiraba ambiente taurino. Casi todo lo que se escuchaba llevaba relación con el mundo torero. En otra mesa del local ocupada por varios hombres, destacaba uno muy elegantemente vestido, que llevaba observándoles un buen rato. Se acercó a ellos y se dirigió a Rufo:

—¡Buenas tardes! Me llamo Martín, les estaba mirando sin ninguna mala intención. Les comentaba a mis amigos que yo le he visto a usted torear.

—Creo que me confunde con otro.

—Pues tengo buen ojo para las caras, ¿pudo ser en una tienda en la finca Los Corrales?

Las caras de Rufo y Candela cambiaron de expresión, se pusieron en pie y ante la sorpresa de aquel hombre salieron de la taberna corriendo como si les persiguiera la muerte. Hasta que llegaron al parque no pararon de correr. Se sentaron en un banco y se miraron. Su mirada entonces no era la de otras veces, era de decepción, de repente despertaron de su sueño y se dieron cuenta que ni en Madrid podrían estar seguros. Decidieron pasar el tiempo que les quedaba en Madrid sin salir de la casa. Antes de abandonar el parque, Candela quiso hacerse una fotografía para que la llevase siempre Rufo. En un puesto improvisado de madera y papel que representaba un arco con un paisaje de fondo. Se colocó para que el fotógrafo le hiciera el retrato. El mismo retrato que habíamos visto Manolo y yo cuando entramos a hurtadillas al molino, el mismo retrato que el viejo Rufo nos enseñó y se le llenaron los ojos de lágrimas. Candela estaba bellísima, su cara, sus grandes ojos, todo en ella era belleza, y así lo sentía entonces Rufo. Él seguía enamorado de aquella niña que vio por primera vez en el establo de Los Corrales, sus sentimientos no habían cambiado ni un ápice desde aquel lejano día.

Aquella noche Rufo y Candela tuvieron la visita del Carmona, que se mostraba nervioso por su estreno como novillero en Madrid. Para él esa corrida era muy importante. Ellos se alegraron de la visita del amigo que ya estaba ultimando los preparativos para su gran debut. El Carmona escuchó cómo entusiasmados le

contaban sus amigos todo lo que habían visto y hecho en estos días, lo felices que se sentían y lo agradecidos que le estaban por su apoyo. Era sin duda el mejor amigo que tuvieron ambos. Esa amistad la demostró de nuevo no engañándoles ni ocultando cómo estaban las cosas por Los Corrales. Les contó que a Rufo le habían denunciado por llevarse a Candela a la fuerza, por matar al semental de Don León, y que la guardia civil los estaba buscando.

Estas noticias, deslucieron la felicidad que estaban viviendo. Pero no podían engañarse, aunque no quisieran pensarlo, tenían muy claro que esa aventura, por más que se empeñasen, no podría ser eterna. Así que solo les quedaba aprovechar el poco o mucho tiempo que durara.

El Carmona pidió a su amigo Rufo que le acompañara en su actuación en la plaza de Madrid; quería tenerle a su lado. Rufo pensativo miró a Candela y aceptó ir con él a la plaza de toros, pero el Carmona tendría que hacer algo por él. Rufo acompañó a su amigo a la calle cuando este se marchaba, desde la ventana Candela miraba a Rufo y al Carmona hablar y darse un abrazo de despedida. Cuando Rufo entró en la casa, Candela no le preguntó nada. No quería saber qué tenía que hacer el Carmona por Rufo, tenía miedo de cuál pudiera ser la respuesta.

Como acordaron en los siguientes dos días no salieron de la casa, ni siquiera durmieron cada uno en su habitación. Estuvieron todo el tiempo juntos en la salita sentados frente a la ventana y abrazados. No tenían idea de qué pasaría después de la corrida que tanto esperaban. ¿Podrían marchar a otro lugar? Y si así fuera,

cuánto duraría hasta que la guardia civil diera con ellos. Estaban en una encrucijada donde no veían solución. En esos dos días se llenaron tanto uno del otro como si se necesitasen para vivir y les sobrara todo lo demás. Sus ojos se buscaban, sus manos enlazadas como si fueran una sola, y sus cuerpos más juntos que nunca.

Eran los primeros días de septiembre. El tan esperado día amaneció con un sol radiante. Rufo y Candela vieron entrar los primeros rayos por la ventana de la salita donde estuvieron casi sin moverse los dos últimos días.

Candela le ayudaba a ponerse bien el cuello de la camisa y la chaqueta del traje que Rufo se puso esa mañana. El Carmona le mandaría un automóvil para recoger a Rufo. Candela esperaba en la casa a que se acabase la corrida y, después, el Carmona los trasladaría a otro lugar tal como lo habían previsto.

Los dos estuvieron en silencio hasta que vinieron a recoger a Rufo. Tenían tantas cosas que decirse, pero en esos momentos sus bocas estaban mudas, y eran sus ojos los que hablaban.

Cuando Rufo se disponía a salir, Candela le dio el crucifijo que ella siempre llevaba en su cuello.

—Pontélo, aunque no creas en él, te protegerá.

Rufo se lo puso y se abrazaron fuertemente, mientras se escuchaba el claxon del vehículo que esperaba en la calle.

—Te quiero.

Era la primera vez que Candela decía esas dos palabras que significaban tanto para Rufo en esos momentos.

Aunque nunca antes las hubiera escuchado, Candela se las había dicho muchas veces con esa mirada que lo cautivó desde el primer momento.

Rufo vio desde la calle, en la ventana, cómo le decía adiós con la mano. Él se despidió cruzando sus brazos y agarrándose los hombros. Mientras se alejaba de la casa no se quitaban la mirada ninguno de los dos, hasta que se perdieron de vista.

Cuántos momentos buenos y malos tenía su historia, aunque Rufo ahora era feliz, de la boca de Candela salió el sentimiento, y se dirigía a cumplir un sueño.

Llegó a un edificio cercano a la plaza de toros donde estaban los tres toreros que participarían esa tarde y sus cuadrillas. El Carmona lo tenía todo dispuesto para que nadie se fijara en Rufo.

El traje de luces que vestiría Rufo era exactamente igual al que llevaría el Carmona.

Rufo conocía el orden del espectáculo a la perfección. Su amigo se lo explicó en Los Corrales muchas veces cuando se intercambiaban conocimientos. Él estaba preparado desde hacía años para esa tarde.

Empezaron a sonar los clarines y trompetas, empezaba el paseíllo. Los toreros desfilaron detrás de los alguaciles que encabezaban el desfile, montados en sus caballos. La plaza estaba a rebosar, esa tarde la mayoría de espectadores conocerían al Carmona que era el principal atractivo de la corrida. Él tenía que torear el segundo y el quinto novillo de la ganadería de Don León.

El primer torero hizo una buena faena, la gente sacó sus pañuelos y el presidente concedió una oreja al novillero.

Llegó el momento cumbre. En la arena estaba el torero esperando a que saliera el segundo novillo. Lo recibió con el capote cogido con las dos manos. Un pase tras otro, hizo en algún momento que el público se levantase de sus asientos, y gritasen esos oles obligados en una buena faena, y aquella empezaba bien.

Se abrieron los portones y salieron los picadores. El torero desde la barrera observaba el enviste del animal al caballo. Cuando acabó la suerte de varas, los banderilleros hicieron su trabajo y con ese toro se lucieron. La gente estaba disfrutando como nunca, el espectáculo estaba superando todas las expectativas. Llegó el tercio de la muleta. El torero se dirigió al centro del ruedo, se quitó la montera y dirigiendo su mirada hacia el cielo, la dejó en la arena. Un murmullo se escuchó en las barreras. ¿Quién era aquel torero? Ante la sorpresa de los que le conocían, vieron que aquel no era el Carmona; era Rufo cumpliendo su sueño.

—Va por ti padre —se escuchó.

Los organizadores no sabían qué hacer, buscaron al Carmona y le amenazaron con no torear más.

—Me da igual no volver a torear. Ha merecido la pena ver en el ruedo a quien le debo la vida.

Les contestó el Carmona. La mayoría de la gente que llenaba la plaza no se enteraba de nada y estaba disfrutando con el espectáculo. Rufo estaba acabando con la muleta demostrando su arte torero. La magnífica faena que los espectadores tardarían mucho en olvidar.

Rufo se acercó a la barrera y de manos de su amigo cogió el estoque con el que tendría que dar muerte al animal.

—Gracias amigo, te tengo en mi corazón —le dijo Rufo al recoger el estoque.

—Quien tiene que dar las gracias es toda esta gente por la faena. ¡Suerte! Compañero —le respondió el Carmona, que gritaba desde el burladero.

—En la arena hay un buen hombre. ¡Torero!

Rufo preparó al toro y se colocó frente a él. En la plaza el silencio era absoluto. Con la muleta ligeramente doblada y la espada levantada a la altura de su pecho, un leve grito y movimiento, incitaron al toro que acudió al encuentro de Rufo. Recibió la mortal estocada y todo el acero clavado en el animal. Rufo recogió la muleta debajo de su brazo y se dirigía hacia la barrera, cuando frente a él, en el público, vio en pie a Don León y al señorito Julián. Tanta fue su sorpresa, que no oyó los gritos de la gente cuando el toro en su último suspiro arremetió contra él. Rufo fue lanzado por los aires y cayó a la arena de forma estrepitosa. El Carmona se lanzó al ruedo al quite del animal, los otros toreros hicieron lo propio para que el toro no se ensañase con Rufo. Cuando lo llevaban a la enfermería, le dio tiempo a Rufo a ver cómo el toro se derrumbaba y caía muerto en la arena entre las ovaciones del público. El Carmona preocupado fue junto a su amigo. Más tarde, después de que lo vieran los médicos, Rufo solo tenía magulladuras por todo el cuerpo. Afortunadamente no recibió ninguna cornada y sus lesiones se curarían con reposo. El Carmona le informó que la Guardia Civil estaba en la puerta de la enfermería, y que él le ayudaría a escapar. Rufo desanimó a su amigo, sabía que el mejor camino era entregarse y así se solucionaría todo.

—No te preocupes Carmona, no pasa nada. Es mejor así.

El Carmona no entendía cómo ahora se daba por vencido. Él siguió intentando convencerle para escapar. Pero Rufo no quería continuar con más problemas que arrastraban a Candela, y ahora a su amigo. Él insistió que era lo que debía hacer, pasase lo que pasase.

—Solo hazme un último favor. Cuando veas a Candela, dile que la quiero desde el día que la vi, que siempre la he querido, y siempre la querré.

El Carmona se comprometió a ello.

La Guardia Civil pidió a todo el mundo que saliera. Antes de irse, el Carmona y Rufo, se dieron un fuerte apretón de manos. En la enfermería quedó solo Rufo y la guardia civil y en aquel momento entró el señorito Julián.

—Estarás contento por el daño que le has hecho a mi familia.

Rufo no decía nada. Ni siquiera le miraba.

—Extranjero, te dije que te marcharas y no me hiciste caso, ahora vas a pagar todas juntas.

El señorito Julián se enfurecía de ver que a Rufo no le afectaban sus palabras. Se acercó a él y le agarró zarandeándole.

—Ya sabía yo cuando llegaste a Los Corrales con el mendigo de tu padre, que traerías infelicidad.

Entonces Rufo reaccionó. Se incorporó y se liberó de los zarandeos del señorito Julián, agarrándole por el cuello:

—¿Infelicidad? Esa te la buscas tú solo por esa vida de mierda que llevas, por no relacionarte con nadie, por pensar que todos somos poco para ti. Yo he sido en

diez días más feliz de lo que serás tú el resto de tu vida, así que púdrete.

Y lo empujó tirándolo al suelo. La Guardia Civil se puso en medio de ellos evitando la refriega.

Después del altercado, la Guardia Civil se llevó arrestado a Rufo. Cuando salía de la plaza de toros escuchaba el griterío de los espectadores, la música de los clarines, y en su cara la satisfacción de haber realizado un sueño.

Por fin llegaba el capítulo en el que el viejo nos contaba que estuvo preso. La verdad que no se entretuvo mucho en ese tiempo. Seguramente pensó que no sería tema para escuchar por unos niños, así que pasó por alto casi toda su estancia en la cárcel. Solo nos contó, cómo el señor Germán influyó para que no recibiera visitas, y que su estancia no fuera muy placentera. Pero si tuvo una visita la de Don León. Llevaba Rufo tres años de condena cuando le llamaron para recibir una visita. Rufo se sorprendió. En tres años no había visto a nadie del exterior. Fue al cuarto que le indicaron y, allí, tras de las rejas, estaba Don León. Rufo no sabía qué hacer, él solo podía escuchar, allí tenía prohibido comunicarse con la gente libre.

Don León llegó a Madrid por algún negocio y aprovechó para visitar a Rufo. Él tenía el privilegio de poder visitarlo.

—Rufo, imagino que no estás bien. Quiero decirte que yo no tengo nada que ver en tu condena, yo retiré mi denuncia. Fue mi cuñado Germán quien se empeñó en que tu castigo fuera severo. Ya sé que no puedes hablar, y sé que esto no durará mucho. Cuando salgas de aquí, vuelve a Los Corrales, allí todavía tienes tu casa. Piensa en ello Rufo.

Rufo escuchó a Don León. Era lo más cerca de la realidad que había estado en los últimos tres años, en los que estaba viviendo una verdadera locura.

Él se lo pensaría, tenía mucho tiempo allí dentro para pensar, y total, ¿por qué? ¿Cuál fue su delito? Enamorarse y soñar. Qué delitos tan atroces le privaban de la libertad.

Rufo no nos contaba detalles de su estancia en la cárcel, solo que su único pensamiento era Candela, y la única ocasión que tuvo de preguntar a alguien por ella, no pudo hablar. Así pasó año tras año.

A la cárcel llegaban pocas noticias del exterior, pero algo estaba ocurriendo fuera. Lo que se escuchaba allí no eran muy buenas noticias. El ambiente político de la época no estaba muy bien y algún preso se aventuraba a predecir que eso acabaría en una guerra.

Rufo tenía conocimiento de la primera guerra mundial por las historias que escuchó a Anselmo contar tantas veces, y por la película que vio con Candela. Para él, era increíble que la gente quisieran matarse unos a otros, sobre todo por no pensar igual. En la cárcel estaba ocupada por presos de todas las doctrinas políticas; falangistas, republicanos, etc. Rufo no tenía problema con ninguno. A él no le importaba cómo pensase cada uno, si no hacían mal a nadie. Él no entendía de política, pero notó cómo aquellas confusas noticias que llegaban del exterior, cambiaban la aptitud de los presos, que se enzarzaban en absurdas peleas por motivos que Rufo no llegaba a comprender.

Ya había pasado Rufo casi seis años en prisión, era el verano de 1936. Las noticias que les llegaron de fuera,

no eran muy buenas. Se inició en el exterior la tan temida y anunciada guerra. En la cárcel los tumultos crecieron y las distintas maneras de pensar que durante años no fueron motivo para peleas, ahora eran la causa principal para la discordia.

Pasaron unos días desde que llegó la noticia del inicio de la guerra. Era un día de agosto muy caluroso. Los presos estaban en sus celdas cuando se escuchó un tumulto que no era habitual. Por las rejas de la celda de Rufo entraba el sonido de gritos y disparos, la guerra llegaba a la cárcel. A Rufo le entró pánico, creía que ahí acabarían sus días. Se escuchaban gritos de súplica y de dolor capaces de aterrar a cualquiera. Rufo escuchaba el jaleo cada vez más cerca de su celda. Se acurrucó en un rincón, tapándose la cara con las manos pensando que llegaba su fin. Ya estaban abriendo la puerta de su celda, cuando escuchó:

—A este no le hagáis daño. Es mi amigo.

Rufo levantó la mirada y vio a varios hombres con armas en las manos. A primera vista no conocía a ninguno. Uno de aquellos hombres se acercó a él y le tendió la mano para ayudarlo a levantarse. Al mirar a los ojos del hombre que le ayudaba, reconoció a su amigo Carmona. Los dos se abrazaron, el Carmona estaba algo cambiado, en su rostro lucía una tupida barba, y sus vestimentas parecían más ropa de trabajo que un uniforme. No eran tan elegantes como las que llevaba hacía seis años.

—Tranquilo Rufo, somos milicianos.

Le informó el Carmona, cosa que no le decía nada a Rufo que estaba sorprendido de ver a su amigo con aquellos hombres y, sobre todo, con un arma en la

mano. Mientras salía del recinto de la cárcel, vio la incomprendible desolación y muerte que quedaban tras él. Rufo siguió a su amigo Carmona. En el grupo en el que iban Rufo y el Carmona, iban tres milicianos más. Anduvieron siempre escondidos hasta que salieron de la ciudad y llegaron a lo que parecía un refugio. Había allí otros milicianos. Era el momento de que el Carmona le explicara a Rufo la situación. La verdad era que tenían muchas cosas que decirse y al parecer el Carmona muchas más. Antes de que le preguntara nada Rufo, su amigo empezó a hablar. Le contó que cuando detuvieron a Rufo, a él tampoco le fue muy bien, le quitaron todos los apoyos que tenía como novillero. No llegó a tomar nunca la alternativa como matador, su prometida lo dejó, y así, poco a poco, tuvo que trabajar de casi todo para sobrevivir. Le contó como el mundo de los toros estaba pasando un mal momento en los últimos años, y que se había unido a los milicianos para defender su país de los rebeldes que querían el poder por la fuerza. Cuando se enteró de que milicianos asaltarían la cárcel, se presentó voluntario para ir con ellos, porque allí estaba su amigo Rufo, al que intentó visitar en varias ocasiones y nunca se lo permitieron.

Rufo seguía confuso. Escuchaba incrédulo cómo su amigo se había unido a una especie de ejército que parecía una banda de malhechores. No comprendía cómo el Carmona participó en el asalto a la cárcel, donde mataron a otros presos por no sé qué razón.

El Carmona siguió explicando cómo y por quién empezó la guerra, y que él estaba dispuesto a dar su vida combatiendo contra los rebeldes. Rufo escuchaba con suma atención, pero lo que él verdaderamente

quería escuchar su amigo no le contaba, así que le preguntó:

—Y Candela. ¿Dónde esta?

El Carmona estaba seguro de que Rufo le preguntaría por ella. Aunque pasaran mil años, tenía la certeza que Rufo no la olvidaría. Le contestó que no tenía noticias de ella. Hacía años que no la veía. Después de la corrida de toros y que la Guardia Civil detuviera a Rufo, el Carmona fue a la casa donde ella esperaba. Estaba acompañada de su padre, el señor Germán. Ella lloraba sin parar, ya sabía la noticia de la detención de Rufo. Por el Carmona se enteró de que esa tarde Rufo había cumplido un sueño, al poder brindarle un toro en la plaza de Madrid a Anselmo. Supo también de la cogida y que no eran graves los daños que le ocasionó el toro. Candela le dio una carta al Carmona y le mandó a recoger la fotografía que días antes se hizo en el parque. Ella sabía que cuando pudiera Rufo se encontraría con el Carmona y este le entregaría la carta. Él, por su parte, también le dio a Candela el último encargo que Rufo le pidió en la enfermería. Esa fue la última vez que el Carmona vio a Candela, como no pudo llevarle la carta y la foto a la cárcel, el tiempo pasaba y no tenía claro poder continuar en Madrid. Fue a Los Corrales y dejó el encargo a la buena de Carmen.

Rufo quería ir en busca de Candela. El Carmona lo convenció para que se quedara con los milicianos. No eran buenos tiempos para ir deambulando un hombre solo por Madrid. Le aconsejó que esperara un tiempo hasta que se calmase la situación, y él le ayudaría a buscarla. Rufo accedió a quedarse, pero él no llevaría

ni uniforme, ni armas. Se encargaría de cuidar a los caballos de los milicianos y hacer el rancho, pero él no mataría a nadie. Los demás milicianos del grupo aceptaron también las condiciones de Rufo.

El grupo de Rufo y el Carmona, siempre estaba en las proximidades de Madrid. Cada día se desplazaban a un lugar distinto, y de vez en cuando, entraban en la ciudad para alguna operación y más tarde volvían a esconderse en las afueras. Este grupo lo mandaba un tal Ramírez, duro con sus hombres y cruel con sus enemigos. Cuando realizaban alguna operación, Rufo no intervenía. Él siempre esperaba con los caballos.

Una noche, después de una misión, llegaron a un refugio en el que Rufo no había estado antes. Allí estaban ocultos otros republicanos. De la oscuridad salió el que mandaba a los otros milicianos.

—Esto parece la milicia de los toreros.

Rufo y el Carmona miraron a aquel hombre desconocido que se acercó a ellos.

—Quién me iba a decir a mí, que os volvería a ver a vosotros dos.

Ellos creían no conocerle y él se presentó:

—Me llamo Martín, y nos conocimos en Madrid hace tiempo. —Rufo entonces se acordó. Era el hombre bien vestido que los descubrió en la taberna taurina durante su escapada.

Martín se dirigió a los demás milicianos en voz alta.

—Mirad a estos dos rufianes, hace seis años me hicieron pasar la mejor tarde de toros de mi vida.

Los otros milicianos escucharon como su jefe les contaba la historia de aquella corrida. Los que eran de

Madrid, ya habían escuchado la hazaña de un extranjero que toreo y mató a un semental, y más tarde, en la plaza de Madrid mató a un novillo sin ser torero. Todos se alegraron de conocer a los protagonistas de aquella historia que circuló por la ciudad hacía años. Para Rufo y el Carmona, era gratificante que alguien les recordara esa parte de sus vidas en la que compartieron tan buenos momentos.

Martín tenía las noticias más actuales de Los Corrales. Les explicó cómo el señorito Julián se alistó en el ejército, y cómo estaba en el bando rebelde junto a su tío el Capitán Germán. Don León, en cambio, permanecía en la finca, y suministraba ganado para carne al que se la pagara fuera republicano o rebelde.

A la insistencia de Rufo por saber de Candela, Martín no pudo responder, no la vio en Los Corrales y no sabía dónde se encontraba.

Martín, cuando conoció a Rufo hacía seis años, además de ser un gran aficionado al toreo, estaba relacionado con la política. Por eso, como él decía, era el tiempo de dejar las palabras para defender España con sus manos.

Del grupo de Martín se les unió una mujer: Julia, que antes de estar en la milicia era universitaria, pero la precipitación de los acontecimientos, impidió que acabase sus estudios, anteponiendo la lucha por la libertad a su cómoda vida de estudiante. Ella conectó muy bien con Rufo y el Carmona. Con este último, su relación acabó en romance. Qué contradicción; amor en guerra. Rufo era un apoyo para ellos, pero él no tenía la suerte del Carmona, no sabía nada de Candela; ¿dónde estaría? Si todavía sentía algo por él, o quizás

seis años eran mucho para esperar que ella siguiese recordándole.

Rufo se encontraba muy bien con Julia, nunca habría imaginado conocer a una mujer tan valiente, no se echaba atrás, siempre estaba dispuesta a cualquier cosa por sus ideales. Rufo sentía en sus amigos la felicidad que para él estaba prohibida. Se alegraba de que Julia y el Carmona, entre todo aquel caos, se pudieran decir de vez en cuando te quiero. Esas dos palabras que escuchó de boca de Candela la última vez que la vio, palabras que retumbaban en su cabeza. Él, llevaba siempre colgada del cuello la cruz que ella le dio aquel día hacía seis años. Echaba de menos todo lo pasado, la paz del campo, los paseos por los prados, el estar tumbado a la orilla de la laguna mirando las estrellas, esos recuerdos y la esperanza de volver a encontrarse con Candela. Eran lo único que lo mantenía cuerdo. Pero a pesar de que todos esos recuerdos que ahora le quedaban tan lejos, él se aferraba a ellos mientras vivía el infierno de la guerra.

La contienda, lejos de aminorar como deseaba Rufo, se iba recrudeciendo cada día más. Los hombres y mujeres que formaban las milicias, eran en su mayoría trabajadores y gente del pueblo que daban su vida heroicamente por defender España del ejército rebelde. Ejército que estaba más disciplinado y preparado para la guerra.

Las noticias que llegaban a las milicias de Madrid no eran muy halagüeñas. Los rebeldes, cada día más fuertes, conquistaban una porción de la piel de toro.

Rufo observaba, casi siempre mudo, el cruel momento que le estaba tocando vivir, compañeros que caían muertos en combate, otros fusilados en cualquier lugar. Cuántos hijos ya no volverían a ver a sus padres, cuántas madres ya no podrían abrazar a sus hijos, y, ¿por qué? Él no entendía cómo se podía desencadenar algo así y no pararlo antes. Pero ya era tarde, quien hizo el levantamiento militar, parecía imparable.

El tiempo pasaba y el grupo de Ramírez seguía en los alrededores de Madrid y alguna vez coincidían con Martín y sus hombres. A la luz de las hogueras se contaban sus últimas experiencias, se intercambiaban tabaco y alimentos, bromeaban por cómo un

argentino estaba tan lejos de su patria jugándose el pellejo por España. La camaradería era admirable. Rufo no entendía cómo aquellos hombres y mujeres, cansados y hambrientos más de una vez, no abandonaban su lucha. No lo entendía, pero sin querer, él compartía esas ganas de luchar contra la injusticia. Aunque él no quisiera hacerlo con armas en las manos, siempre estaba con sus compañeros por muchos disparos que escuchase y por más peligro que hubiera, Rufo siempre estaba allí. Todos le reconocían su valor de no querer llevar armas, aunque alguna vez podrían salvarle la vida. Pero lo que le agradecían todos eran las comidas, que con los escasos alimentos de los que disponían, él les preparaba.

Madrid ya estaba siendo bombardeado constantemente. Cuando Ramírez llevó a sus hombres y mujeres a combatir en la capital, Rufo, como siempre, se quedaba en la retaguardia. Aquel día los enfrentamientos eran más encarnizados que otras veces, los aviones no paraban de lanzar su mortal carga sobre la ciudad y cercanías. Rufo esperaba ya más que de costumbre. Sus compañeros no acudían y él se impacientaba. Siguió esperando durante algunas horas, pero sus compañeros seguían sin aparecer. Se planteó salir de Madrid e ir a pedir ayuda, pero él no podía dejar allí a sus amigos, así que se introdujo en la ciudad ocultándose entre los edificios en ruinas, y buscó a sus compañeros. Se movía con rapidez, ya que el sol se estaba escondiendo, y si se hacía de noche, sería más difícil encontrarlos.

El espectáculo que vio Rufo era dantesco; entre todos aquellas casas derruidas estaban los cuerpos sin vida del grupo de Ramírez. Rufo no encontraba a Julia y al

Carmona. Los buscó entre los escombros y no muy lejos de los otros, los encontró. Rufo se acercó a ellos. El Carmona estaba vivo, pero en su cuerpo tenía varios impactos de disparos. Estaba apoyado con su cuerpo en una pared y en el suelo sobre sus piernas se encontraba el cuerpo sin vida de Julia. Rufo quiso ayudar a su amigo que le pidió que le dejara. Él no podía dejar a su amigo moribundo en aquel lugar. Retiró a Julia de sus piernas, a pesar de que el Carmona no quería separarse de ella. A Rufo le dolía dejarla en aquel lugar, pero ya no se podía hacer nada por ella. Cargó con su amigo y esquivando la refriega con la ayuda de la oscuridad de la noche, salió de la ciudad. Tuvo que andar varios kilómetros con el Carmona a cuestas hasta que llegaron a las proximidades del refugio de su amigo Martín. El Carmona, ya sin fuerzas, le pidió que le dejara en el suelo, su vida se estaba escapando y Rufo no podía hacer nada por evitarlo.

—Rufo, amigo mío, me estoy muriendo y no quiero. No llores por mí, llora por los que aún caerán para que en este país haya paz.

—Tranquilo amigo, aguanta un poco más y veremos juntos el final de la guerra.

—Hazme un favor; que en mi tumba escriban mi nombre: Diego Carmona.

El Carmona era consciente que estaba viviendo sus últimos instantes. Sus manos y las de Rufo apretaban las gorras contra su pecho, intentando impedir que el Carmona se desangrara, pero las heridas eran graves, y había perdido mucha sangre.

—Rufo, cuando acabe esto, si vuelves a torear, demuestra cuánto vales, amigo. Lo que tú tienes, es para hacer feliz a los demás.

Rufo se resistía, pero sus lágrimas no dejaban de caer de sus ojos. En aquellos momentos no podía demostrar ninguna fortaleza, su amigo se moría allí en la oscuridad de la noche, parte y como única compañía Rufo.

Antes de morir, el Carmona le confesó un secreto: que él creía en dios y que quería morir en paz con él. Creo que en esos momentos se arrepentía de todo lo que él consideraba que había hecho mal, pero de su boca no salió ninguna frase de arrepentimiento. Rufo se quitó la cruz que llevaba al cuello y la puso en la mano de su amigo. El Carmona la agarró fuertemente y cerró los ojos mientras susurraba:

—Rufo, busca a Candela, encuéntrala y se feliz.

Esas fueron sus últimas palabras, Rufo se abrazó al cuerpo muerto de su amigo, gritando de dolor y rabia. En aquel lugar, aún permaneció un buen rato junto al cuerpo del Carmona sin vida. El refugio de Martín estaba cerca, cargó de nuevo con el Carmona hasta que llegó al lugar donde se encontraban los otros milicianos. Los hombres y mujeres que formaban el grupo de Martín se apenaron por la pérdida de sus compañeros, pero la guerra continuaba y debían seguir luchando para que las muertes de Julia y el Carmona no hubieran sido en balde.

A la mañana siguiente, con los primeros rayos de sol, el Carmona era enterrado junto a otros que cayeron antes que él. En su tumba, clavaron un trozo de madera con su nombre escrito, como él quiso. Todos los guerrilleros animaron a Rufo, él por estar más unido al Carmona y a Julia sentía más que nadie la pérdida. Por esto, Rufo decidió dejar a los milicianos e intentar marchar a Argentina, alejarse de esa cruel guerra

sin sentido. Pero Martín no le dejó, era el jefe y no podía prescindir de nadie, no era buen momento para intentar cruzar España, las noticias seguían siendo malas para ellos.

Rufo aguantaba con el grupo de Martín, seguía haciendo las mismas cosas que en su antiguo grupo de milicianos, y mientras, confiaba en que la guerra terminara lo antes posible.

Martín y parte de su grupo tenían que entrar en Madrid para cumplir una misión de información, aparentemente casi sin peligro. Tenían que localizar al ejército rebelde e informar de su situación al ejército de la República. Esta misión le llevó dos días cumplirla, todo fue sin problemas y regresaron los mismos milicianos que partieron. Rufo en esa ocasión fue de los que se quedaron en el refugio. Cuando el grupo volvió, Martín buscó a Rufo, que estaba cuidando a los pocos caballos que les quedaban.

—¡Rufo! Traigo buenas noticias para ti.

—¿Para mí? ¿De qué se trata?

Martín le contó cómo en su misión en Madrid, vio a la hija del capitán rebelde, y que pudo hablar con ella.

Rufo dejó todo lo que tenía en las manos, lo que estaba escuchando era maravilloso.

—¿La viste? ¿Cómo está? ¿Qué te dijo?

Insistía Rufo, no dejando hablar a Martín, que le contó cómo la vio cuando salía de una casa, Martín la llamó:

—¡Señorita! ¡Señorita!

Y ella, no conociéndole, salió huyendo. No paró de correr hasta que Martín le gritó:

—Soy amigo de Rufo.

Él le explicó que Rufo estaba cerca de Madrid, y que se preocupaba por ella. Según las palabras de Martín, ella rompió a llorar, le informó a Martín que tenía que abandonar Madrid, pero estaría en el mismo lugar donde la dejó Rufo. Esperaría hasta la tarde del día siguiente, que la sacarían de Madrid junto con otros civiles, por que el conflicto ya era muy intenso en la capital.

Rufo se alegró de las noticias que le traía Martín, pero ese era el día que se marchaba Candela y no estaba dispuesto a perderla de nuevo.

Martín, esa vez no intentó impedir que Rufo fuera al encuentro de Candela. Sabía que no podría pararle. Le aconsejó que tuviera cuidado porque Madrid estaba sometido a un brutal castigo, y le pidió que volviera. Su presencia era importante motivaba mucho a sus compañeros que un argentino estuviera con ellos.

Rufo se apresuró a partir al encuentro con Candela, aún tenía unas horas antes de que ella desapareciera otra vez de su vida.

Al llegar a la ciudad, el bombardeo y los disparos eran intensos por todos los rincones. Él tenía que ir esquivando todo tipo de obstáculos que se interponían en su camino. Cuando escuchaba el terrible sonido de los aviones, se ocultaba cerrando los ojos y deseando que las bombas cayeran lejos.

Mientras corría por la ciudad, veía la destrucción y muerte que dejaban a su paso los aviones alemanes del ejército rebelde, edificios derribados, muertos por las calles, gente huyendo y buscando refugio. Este sería un día que Rufo recordaría con rabia el resto de su vida.

Llegó a la calle donde se encontraba la casa en la que vivió su aventura con Candela. Todo era diferente. Casi no quedaba nada en pie, y la casa de ella también estaba muy dañada. A Rufo le separaba unos metros de su amor, entre ellos unas barricadas y detrás de ellas, se veían las destartadas ventanas. En una de ellas la figura de Candela.

—¡Candela! ¡Candela! ¡Candela!

Gritaba Rufo entre todos aquellos sonidos de muerte, mientras intentaba saltar la barricada.

—¡Candela!

Seguía gritando una y otra vez. Candela escuchó la voz de Rufo y lo buscó con la mirada. Él estaba en lo alto de la barricada cuando se juntaron sus miradas. Rufo volvió a ver esos ojos con los que llevaba más de seis años soñando. Candela se acercó a la ventana y le sonrió. Cuánto tiempo llevaban esperando el momento de estar nuevamente juntos, y ahora, por fin, estaba tan cerca.

Rufo escuchó una fuerte explosión y la luz se fue de sus ojos. Todo quedó en la más absoluta oscuridad, y de repente, se hizo el silencio.

Entre el silencio y confusas figuras Rufo escuchaba la voz de Candela. Por más que la buscara no la veía, solo escuchaba su voz.

Cuando dejó de oír la voz de Candela, despertó. Sentía un fuerte dolor en su pierna derecha. Se encontraba en una sala donde estaban otros hombres en camas. Desde allí se seguía escuchando el siniestro sonido de la guerra. ¿Dónde se encontraba? ¿Qué era aquel lugar? ¿Dónde estaba Candela? Se preguntaba. Él no recordaba nada, no sabía qué había pasado, ni cómo había llegado a aquel lugar.

Pronto le informaron que sus lesiones no eran graves excepto las de la pierna derecha que corría peligro de perderla. Afortunadamente, no fue así, pero lo que verdaderamente le importaba era saber de Candela. Él preguntó a todos los que le trataban. Nadie sabía responder, hasta que pudo hablar con los que lo sacaron de los escombros después del bombardeo. La duda de dónde estaba Candela quedó resuelta. Cuando lo rescataron era el único superviviente, todo quedó destruido y nadie más con vida. El dolor, la rabia eran incontenibles, se apoderó de él la más profunda de las tristezas. Pensaba que su vida ya no tenía sentido, esta vez había perdido a Candela para siempre. A su cabeza vinieron los momentos que vivió con ella. No podía ser cierto que faltara de nuevo de su lado, él no quería creerlo.

Entre el dolor de sus heridas, y la pérdida de Candela, su salud se empeoró gravemente. Los que lo cuidaban pensaron que Rufo moriría, porque él no quería curarse, y no tenía ganas de vivir. Afortunadamente, Rufo mejoró.

La pena de Rufo por la pérdida de Candela, duraría el resto de su vida, y esa pena era lo que le impedía recuperarse. Las heridas externas con el tiempo sanarían, pero las del corazón no cicatrizarían nunca.

En el improvisado hospital, colaboraba como enfermera María, una mujer que perdió a su marido en los combates. Ella ayudaba a Rufo en su recuperación que duraba más de lo normal. Rufo, desmotivado y hundido, no se esforzaba nada en mejorar. Él pensaba que sería un inválido el resto de su vida y que no serviría para nada.

Como los combates eran cada vez más fuertes en la capital, trasladaron a los enfermos fuera de Madrid. El hospital lo ubicaron en lo que fue una gran mansión, que también mostraba las huellas de la guerra, estaba bastante deteriorada y abandonada. Allí en el hospital que se convirtió la vieja mansión, alejados de los combates, Rufo conoció a otros extranjeros que combatieron en uno u otro bando, dejaron su país para luchar en España. Algunos con convicciones diferentes. Supo que algunos eran fascistas, otros rojos, pero allí todos eran iguales. A las personas que cuidaban y curaban a los heridos no les importaba de qué bando

llegaban. Más tarde, cuando sanaban, algunos volvían al frente, otros al paredón, y así la guerra se acercaba a su fin.

El hospital también se convirtió en un cuartel del ejercito nacional, con soldados que venían del frente y allí tomaban el relevo de otros que marchaban a la lucha. Esos pocos militares estaban mandados por el brigada Parra. Rufo veía a los soldados desde el interior del hospital, ya había pasado mucho tiempo y la recuperación de Rufo iba muy bien. La ayuda de la enfermera María, influyó mucho en su mejora. Pero lo que fue determinante para que Rufo se decidiera a salir a la calle ayudado por un bastón, fue su amor hacia los animales.

Desde el interior del hospital se escucharon unos disparos. Rufo le preguntó a María qué ocurría fuera, ¿por qué se oían disparos?

María le contó que a los caballos heridos se les sacrificaba, y se empleaban para alimento. Rufo salió al exterior con esa minusvalía que padecería toda su vida, y que entonces no parecía motivo suficiente para impedir que ayudara a algún animal. María no podía dar crédito. Rufo, que se resistía a hacer nada para mejorar, estaba en la calle con los caballos heridos, pidiendo al brigada Parra que le permitiera curar a los que tuvieran remedio. El brigada accedió porque su caballo era uno de los heridos, y gracias a los cuidados de Rufo, sanó.

Este trabajo motivó mucho a Rufo. Empezó a tallar de nuevo figuras de madera que luego regalaba a cualquiera. Se estaba recuperando poco a poco. Llegó incluso a confiarle a María sus secretos; cómo perdió a la

mujer de su vida, y que estuvo con la milicia republicana. María también se sinceró con él y se hicieron cómplices de sus parecidas desgracias.

Seguramente, si se hubieran conocido en otras circunstancias, su relación hubiera sido diferente. Rufo no buscaba a nadie que reemplazara a Candela, no quería olvidar ni un segundo lo vivido con ella, ni los recuerdos, ni las pesadillas. Él quería que todo lo que estuvo relacionado con ella, perdurara.

Él fue siempre tratado en el hospital como civil, ya que cuando lo encontraron no vestía uniforme, ni portaba armas, nadie se preocupó entonces de si era de un bando u otro. Pero con la llegada del brigada Parra esto cambió. El brigada sospechaba que Rufo hubiera estado con los republicanos, y constantemente lo interrogaba. Siempre lo estaba poniendo a prueba para pillarlo en algún fallo. Pero Rufo, con su prudencia y silencio, no le daba motivos para que lo mandase al paredón como hacía con los republicanos que capturaban sus soldados. Precisamente, por los soldados que venían del frente, Rufo se enteró que el padre de Candela, el capitán Germán, murió heroicamente en combate, y que el señorito Julián estaba en primera línea, a petición propia.

Rufo se entretenía con lo que mejor sabía hacer; cuidar de los animales, a más de un caballo le salvó de ser convertido en carne. Ya se defendía bastante bien, aunque se tenía que ayudar de un bastón para caminar. Esto era un motivo más para el silencioso dolor que estaba sufriendo. Llevaba toda la vida a su lado la fatalidad que no le dejaba tranquilo, como si fuera su sombra estaba siempre presente en todas las situaciones de su

vida. Aún tendría que compartir muchos momentos con ella, y poco antes de acabar la guerra, vivió otro de los momentos más duros.

Al cuartel hospital, llegó el camión que tantas veces traía hombres y mujeres que acababan junto a una pared fusilados. Rufo había visto el vehículo llegar con gente muchas veces, pero esta vez era diferente; a los hombres y mujeres que traían, él los conocía. Eran Martín y su grupo y su final sería probablemente como el de tantos otros que les precedieron. Rufo no podía ver a sus amigos así, pidió ayuda a María, no quería que sus compañeros acabasen muertos. El final estaba próximo y ellos merecían vivir. No pensaba igual el brigada Parra que dispuso todo para ejecutarlos lo antes posible. Rufo le pidió al brigada que hiciera un acto de benevolencia y que les perdonara la vida. Él no accedió y se interesó por la insistencia de Rufo en salvar a esos republicanos precisamente.

Martín y su grupo vieron a Rufo entre todos aquellos soldados enemigos, seguramente se sorprendieron, pero ninguno dijo nada que pudiera perjudicar a Rufo. Ellos tenían la certeza de que Rufo no era ningún traidor.

El brigada ordenó que los pusieran en la pared y que se prepararan para el fusilamiento. Rufo, impotente por no poder evitar la muerte de sus amigos, hizo seguramente el gesto de valentía más grande de su vida. Se encaminó hacia los que esperaban ser fusilados, y se puso al lado de Martín confesando al brigada Parra que él era uno de ellos, y si ellos morían, él moriría con ellos. Una mueca de satisfacción se notó en el rostro del brigada, confirmando sus sospechas. Entonces

Martín se dirigió al brigada diciendo que él no quería morir al lado de un fascista. Rufo lo miró con sorpresa; no daba crédito a lo que decía Martín.

—Este hombre ha estado toda la vida trabajando con el terrateniente de Los Corrales Don León. Es amigo de su hijo, el soldado fascista Julián, y está relacionado con la hija del capitán Germán. Este hombre es un fascista como usted, y no merecemos morir a su lado —dijo gritando Martín.

El brigada era cruel pero él creía en su justicia, y no quería fusilar a Rufo si no era uno de ellos. El brigada agarró de la camisa a Rufo, dándole un tirón tan fuerte que le rompió los botones dejando al descubierto la cruz que llevaba al cuello. La cruz que le dio Candela, y que Rufo puso en la mano de su amigo Carmona cuando murió. El brigada Parra cambió de cara cuando vio la cruz. Pensaría que los quemar iglesias no podrían llevar una al cuello. Lo sacó de la fila y le empujó arrojándolo al suelo. Dejando a Rufo caído en la tierra dio la orden de fuego. Los soldados apretaron los gatillos de sus fusiles. Aquellos hombres y mujeres cayeron muertos ante la mirada de Rufo, que no pudo ya hacer nada para impedirlo. Se intentó incorporar con rabia insultando al militar. El brigada con una sonrisa en su boca le propinó una patada que lo dejó inconsciente. María, con ayuda de los soldados, lo recogieron y lo metieron en una cama en el hospital. Mientras María le curaba, Rufo despertó. Su rabia e impotencia eran grandes, maldijo mil veces al brigada Parra, y se sintió más inútil que nunca. Su invalidez le impidió dar el castigo que se merecía a ese hombre tan cruel. María le consoló diciendo que la lección que le

habían dado al brigada aquellos hombres y mujeres era bastante. Martín, al mentir y los otros, al callar consiguiendo que Rufo viviera.

Al día siguiente del fusilamiento, llegó un soldado al hospital para informar que la guerra había terminado. Todos se alegraron, los soldados, los heridos, las enfermeras, porque volverían a sus casas. Rufo sin embargo no tenía dónde ir. El ejército nacional fue el vencedor, que incomprensible era todo, los que antes eran rebeldes ahora eran justos, y los que fueron justos cuando acabó la guerra eran rebeldes. El hospital volvería a ser de nuevo una mansión. Sus anteriores inquilinos ya estarían felices de camino. Los militares levantaron el campamento. Rufo vio partir al brigada Parra montado en el caballo que él mismo curó. Antes de perderlo de vista, el brigada se paró y saludó a Rufo levantando su mano hacia la sien, como si reconociera en Rufo a otro militar.

En poco tiempo, quedó todo desmontado y se dispusieron a partir. María le pidió a Rufo que se fuera con ella, en otro lugar empezarían de nuevo y olvidarían todo lo pasado que les había hecho tanto daño a los dos. Pero Rufo no quería olvidar nada de lo ocurrido, aunque le agradeció el ofrecimiento. Él seguiría otro camino, no sería buen compañero para ella, porque no podría sentir nunca amor por otra mujer. Siempre amaría a Candela, aunque a María la llevaría en el corazón. Con tristeza se despidieron, esa sería la última vez que se verían

Después de la guerra, Rufo deambularaba por Madrid. Pensaba que con lo que se tenía que rehacer habría trabajo para él. Pero todos los trabajos precisaban gente sana, y Rufo, aunque muy mejorado, no podía ejercer cualquier trabajo. Su meta era trabajar, conseguir algo de dinero y volver con sus recuerdos a Argentina, pero todo estaba mal y no salía nada para él. Entonces recordó que cuando estuvo en la cárcel, Don León le pidió que volviera a Los Corrales. La opción no le entusiasmaba lo más mínimo pero no encontraba otra, así que decidió volver a la hacienda y probar.

Le costó tiempo encontrar a alguien que lo trasladara a Los Corrales, pero al fin llegó a la hacienda. Se apeó del vehículo que le transportó, y se acercó a la puerta de la finca. La guerra también dejó huella en Los Corrales, la torre de la iglesia había desaparecido, no se veían toros por los prados y los campos estaban sin cuidar. Estuvo tentado a dar la vuelta y alejarse de aquel lugar, pero no tenía otro sitio donde ir. Con su torpe paso y ayudado por el bastón, Rufo llegó a la casa de Carmen y llamó a la puerta. Una demacrada y envejecida Carmen le abrió. Enseguida lo conoció y se abrazó a él; estaba muy feliz de verlo nuevamente

después de tantos años. Le pidió que entrara en la casa; tenían tanto de que hablar. Carmen rebuscó por los cajones y, de uno de ellos, sacó la caja de madera que hacía años talló Anselmo, y que todavía estaba allí.

—El Carmona dejó esto aquí para que te lo entregara.

Rufo abrió la pequeña caja de madera, vio en su interior la fotografía de Candela, y una carta para él. Carmen se ofreció a leérsela, pero Rufo cerró la caja. Con lágrimas en los ojos, le comentó que ya era tarde para leerla. Carmen escuchó con pena, cómo Candela murió durante los bombardeos de Madrid, y cómo Rufo casi perdió la pierna; ella no tenía noticias de que Candela hubiese muerto. Ella le contó que Dionisio también murió el primer año de guerra, pero no en ninguna batalla. Dionisio murió en Los Corrales de una infección, sin que ningún médico lo atendiera. Unos, a consecuencia de la guerra estaban en el frente, y otros, huidos fuera de España, así que Dionisio tuvo mala suerte. Carmen también contó a Rufo cómo Don León estaba enfermo. Ver sus tierras sin cultivar, sus toros que fueron empleados para carne, y abandonado por casi todos los trabajadores, le afectó bastante. La llegada de Rufo según Carmen le alegraría el espíritu.

Mientras se encaminaban Carmen y Rufo a la Casa Grande, él veía lo cambiado que estaba todo, la guerra castigó duramente esa tierra. Ya no había caballos para montar, ni semental para cubrir las vacas, pero lo que más echaba en falta Rufo era a Candela. Todo cada, palmo de tierra, cada brizna de hierva le recordaban a ella, y ahora se sentía más solo que nunca,

imposibilitado, sin poder volver a Argentina, y sin ella, la vida allí sería muy dura. Entraron en la Casa Grande y Carmen llamó a Don León anunciándole la llegada de Rufo. Todo estaba descuidado, lleno de polvo, pero intacto. En el salón permanecía el piano que tantas veces escuchó Rufo bajo la ventana cuando lo tocaba Candela.

Don León bajó por la gran escalera y al llegar junto a Rufo le estrechó la mano dándole la bienvenida. Primero se preocupó por la lesión de Rufo. Después se metieron en el despacho para hablar del futuro. En el despacho, y entre recuerdos taurinos de otra época, Don León conservaba el estoque que Anselmo regaló a Rufo, y con el que dio muerte al semental Zapatero. Don León no era rencoroso y no hizo alusión al pasado. Le propuso a Rufo que se quedara en Los Corrales para empezar a levantar la hacienda de nuevo. Rufo tenía pocas opciones, así que aceptó. Era la única posibilidad que tenía de juntar algo de dinero y marcharse de España, ya que allí solo le quedaban recuerdos. Además, le enterneció aquel hombre que se encontraba solo, sin más familia que su hijo todavía en el ejército, y con la esperanza de que Los Corrales volviera a ser lo que fue.

Con el paso del tiempo, todo iba volviendo a la normalidad; los trabajadores volvieron de nuevo a la hacienda. Don León empezó a comprar ganado y las tierras se cultivaron. Rufo, ya totalmente recuperado, andaba con la cojera que siempre tendría pero ya no necesitaba del bastón, aunque siempre lo llevaría.

Pasaron algunos años y Los Corrales llegó a ser una finca mucho mejor que lo fue antes. Rufo se había acostumbrado a vivir con sus recuerdos. Todos los

días visitaba el cementerio. Desde allí se divisaba la laguna donde pasó tanto tiempo con su padre y después con Candela. Él solo la miraba desde la lejanía pero nunca volvió a la laguna. Pasaba mucho tiempo frente a las tumbas de Anselmo y Doña Pepita, de vez en cuando les llevaba flores y siempre hablaba a la tumba de su padre. Se consolaba contando allí lo mucho que echaba de menos a Candela, aunque nadie le escuchara, se desahogaba hablando solo en aquel lugar.

Don León seguía enfermo, por lo que se convirtió en una gran carga el llevar él solo la hacienda. Pidió a su hijo que le ayudara con lo que, con el tiempo, sería suyo. El señorito Julián dejó el ejército y volvió para hacerse cargo de Los Corrales.

La llegada del señorito Julián no alegró mucho a Rufo. Siempre había demostrado su mal corazón, nunca le había tratado con aprecio, y en la guerra eran de bandos diferentes. Aunque Rufo nunca combatió, esto sería motivo suficiente para complicarle la vida.

La primera vez que coincidieron después de su vuelta a Los Corrales, demostró que la guerra no le cambió nada; seguía siendo una mala persona.

—Aún sigues aquí extranjero. ¿Qué daño nos quieres hacer ahora?

Cada vez que se cruzaban, el señorito Julián le dedicaba algún comentario despectivo. Rufo, como ya hiciera hace años, lo ignoraba, y callaba. Cuando Rufo estaba descansando, le ordenaba que preparase el caballo para salir a pasear y, más tarde cuando volvía, le exigía que peinara al caballo durante horas.

Rufo no aguantaba más. Creyó que no le afectaría el trato del señorito Julián, pero ya se hacía insoportable.

Decidió hablar con Don León para abandonar Los Corrales. Carmen ya bastante envejecida le pidió que se quedara hasta que ella faltara, no quería estar sola, cuando muriera. Rufo le prometió que se quedaría hasta ese momento y después se marcharía.

Unos pocos meses después ella moría. Rufo, como prometió, estuvo a su lado hasta que la enterraron. Como ya hiciera con su padre, él cavó con sus manos el agujero en la tierra donde reposaría su cuerpo.

Después del entierro, Rufo fue a comunicar a Don León que se marchaba. Don León no comprendía los motivos por los que se quería marchar. Rufo solo le dijo que ya no estaba a gusto en ese lugar y que buscaría otro trabajo en otro sitio. Don León lo desanimó. Nadie daría trabajo a un tullido, se necesitaba trabajadores fuertes para levantar el país. Le ofreció que se encargara de la finca en la que ya estuvo hace años cuidando ovejas. Él mandaría a los pastores y allí podría vivir bien. Nuevamente la falta de opciones y el hecho alejarse del señorito Julián, le motivaron a aceptar la propuesta.

A los pocos días, Rufo se despediría de sus compañeros y de Don León. Rufo ya no volvió más a Los Corrales ni aún cuando Don León murió. Nunca más cuidaría de toros o caballos. El resto de su vida hasta el año 1972 lo pasaría en aquellas montañas cuidando ovejas. Poco a poco se fueron marchando los pastores y Rufo se quedó solo, alejado de todo y como única compañía a su lado un perro.

Él no vivía mal allí con sus ovejas. No tenía contacto casi con nada. Se le escapaba que España iba cambiando con el paso del tiempo, casi nunca bajaba al

pueblo, y durante mucho tiempo no fue nadie de Los Corrales a visitarle. Hasta que un día llegó al refugio de los pastores donde vivía Rufo un vehículo. Del coche bajó el señorito Julián acompañado de otros dos hombres, que le informaron que Don León había muerto. Ahora el propietario de todas sus fincas era Don Julián, y este, había vendido las tierras donde vivía Rufo.

El que ya era Don Julián fue acompañado por dos abogados que le informaron de su situación. Rufo no tenía ningún papel firmado que obligara a Don Julián a hacerse cargo de nada para con él. Así que le ofrecieron algo de dinero, y le informaron que sus servicios ya no hacían falta, por lo que tendría que dejar las tierras e irse a otro lugar.

Rufo entonces se acompañaba de Sultán, su único amigo, y colaborador en sus tareas con el ganado. Recogió lo poco que tenía en un zurrón, y dejó sus recuerdos y enseres en un baúl que aquellos hombres se comprometieron a mandarle donde él quisiera. Como no tenía otro lugar, pensó en viajar a Valderde, al molino de Lucas que desde hacía años era de su propiedad.

Rufo y su amigo Sultán partieron de aquel refugio que fue durante años su hogar, lejos de Los Corrales, de todos sus recuerdos; la tumba de su padre, los prados, todo lo dejaron atrás. Se encaminaron hacia Valderde casi sin saber qué dirección tomar, hasta que llegaron al pueblo y empezó nuestra aventura del año 1972.

Cuando el viejo Rufo acabó el relato, dentro de nosotros quedó un poco de tristeza. Aunque muchos pasajes no los entendimos, en general nos pareció que la vida del viejo no fue placentera, sino todo lo contrario. Cuántas situaciones vivió Rufo: la cárcel, la guerra, el amor, y todas ellas con el mismo final: la infelicidad. Pero en el fondo yo me sentía feliz, mi padre tenía aplabada la venta del molino, y por fin Rufo conseguiría el sueño que no pudo realizar con su padre; viajar a Argentina. Yo me sentía mal y bien a la vez, comprendía que el viejo no podría vivir siempre en el pueblo. Además si estaba enfermo querría ver su tierra de nuevo antes de morir.

Aquella noche, cuando nos marchamos cada uno a su casa, el viejo nuevamente se quedó solo con sus recuerdos y con su fiel Sultán.

Mis amigos y yo quedamos en la ermita al día siguiente para preparar alguna sorpresa para el viejo por su cumpleaños y por su inminente partida.

A la ermita acudimos todos menos Manolo y Ramón. Sole nos comentó que su hermano y Ramón no vendrían, que se habían acercado al molino para

despedirse del viejo, argumentando que si íbamos al molino todos juntos, tendrían que aguantar otro de los cuentos del viejo.

Cuando nos disponíamos a caminar hacia el molino, vimos desde la ermita gente corriendo, y un ajeteo en la plaza que no era habitual. Nos acercamos para enterarnos de lo que pasaba. El Sebas nos informó que el perro del viejo había mordido a Manolo causándole graves heridas.

Nuestra sorpresa fue grande, no imaginábamos al pacífico Sultán morder a nadie. Cuando el viejo Rufo llegó al pueblo todos lo increpaban y lo metieron en el ayuntamiento casi a la fuerza sin que pudiéramos preguntar nada, el viejo fue solo, Sultán no estaba con él.

Yo me acerqué a la ventana, pero no pude ver nada. Oí al padre de Manolo cómo pedía que le acompañaran al molino para matar al perro. Sin decir nada a mis amigos, corrí todo lo rápido que pude. Quería impedir que con la euforia del momento le pudieran hacer daño a Sultán. El perro estaba en la puerta del molino; Rufo lo había atado con una cuerda para que no le siguiera. Cuando Sultán me vio llegar no paraba de mover el rabo. Lo desaté para que se fuera, pero él corría y saltaba a mi alrededor.

—¡Vete! ¡Laárgate! Vete al monte, que te van a matar.

Al perro le daba igual lo que le dijera, el pobre animal solo quería jugar. Yo lo arrastré hacia el pinar, pero él me seguía como si estuviéramos jugando. Yo no sabía qué hacer, me puse a llorar y el perro pareció preocuparse por mí. Se sentó delante y me dio la pata.

—¡Vete!, perro tonto, no quiero jugar.

En aquel momento no pude contener mi rabia y golpeé fuertemente al animal. Sultán se apartó de mí, y gimiendo me ofrecía de nuevo la pata. No entendía seguramente mi forma de actuar, pero los que venían a matarlo ya estaban muy cerca. El perro me miraba moviendo la cabeza de un lado al otro. Corrí hacia él y salió huyendo aunque a los pocos metros se paraba y me miraba. Le tiré una piedra que le dio en el lomo. El perro se quejó y fue entonces cuando huyó al monte. No tardó en llegar el enfurecido grupo de cazadores, que escopeta en mano, estaban dispuestos a acabar con la vida del animal. Afortunadamente, Sultán se adentró en el espeso pinar y no dieron con él.

Yo volví al pueblo. Quería saber del viejo, y porqué había atacado Sultán a Manolo. Encontré a mucha gente en la puerta del ayuntamiento. En Valderde corrían las noticias muy deprisa, y seguro que habría varias versiones de lo ocurrido.

Mis amigos también estaban allí, pero no sabían nada al respecto. Como no podíamos hablar con nuestro amigo Manolo, fuimos en busca de Ramón porque él estaba presente cuando ocurrió el suceso. Ramón se encontraba en su casa, desde la ventana nos dijo que no le dejaban salir por lo ocurrido. Le preguntamos qué pasó en el molino, y él nos contestó que su padre le prohibió que hablara de ello. ¿Qué habría sucedido en el molino, que no pudiera contar Ramón? Como nuestro amigo no soltaba prenda nos marchamos cada uno a nuestra casa, ahora si que estaría difícil que nos dejaran ver al viejo. Nuestros planes

de sorpresa para su cumpleaños y despedida no podrían realizarse. Pero yo seguía intrigado; ¿por qué atacó Sultán a Manolo? Después de comer, salí de nuevo de casa y me dirigí al ayuntamiento. Ya no había tanta gente en la puerta. Desde una ventana de la parte trasera pude ver al viejo, estaba en una habitación que en tiempos fue un calabozo. La habitación se encontraba bajo el nivel del suelo, pero existía una pequeña ventana enrejada que dejaba ver lo que sucedía en el interior. El viejo estaba sentado y en frente tenía al padre de Manolo y al alcalde, el padre de Ramón. Estos no eran dos personajes que gozaran de un cariño popular, por lo que yo no me fiaba de ellos. El padre de Manolo siempre estaba acechando al viejo, y el alcalde quería conseguir el molino. Además estaba el ataque de Sultán, así que pensé que lo más probable era que no lo trataran como se mereciese.

Volví a casa de Ramón. Él seguía asustado no quería contarme lo que sucedió por temor a su padre. Pero por la amistad que nos unía se sinceró, y me contó la verdad. Me explicó cómo Manolo le había convencido para que fueran al molino, para decirle a Rufo que no contara más cuentos a sus amigos. A él le molestaba que pasásemos el tiempo con el viejo y no dedicáramos el verano a jugar como en veranos anteriores. Cuando llegaron al molino, el viejo no estaba, y ante la sorpresa de Ramón, Manolo se puso a revolver entre las cosas de Rufo. Ramón intentó convencerle para que no siguiera, pero fue inútil; Manolo estaba decidido a desbaratarlo todo. Abrió el baúl donde Rufo guardaba sus recuerdos y cogió una de las figuras que el viejo tallaba. En ese momento llegó Rufo que les llamó la atención. Ellos intentaron

salir corriendo pero Rufo vio cómo Manolo llevaba una figura en la mano, intentó quitársela y Manolo, en su forcejeo, le dio un empujón al viejo que lo tiró al suelo. Entonces Sultán intentó arrebatársela de la mano la figura. Manolo dio un tirón tan fuerte liberándose de los dientes de Sultán, que le produjo la grave herida del brazo.

Parecía increíble que mi amigo Manolo hubiese actuado así. Le pregunté a Ramón si lo que ocurrió de verdad se lo contó a su padre. Él me respondió que sí. Comprendí que el padre de Manolo daría una versión diferente de lo sucedido para perjudicar al viejo. Yo me propuse que esto no sucediera, pero, ¿a quién le pediría ayuda? Fui a buscar a mi padre, en esos momentos creo que era la única persona que podía ayudarme, el siempre era justo y complaciente. No me equivoqué cuando mi padre escuchó la verdad de lo ocurrido se dirigió al ayuntamiento. En el camino habló con otros habitantes de Valderde que comprendieron la injusticia que se estaba cometiendo con el viejo. Entraron en el ayuntamiento para exigir justicia, y que no se ensañaran con un pobre viejo por sus razones personales. No consiguieron nada, el alcalde les comunicó que el viejo estaría en la celda porque tenía una denuncia por agresión que puso el guardia Manuel, y no se movería de allí hasta que capturasen al perro. De nada sirvió el argumento de que el viejo estaba enfermo, y que en el pueblo en varias ocasiones ayudó a la gente sin pedírselo. Ninguna razón era buena para aquellas personas sin corazón.

A Manolo le tuvieron que dar varios puntos en la herida y no pude hablar con él ni con Sole. Parecía que

ellos también estuviesen arrestados, o que el padre de Manolo no quería que nadie supiera la verdad.

Intenté que me dejaran visitar al viejo pero tampoco fue posible. Mi madre era la única que habló con él. Ella le llevó aquel día la comida. Lo encontró hundido, él no entendía qué mal había hecho para estar nuevamente encerrado. Se había presentado voluntariamente en el ayuntamiento y se interesó por el estado de Manolo. Mi madre le consoló; le dijo que pronto todo se aclararía y que no le ocurriría nada.

Esa noche el viejo la pasaría en el calabozo, y todos en el pueblo escuchamos los aullidos desgarradores de Sultán. Más de una vez me asomé a la ventana creyendo que estaba fuera el perro preocupándome por si se acercaba al pueblo a buscar al viejo Rufo y lo capturaban. Sultán también mostraba su dolor y sus aullidos parecían que suplicasen piedad en algunas conciencias.

El alboroto de la calle me despertó temprano. Mi padre estaba mirando por la ventana. Le pregunté qué sucedía. Él me respondió que un grupo de hombres marchaban al pinar para matar a Sultán. Al principio me preocupé, pero algo me decía que Sultán no se dejaría matar, yo le intentaría ayudar porque le prometí al viejo que cuidaría del perro, y por el cariño que le tenía.

Aquel día, no fue como los demás. Mis amigos y yo no nos juntamos, al viejo no me dejaban verle. Solo lo veía desde la calle por la pequeña ventana, pero no podía hablar con él, siempre estaba acompañado. Mi madre volvió de llevarle la comida muy preocupada, y yo a escondidas escuché cómo le contaba su preocupación a mi padre. El viejo no había

comido nada de la comida que le llevó mi madre, y según ella, tenía mal semblante.

Pobre viejo estaría pasando un mal trago, después de todo lo que había sufrido, si no era suficiente, le tocaba vivir otro capítulo de mal estar. Aquí que parecía que el hombre era feliz y que por fin su sueño de ir a Argentina se cumpliría, antes tendría que pasar un tropezco más en su vida.

Como no me dejaban verle y yo quería hablar con él, esperé a la noche. Cuando todos estaban dormidos salí de mi casa por la ventana para que mis padres no se enteraran. Con mi linterna me encaminé al ayuntamiento, en la puerta estaba el coche de la Guardia Civil con el compañero del guardia Manuel durmiendo en su interior. Yo di la vuelta al edificio y desde la ventana llamé al viejo.

—¡Rufo! ¡Rufo! ¿Me escuchas?

Algo se movió en el interior.

—¿Quién está ahí?

—Soy yo Rafael. ¿Qué tal estás?

—Estoy bien. Es muy tarde, vete a casa.

Su voz era débil, no era tan alegre como cuando nos contaba sus historias, se le notaba cansado.

—¡Rufo! Mi madre dice que no comes. Tienes que comer.

Rufo no decía nada. Solo se escuchaba su fuerte respiración, encendí la linterna y allí estaba acostado en aquel camastro con los ojos cerrados. Me despedí del viejo y quedé en volver la noche siguiente a condición de que comiese. A hurtadillas, volví a mi casa con la pena de ver al viejo Rufo encerrado, pero con la esperanza que todo se solucionara pronto. En el pueblo

nunca había ocurrido ningún suceso parecido, y por mucho que se empeñase el guardia Manuel, tendría que poner a Rufo en libertad.

Mis amigos y yo seguimos sin vernos. Nuestros padres no querían que saliéramos a jugar fuera, porque algunos en el pueblo criticaban que nos hubieran dejado estar en el molino solos con el viejo Rufo.

Cuando mi madre ese día volvió a casa de llevarle la comida de Rufo al ayuntamiento, nos contó que el viejo había comido. Yo me alegré, me hizo caso. Pero escuché cómo al viejo le dio otro desvanecimiento, la situación que estaba pasando le afectó mucho a su salud. Mi padre se encargó de que su amigo le visitara, este pidió al alcalde que lo soltaran, que el viejo necesitaba de asistencia. El alcalde dijo que el viejo seguiría en el calabozo hasta que se aclarara el asunto, y luego podría marcharse.

Los aullidos de Sultán se volvían a escuchar desde el pinar, señal de que a los cazadores del pueblo les había dado una buena lección. Rufo también los escucharía desde el calabozo y le tranquilizaría saber que su amigo estaba bien.

Esa noche, volví a ver al viejo, como hiciera la noche anterior, en silencio, salí para hablar con Rufo.

—¡Rufo! Soy Rafael.

No se oía ningún ruido, y el viejo no contestaba.

—¡Rufo! ¿Me escuchas?

El viejo tardó mucho en responderme, lo escuché a duras penas se notaba que estaba totalmente abatido.

—Rafael ¿Me puedes hacer un favor?

Me alegró escucharle, era la primera vez que el viejo me llamaba por mi nombre. Yo le dije que me pidiera

lo que quisiera. El viejo me pidió que fuera al molino y que le trajera la carta de Candela. Yo accedí y caminé hasta el molino. Corrí más que nunca, reconozco que me dio un poco de miedo, pero mis ganas de ayudar al viejo eran mayores que el temor que pudiera sentir. El molino estaba a oscuras. Encendí mi linterna y busqué entre sus cosas, estaban todas tiradas por el suelo. Encontré la pequeña caja de madera y cogí la carta y la fotografía de Candela. Al salir del molino recibí un susto que casi me mata, fuera del molino estaba Sultán, al que abracé y pedí perdón por haberle pegado. El perro se rozó el hocico contra mis piernas y se puso a dos patas apoyándose en mi cuerpo. Lo acaricié y le dije que se fuera al pinar que Rufo estaba bien, pensé que me parecía al viejo hablándole al perro. Sultán, como si me hubiese entendido, salió corriendo dirección del pinar, y yo hacia el pueblo.

Llegué de nuevo a la ventana del calabozo, llamé al viejo que se acercó a la ventana preguntándome si le había traído la carta, yo le respondí que sí y también la fotografía de Candela. Se la arrojé por la ventana y encendí la linterna para que el viejo la pudiera ver. El viejo volvió al camastro con la fotografía en la mano y me pidió que le leyera la carta. Después de tantos años, ¿por qué? Abrí el viejo sobre y saque aquel papel, entre las partes del papel doblado había algo, era una flor que parecía negra totalmente seca. Entonces, comprendí que era aquella flor que Rufo cortó del interior de la laguna para regalársela a Candela, y que ella guardó hasta que escribió la carta y la introdujo dentro. Guardé la flor para entregársela a Rufo cuando leyera la carta, desplegué el papel con cuidado y me dispuse a leer.

Madrid 10 Septiembre 1930

Querido Rufo

Espero que no se te haya olvidado mi enseñanza y puedas leer esta carta.

Qué feliz me siento de saber que estás bien, que tus heridas no son graves, y que tristeza siento de no estar junto a ti.

Dice mi padre que te van a meter en la cárcel, y que me va a llevar lejos para que nunca más nos veamos. Pero yo sé que no es verdad, y no creo que lo nuestro acabe así. Como así lo siento, quiero que sepas que no me importa nada tanto como tú, que no me voy a cansar de esperarte pase lo que pase, que no hay ningún obstáculo para que te quiera siempre, ni mi padre, ni el aire que respiro podrán impedirlo.

A dios le pido que no permita que me puedas olvidar, le pido que compartamos los recuerdos, no me cansaré de rezarle, y sé que mi buen dios me escuchará.

No pienses que por mi posición te voy a olvidar, como te dije una vez a los ojos de dios todos somos igual, y no hay cercas si uno quiere que no se puedan saltar, pues Rufo cuando puedas salta la cerca y búscame, no hay nada tan lejos ni tan fuerte que pueda parar cuando dos personas se quieren como tú y yo.

Te agradezco haberme dado en este tiempo lo que nadie en toda mi vida me ha dado. Tú me enseñaste a ver amanecer, nunca el sol lucio tanto hasta que te conocí, tú me enseñaste a ver las estrellas mas aya de la luz, me enseñaste a no tener miedo, y sobre todo contigo aprendí a amar.

Quiero que sepas que te amo, que no imagino ni un minuto sin ti. Si no pudiera ver tu cara, ni escuchar tu voz, carecería de sentidos. Quiero tocarte, susurrarte al oído, quiero lo que mi corazón desea que es estar junto a ti.

Sé que todo pasará y aunque ahora nos sintamos tan desgraciados, tenemos toda una vida para compartir, y cuando seamos muy viejecitos ya no nos acordaremos de lo que ahora estamos sufriendo.

Ten la certeza que si te meten en la cárcel, te esperaré, si me llevan lejos te esperaré, tardes un día o una vida, esté donde esté, siempre te esperaré.

Por favor, Rufo, nunca te olvides de mí.

Siempre estás en mi corazón

Candela

Cuando acabé de leer la carta tenía los pelos de punta y la piel de gallina. Cómo perduraba en Rufo el amor hacia Candela, y cómo ella lo quiso, a pesar de todos los obstáculos que tuvieron. Quedé un rato en silencio, de mis ojos caían lágrimas y mis palabras no podrían decir nada que pudieran consolar al viejo en esos momentos.

Cuando dejé de llorar, me acerqué de nuevo a la ventana. No se escuchaba nada en el calabozo.

—¡Rufo! ¿Estás bien?

El silencio continuaba.

—¡Rufo! ¡Rufo!

No hubo respuesta en ese momento que sentí esa extraña sensación que el viejo nos contó que sentía

cuando algo iba a ocurrir. Con temor, enfoqué con la linterna al interior del calabozo, Rufo estaba inmóvil tumbado en el camastro con la fotografía de Candela en la mano, y sus ojos abiertos mirando al infinito.

Grité su nombre mil veces y él no me contestó. Corrí hacia la puerta del ayuntamiento y desperté a Juan, el guardia civil que dormía dentro del coche. Él se asustó al oírme gritar y me preguntó qué pasaba. Yo le pedí que abriera el ayuntamiento porque el viejo estaba mal, le imploré que le ayudara, que llamara al médico. El guardia abrió la puerta del ayuntamiento ordenándome que me quedara fuera. Él se introdujo en el interior, yo no pude esperar baje todo lo deprisa que pude al calabozo, y vi al guardia con el oído en el pecho de Rufo. Le cerró los ojos con su mano y tapó su cara con la sabana. Cuando Juan me sacó a la fuerza del calabozo, yo ya entendí que el viejo estaba muerto. Me resistí, agarrándome en todo lo que podía, llorando y gritando: ¡Rufo! Una y otra vez, pero no me sirvió de nada la fuerza pudo más que el dolor.

Al oír los gritos, el ayuntamiento se llenó de curiosos para enterarse de lo que ocurría. Mi padre se sorprendió cuando me vio llorando, sentado en las escaleras que conducían al ayuntamiento. Me preguntó qué hacía yo allí y por qué, en ese momento no pude responderle fue mas tarde cuando me acompañó a casa. Esa noche mi padre me metió en la cama y se quedó en la habitación toda la noche. Estaba preocupado por la situación que viví. Se acostó a mi lado y me susurraba que no me preocupara, que ahora el viejo estaría bien, y todas esas historias de que todos tenemos que seguirle algún día. Pero por mucho que mi padre se esforzaba

en consolarme, la muerte de Rufo fue la peor sensación que yo sentí. Nunca antes tuve tanto dolor tan fuerte y sin consuelo. Qué injusta me parecía entonces la vida, no podía entender que aquella persona de una nobleza inmensa, y tan buen corazón pudiera acabar su vida así, sin familia, sin su amigo Sultán, y sobre todo me dolía enormemente que hubiera muerto allí lejos de su tierra, que ya le costaba más de una vida regresar.

El viejo tuvo pocos preparativos para su entierro, con la misma ropa que murió le enterraron. Sin oficio religioso y con polémica. Hubo a quien le pareció mal que lo enterraran en el cementerio católico porque Rufo nunca visitó la iglesia. Pero al final, allí lo enterraron.

Yo no pude ir al entierro, mis padres no me dejaron porque tenía mucha fiebre, y porque pensaban que ya me había afectado bastante su pérdida como para aumentar mi mal estar.

A su entierro fueron unas pocas personas que casi no le conocían. Nadie dijo una palabra y en el montón de tierra que cubría su ataúd, solo un trozo de madera con un nombre y una fecha.

Yo pensé que ya se habría convertido en estrella, como él creía que ocurría cuando alguien moría. Si así era, ya estaba al lado de Anselmo, Candela y tantas personas que Rufo quiso y le precedieron en el viaje que ahora él iniciaba.

Aún tardé unos días en recuperarme de la fiebre. Mis amigos vinieron a visitarme, todos menos Manolo. Yo le hacía culpable de todo lo que le pasó al viejo. Pero con el tiempo comprendí que fue una cadena de infortunios lo que le llevó al viejo a vivir aquellas situaciones y a morir de esa manera.

Aquel Verano no era para nosotros el mejor de nuestra vida, pero sí fue en el que más aprendimos.

Cuando pude salir a jugar con mis amigos, el pueblo me parecía distinto, los ruidos no eran los mismos, y los habitantes parecían diferentes. Creo que la muerte de Rufo hizo reflexionar a aquellas gentes, a unos por condenar al viejo, y a los otros por permitirlo. Aún, cuando se cuenta en el pueblo la historia del viejo Rufo, hay alguno que se enorgullece de haberle conocido.

Mis amigos me contaron que vieron a Sultán cerca del cementerio, y que las gentes del pueblo contaban, que cuando nadie le ve Sultán pasa por debajo de la puerta y va a visitar la tumba del viejo.

Yo intenté varias veces localizar al perro, pero no se dejaba ver. Fui al pinar y lo llamé muchas veces. Él nunca acudía a mis llamadas. Solo sabía que estaba vivo porque por las noches se le escuchaba aullar. Cada vez

que visitaba el cementerio siempre llevaba algo de comida que dejaba al lado de la tumba del viejo, al día siguiente, cuando volvía, la comida había desaparecido.

Cada vez era más gente la que comentaba que veían al perro. Eso me inquietaba porque el padre de Manolo y Sole, estaba siempre al acecho por si lo podía capturar, para quedar bien entre sus amigos cazadores, y poder contarlo, como cuando presumía de la captura de aquel famoso delincuente.

Las vacaciones de verano estaban llegando a su fin, mi amigo Javi y su hermana Silvia se marcharon a Francia. Nos despedimos hasta el verano siguiente. Manolo volvió a salir, de nuevo jugamos juntos. Todos mis amigos aunque me acompañaban todos los días al cementerio a visitar a Rufo, parecía que ya no sentían tanto su pérdida.

Apurábamos los últimos días de las vacaciones, pronto tendríamos que volver al colegio y nos juntaríamos menos, nos dedicaríamos a nuestro trabajo, el estudio.

Ya pensábamos que todos los acontecimientos del verano habían pasado, pero aún pasaría algo más en ese inolvidable verano de 1972:

Era el último día de las vacaciones. Al día siguiente estaríamos en la parada de el autobús que nos llevaría a la capital para iniciar el curso escolar. Llovía intensamente y nos refugiamos en el porche de la ermita. Desde allí, vimos cómo Sultán entraba en el cementerio. No dudamos y salimos corriendo. Todos teníamos ganas de acariciarlo. Cuando llegamos al cementerio, estaba al lado de la tumba del viejo Rufo, con su pata parecía querer escarbar en la tierra, esa vez se dejó ver y tocar. El perro estaba empapado y su

respiración era fuerte; parecía enfermo. Él nos miraba con esa triste mirada de entonces, pícara en otro tiempo, y quieto al lado de la tumba de su amigo. Intentamos ponerlo a resguardo, pero no pudimos; creo que ya no quería moverse del lado de Rufo. De repente, escuchamos un fuerte estruendo a nuestra espalda que nos hizo dar un bote de sobresalto. Yo pensé que era un trueno. Qué equivocado estaba. Cuando me volví fue grande mi sorpresa, allí estaba el guardia Manuel con su pistola en la mano. Al principio no hice cuenta de qué hacía el padre de Manolo allí empuñando el arma. La realidad la supimos al mirar a Sultán y escuchar al guardia.

—¡Por fin! Te creías que te ibas a escapar.

Aunque parezca mentira había matado a Sultán allí delante de nosotros, y eso que nos enseñaban que teníamos que tomar ejemplo de nuestros mayores. A mí no me importaba la irresponsabilidad de aquel hombre, que le llevó a cometer aquel acto delante de unos niños, a mí lo que me dolió fue la muerte de Sultán de aquella manera, y que una vez más Rufo perdía.

Al guardia civil le molestaron nuestras lágrimas. Nos llamaba nenazas, que solo era un perro. Pero a mí me daba igual ya lo que dijera aquel personaje. Me enterneció ver a Manolo llorar; nunca antes ninguno lo habíamos visto, y ese gesto, decía que se arrepentía de su trato hacia el viejo Rufo.

Sin hacer caso a su padre, Manolo se puso a escarbar con sus manos junto a la pared del cementerio frente a la tumba de Rufo. Los demás le seguimos y entre todos hicimos el agujero donde reposaría Sultán cerca de su amigo.

Después de aquel verano la familia de Ramón se marchó del pueblo, llamaron a su padre para que atendiera asuntos políticos desde Madrid. Mi familia también emigró de Valverde al año siguiente, y los demás quedaron en el pueblo.

Al cabo de los años, coincidí con Sole en la universidad donde estudiamos juntos. Después de encontrarnos de nuevo Sole y yo, fuimos a conocer Los Corrales. La hacienda ya no era de Don Julián, vendió todas las posesiones de la familia, y según nos contaron, acabó sus días en una casa de Madrid. Solo. Cuando lo encontraron, llevaba mucho tiempo muerto sin que nadie se preocupara de él.

Sole y yo paseamos por Los Corrales recordando aquella historia y reviviéndola en el lugar donde ocurrió. Aunque parezca mentira sentimos como Rufo y Candela estaban por todos los rincones de la hacienda, en los establos, en los prados, hasta en la laguna. El cementerio, por el contrario, ya no existía. Nos apenó no poder visitar la tumba de Anselmo. Nos sorprendió que allí todo el mundo conocía la historia de amor de Rufo y Candela, aunque con un final diferente. Contaban cómo Rufo volvió a Los Corrales después de acabar la guerra, y a los pocos años regresó Candela a buscarlo. Según aquellas gentes Candela se marchó a Francia durante la guerra, después volvió a España para juntarse nuevamente con Rufo, y los dos se marcharon a Argentina. Este sería el final que ellos hubieran deseado, tan diferente del que Rufo nos contó, y de su final verdadero. Los actuales dueños nos dejaron entrar en la Casa Grande, allí vimos cómo, aún hoy, conservan el piano de Candela. Visitamos el antiguo

despacho de Don León. Pudimos ver todo lo que Rufo nos describió: las cabezas de toro, los recuerdos y trofeos taurinos. No supimos cuál era el estoque entre tantos con el que Rufo dio muerte a Zapatero. Yo conté a los propietarios que tenía en mi poder algo que pertenecía a Los Corrales y que allí estaba su sitio entre todos aquellos recuerdos. Ellos no se opusieron y dejé la fotografía de Candela, con la flor que Rufo cortó de la laguna para ella, en esa habitación. Los dueños insistieron en que pasásemos en Los Corrales la noche, nosotros aceptamos de buen gusto, y después de la succulenta cena, Sole y yo paseamos hasta la laguna. Nos tumbamos en la orilla y vimos aquel cielo lleno de estrellas, el mismo cielo que vio Rufo. Aunque en aquel tiempo, faltaban estrellas.

Después de la visita a Los Corrales, tenía que saldar la deuda que me había impuesto antes de salir de Valverde. Era la de llevar a la tumba de Rufo la efigie del pastor con su perro, y poner debajo su epitafio:

«Lejos de su tierra, cerca del cielo»